

A photograph of a long, arched stone tunnel. The tunnel is dimly lit with a greenish-yellow light, creating a sense of depth and mystery. The walls are rough and textured. At the far end of the tunnel, there is a bright, glowing light source, possibly an opening or a doorway. The overall atmosphere is one of an ancient, hidden passage.

SEAS BIENVENIDO

Sarah Sánchez Castro

SEAS BIENVENIDO

Sarah Sánchez Castro

[Los ojos de Noah](#)

[El brujo](#)

[Tres años después](#)

[El suicidio de Paula](#)

[Vigila. No te fíes de ellos](#)

[Gracias Hermana](#)

[Samantha](#)

[Madeleine](#)

[Ruth](#)

[Karly](#)

[Samantha](#)

[Madeleine](#)

[Ruth](#)

[Karly](#)

[Samantha](#)

[Madeleine](#)

[Perdida](#)

[El tesoro de Cloe](#)

[Andrew](#)

[Cloe](#)

[Andrew](#)

[Cloe](#)

[Andrew](#)

[Cloe](#)

[Andrew](#)

[Cloe](#)

[Andrew](#)

[Cloe](#)

[Andrew](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros libros de la autora](#)

Los ojos de Noah

Reinó el silencio durante horas, tal vez días. Tan solo el sonido del mar rompía aquella aparente calma.

Desde fuera era un barco más. Parecía vacío, pero lo cierto es, que tan solo estaba vacío de vida, pues los cuerpos de aquellos hombres y mujeres llenaban el suelo de cubierta mientras el barco seguía meciéndose.

No podía creer que aún siguiera con vida. Aunque realmente esta situación es ahora circunstancial, puesto que mañana por la mañana mi condena llegará a su fin. Quizás la horca, sea de todas, la mejor opción.

Hace aproximadamente un año acabé por error en un barco de mercancías de un tipo llamado William Ward, el pirata. Pensaban que era el hijo de Murdoch Estuardo, duque de Albany. Nada que ver con la realidad. Así que allí empezó toda esta historia.

Era la segunda vez que me despertaba. Por mucho que hubiera dado cualquier cosa por que aquello fuera una pesadilla, no lo era, era real, como real eran los grilletes que apretaban mis tobillos hinchados y el olor a vómito y orina de aquel lugar.

Era el barco más grande en el que yo había estado. Desde mi posición podía ver dos grandes jaulas al fondo de la estancia. En una de ellas revoloteaban aves de distintas especies, separadas por barrotes; en la otra, cuatro perros ladraban sin parar. Frente a las jaulas estábamos todos nosotros, catorce personas capturadas para ser vendidas como esclavos.

Hacía ya un día del comienzo de nuestro cautiverio. Cada uno de nosotros provenía de un lugar distinto y yo era el único esclavo blanco.

La única manera de mantener el silencio y la calma allí abajo, fue mediante los numerosos azotes que nos repartían los hombres de Ward.

En la bodega, donde nos hallábamos, podías sentir el calor de cada cuerpo, cómo se acumulaba y dejaba una densa capa de aire caliente. Sudados y extenuados, las miradas de preocupación se cruzaban constantemente, sin que hiciera falta ni una sola palabra.

Era, en verdad, una situación extremadamente agobiante y ni tan si quiera sabía si, al atracar en tierra, alguien podría reconocerme y liberarme o acabaría como todos aquellos pobres desgraciados.

Los hombres y mujeres esclavos se unían en espacio por pequeños grupos. A mi izquierda, un hombre solitario llamaba mi atención. Apenas sin ropaje, tan solo con un pantalón; sentado con la mirada fija en un horizonte inventado, su espalda recta, era como si estuviera en otro lugar.

Frente a mí tenía a tres varones con ropaje oscuro y uno de ellos tapaba su cabello y parte del rostro con una especie de turbante de color amarillo desgastado. A su lado una mujer delgada agarraba su brazo. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y, aun sin emitir sonido, no podía parar de llorar. Con solo mirarla podías sentir su tristeza y desesperación.

El grupo que se encontraba en medio de la bodega estaba formado por dos mujeres, un niño y un hombre; este último se hallaba tumbado, sujetando su cabeza con ambas manos.

Finalmente, el último de los grupos formado por un hombre, un chico joven, una mujer y una chiquilla apoyada en su regazo.

La mayoría no conocía mi idioma. Pregunté el nombre al hombre solitario, pero este se tumbó, quizás por no entenderme, y jamás llegué a saber cómo se llamaba.

Una vez al día se abría la puerta y nos alimentaban, si es que aquello podía llamarse alimento. Nuestra comida era la misma que le ofrecían a los

canes. Increíblemente el hombre solitario, situado a mi izquierda, al que apodé Noah, no probaba ni un solo bocado. Deduje que su intención era el suicidio por inanición, una muerte lenta, pero sin duda comprensible.

—No se lo tengas en cuenta. No le habla a nadie — dijo uno de los tres hombres situados frente a mí. Tenía un extraño acento. En aquel momento dejé de sentirme solo. Por lo menos tenía alguien con quien hablar. — Soy Bodua.

—Hola yo soy Sloan. Él... ¿vino con vosotros? — dije inclinando mi cabeza en dirección a Noah.

—No. Nosotros somos de la misma tribu — dijo señalando el pequeño grupo que le acompañaba — a todos nos capturaron en nuestro país, cada uno en un lugar. — señaló al resto — Mataron a mucha gente antes de apresarnos. El chico vino solo. No sabemos de dónde es.

Tú eres blanco, ¿sabes leer y escribir?

—Sí.

—Tienes suerte, entonces. He oído que pagan buenas monedas por los hombres blancos. Seguro que tu trabajo no será tan duro.

—Yo no tendría que estar aquí. —le contesté.

—Ninguno de nosotros, Sloan.

—Sí, vaya lo siento, quería referirme a que....

En aquel momento se abrió la puerta y un chico joven bajó torpemente, acompañado de dos hombres armados con varas. Sabíamos que nada bueno podía pasar, así que nos quedamos en silencio.

Fueron directamente hasta el fondo. Sus botas hacían chirriar las tablas del suelo y, con cada paso que daban, todo el mundo se apartaba como si le fuera a tocar a él. El turno fue para la chica apoyada en el regazo de su madre. No podía tener más de catorce años. La agarró del brazo y ella le miró asustada, intentando retroceder. Su madre se agarró a ella, dijo algo que no

comprendí. Se le desgarraba la voz mientras su padre se levantaba del suelo con el brazo en alto para parar a aquellos hombres. Las varas empezaron su actuación. Volaban latigazos que se podían oír en toda la sala. La niña, de pelo largo, empezó a llorar mientras su madre vociferaba enganchada a ella para conseguir su liberación, algo que sin duda sabíamos que no conseguiría. El chico joven, probablemente su hermano, se levantó para ayudar.

—¡Cógela y despega a la madre! —dijo uno de los hombres de la tripulación.

—¡Me cago en la puta Tom, es lo que hago joder!

Todo pasó muy rápido. El hombre más mayor de los dos desenfundó su trabuco y disparó. En aquel momento todo quedó en silencio, únicamente se oía a la niña chillar mientras se la llevaban arrastras hasta las escaleras. Al cerrar la puerta aún se la oía.

Unos segundos de duro silencio y el padre lanzó un grito. Llorando se balanceaba abrazado al cuerpo inerte de su mujer. El chico joven, con los ojos como platos, no pudo, ni tan siquiera chillar. Con las manos en la cabeza se arrodilló junto a su padre y agachó su rostro hasta dejarlo caer encima del cuerpo de su madre. Desde donde estaba no podía ver el cuerpo en su totalidad, pero apuesto a que su cráneo sería ahora una masa amorfa.

Noah se levantó lentamente del suelo para volverse a sentar, esta vez apoyando su espalda contra las paredes del barco. Entonces vi el primer suceso incomprensible. Al abrir sus ojos estos eran completamente azules. No había ningún recoveco del ojo que no fuera azul. Sabía que aquello no podía ser normal. Le miré fijamente y parpadeé varias veces pensando que, entre tanto suceso, o quizás la falta de alimento, mi mente me estaba traicionando. Miré alrededor para saber si yo era el único que contemplaba esta escena, y sí, algo lógico después del último suceso.

Cuando volví a mirar a Noah ya había cerrado los ojos y se recostaba

para intentar dormir.

Después de unas horas, escuchando las risas de los marineros mezcladas con los gritos de calvario de la pequeña, todo quedó en silencio. Lo único que allí se escuchaba era al pobre hombre que había perdido a su mujer y probablemente a su hija. Era como si aves y perros hubieran comprendido la situación y cedieran al más triste silencio. Las horas se hacían cuesta arriba. Todo a mi alrededor se me asemejaba a una historia de las que podía leer en la biblioteca de mi tío. Todavía no comprendía qué hacía allí.

La injusticia, el terror en la cara de mis compañeros, el lugar, todo era extraño, lo más parecido a una pesadilla.

No sabía hacia dónde mirar, qué hacer o qué decir. Mis músculos se volvían rígidos, por miedo a moverse. Ninguno de nosotros se atrevía a hablar y, al cabo de unas horas, muchos ni tan siquiera tenían agallas de mirar al padre y al hijo.

En mitad del silencio un grito cruzó la sala alarmándonos a todos. En medio de la bodega, un hombre de pelo canoso se había levantado y se movía energicamente como si bailara nervioso. La mujer que estaba a su lado también se levantó, se agarró de su brazo y con un movimiento ralentizado cayó al suelo emitiendo un sonido tan fuerte como seco. Los hombres y mujeres que estaban cerca de la pareja se movieron hacia los lados abriendo un semicírculo de personas y cadenas.

El hombre de pelo blanco, todavía levantado, continuaba gritando y ambas manos sujetaban fuertemente su estómago.

En aquel momento algo en mi interior empezó a removerse y en cuestión de segundos noté un frío que me recorrió el cuerpo y un miedo más grande del que jamás había sentido. Sabía que las cosas irían a peor a partir de ahora. Mi instinto me hizo mirar a Noah. Era como si en aquel momento mi

mente empezara a comprender de manera involuntaria.

Se escucharon pasos recorrer a toda prisa la cubierta y, en los breves instantes en que el hombre de pelo blanco callaba, se podía oír gritos que provenían de los hombres de Ward.

Finalmente, el hombre también cayó al suelo y empezó a sufrir fuertes sacudidas. Sus ojos se quedaron del mismo color blanco que la espuma que salía de su boca hasta que dejó de moverse. En ese instante toda la bodega empezó a agitarse. La mayoría gemía y lloraba mientras algunos se abrazaban y un par de hombres tenían sus manos en la cabeza y se balanceaban de delante a atrás. El joven más cercano, de unos doce años, parecía no entrarle el aire en sus pulmones.

—¿Qué ocurre, qué es esto? — grité a mi compañero Bodua que no paraba de mirar a su izquierda.

—¡No lo sé, no lo entiendo!

—También se oye movimiento arriba. ¿Es lo mismo? ¡Dios mío, me cuesta respirar! —continué.

—Mantén la calma chico, o no saldrás de aquí vivo —dijo poniendo su mano en mi brazo con intención de calmarme.

—¡No puedo más, esto es una locura! ¡Necesito salir de aquí!

—Respira, intenta calmarte. Sé que tienes miedo, yo también lo tengo, pero si la cosa empeora y oyen demasiado alboroto, tarde o temprano empezarán a tirar a gente por la borda, ¿entiendes? —mover ambas manos como medianamente pudo — No creo que quieras ser uno de ellos, así que se sensato, cálmate e intenta estar calladito.

El barco onduló bruscamente de izquierda a derecha y se empezó a oír la lluvia azotando contra la cubierta del barco.

Con resignación, pasaban las horas y, pese a los últimos acontecimientos, la pesadez y el desasosiego mezclados con el golpe en cada

mente, se hicieron con nuestros cuerpos dejándolos fatigados y sin ganas de luchar. Poco a poco los pasos que oíamos en el techo se fueron calmando, de la misma manera que las fuerzas disminuían también ahí abajo. En cambio, la tormenta no hacía más que empeorar. Pronto todo quedó oscuro, tan solo iluminado por la luz de los relámpagos que veíamos por ranuras y ventanucos.

Todas las imágenes que venían a mi mente parecían ser mera imaginación. Quizás no estaba en aquel barco, puede que todo estuviera en mi cabeza.

El cansancio me mecía ahora, tanto como el barco. Sentía mis brazos fríos. La luz de la tormenta iluminaba la bodega, y nos veíamos como gatos en la oscuridad, extraños, cada uno en su propia pesadilla.

Recordé la tierra húmeda, la hierba en mis pies desnudos. Veía entre tinieblas la casa de mi tío. Qué distinto era todo. Sabía que, tan solo caminando hacia la entrada, al cruzar el porche, podía sentirme seguro. Nada me pasaría.

Al entrar en la casa, el fuego de la chimenea iluminaba gran parte del salón, mientras que la otra parte estaba repleta de lámparas de distintos tamaños, con aceite que alimentaba la llama. Podías sentir el calor.

Sentados frente al fuego estaban mi tío Allen y su esposa Maddie. ¡Qué ganas tenía de abrazarles! Ellos fueron mis padres durante muchos años. El mío murió cuando tan solo era un crío de dos años; mi madre nada más nacer. El tío Allen me cuidó como a un hijo, quizás porque no tuvo descendencia, quizás por obligación, solo sé que fue un gran hombre en muchos sentidos.

Mis padres no tenían poder adquisitivo, éramos, sin duda alguna, muy pobres. Todo lo que llegaba lo derrochaba el patriarca. Pero acabé adoptado por una familia que, además de buenos, tenían algunas monedas a buen recaudo. Conocían a la familia Estuardo, trabajaban para ellos. Gracias a esto conseguí aprender muchas cosas, entre ellas a leer y escribir. A cambio,

cuidaba de los caballos que pasaban por la finca. Todo un sueño.

Desde el centro de mi pecho, mi corazón palpitaba con fuerza. ¡Cómo dolía no estar ahí! En mi rostro se acumulaban las lágrimas. No quería volver, quería perderme de una vez en mi locura. Sería mejor así.

La tormenta empezaba a amainar. Después de vaciar todo sentimiento, cerré los ojos. Pensé que no lograría dormir, en cambio, todo el nervio que no me dejaba respirar, se convirtió en kilos de peso repartidos por cada parte de mi cuerpo, que me hacían comenzar a mimetizarme con los tablones de madera que construían el suelo.

Quedé a merced del sueño durante horas. Un fino rayo de sol que se colaba por una de las grietas me sacó del letargo. Me notaba mareado y, aún tumbado, no conseguía levantarme. Sentía mucho cansancio y una parte de mí hubiera deseado no volver a despertar. Oía a los perros de una forma lejana, como si no estuvieran en la misma sala en la que yo me encontraba. Alguien debió tropezar con mis piernas y escuché susurros emitidos en un idioma que jamás había escuchado. De forma progresiva los susurros se convirtieron en voces para acabar finalmente en gritos. En ese momento decidí incorporarme.

Una mujer, alta y ancha por igual, les gritaba a dos hombres mientras señalaba al chico que estaba con ella que no paraba de vomitar. Cruzaban palabras en su idioma y apuesto a que algunas de ellas eran insultos.

Arrastraban sus cadenas en cada movimiento de pies. El ambiente estaba cada vez más tenso. Ojeé el resto de la estancia y comprendí que aquello que había matado al hombre de pelo blanco y a su compañera, rondaba ahora en más de la mitad de todos nosotros.

El olor era tan intenso que tuve que tapar mi nariz y boca con la manga de mi camisa y aun así no fue suficiente, las náuseas me revolvieron el estómago y el sudor recorría toda mi cabeza.

Tres personas yacían inertes; algo me dijo que no estaban dormidos. Dos chicos vomitaban sin descanso, uno de ellos era el hijo de la esclava asesinada, mientras los adultos continuaban discutiendo. La mujer empezó a llorar y uno de los dos hombres se abalanzó sobre ella, alzó su puño y, después de zarandearla, lo estampó sobre su mejilla. La discusión acabó. La mujer con lágrimas en su rostro pasó de la mirada de odio a la de desesperación.

Merodearon en mi mente muchos pensamientos en aquel momento. Quería vivir, pero sabía que mis posibilidades en aquel barco eran nulas. Si no me mataba la enfermedad lo haría la falta de alimento y agua, sino acabaría lanzado por cubierta, molido a palos o algo peor. En el supuesto de sobrevivir al viaje acabaría como esclavo el resto de mi vida. Por un momento las ideas que mi mente fabricaba se convirtieron en una pesadilla peor a la que mis ojos veían.

Una mano fría tocó mi hombro, al girarme vi a Noah. Sus ojos eran ahora de un marrón oscuro. Por un momento pensé que lo que había visto el día anterior era solo parte de la locura que me acompañaría en el viaje. Me tendió lo que parecía una hogaza de pan.

—¿Por qué me lo das?, tú no has comido nada.

Me miró, pero no contestó. De repente las puertas de la bodega se abrieron y un hombre blanco con un cuchillo de carnicero bajó por las escaleras. Todos enmudecimos.

Los pocos que quedábamos en pie le observábamos caminar sin emitir sonido alguno.

—¡Guarda eso! — Susurró Bodua

Miré el pan que tenía en mi mano e hice caso al consejo de mi compañero.

Dos hombres más cruzaron la puerta.

—Si seguimos así no llegaremos ninguno vivo — dijo uno de los dos hombres.

—¡Qué asco! ¡aquí huele peor! —dijo el otro.

—Echemos un ojo y volvamos.

El primero de los hombres se dirigió con dificultad a la jaula de los perros. Sus ojos parecían inyectados en sangre y su cara carecía de color.

—Chris ven aquí, ¿cuál quieres? — dijo señalando a los perros que no dejaban de ladrar.

—Escoge uno que se vea sano. Ese mismo. —este señaló a uno de ellos.

El hombre de ojos rojos sacó las llaves que colgaban de su cinturón y abrió la jaula. Fue directo hacia el can señalado mientras los otros no paraban de ladrar. Al cogerlo por el lomo el perro se revolvió gruñendo y le mordió.

—¡Joder! — le asestó un fuerte golpe al perro hasta hacerlo caer rodando por la jaula. — ¡chucho asqueroso!

Levantó el cuchillo y fue directo a por el perro.

Parece mentira que, después de lo que ya habíamos vivido, me afectase tanto los alaridos del pobre animal. Sentía vibrar mi pecho y la ansiedad me alertaba. Cualquiera de nosotros podía acabar igual. En la matanza del perro, sus compañeros caninos se alejaron pegándose a los barrotes, con miedo.

El pirata arrastró el cadáver del sabueso por la jaula hasta sacarlo y volver a cerrar.

Retrocedí como acto reflejo y agaché la mirada para no ser visto.

—Siete — comentaba uno de los dos hombres que se encontraban en mitad del pasillo.

—¿Solo siete? — contestó su compañero mirándonos.

—Tú apunta, ahora bajará Nerón y Jony y nos ayudarán.

—Vale. Ahora larguémonos cuanto antes.

—¡Chris, coge al chucho y sube!

Los tres hombres de Ward desanduvieron el camino, subieron las escaleras y al cerrar la puerta todos volvimos a respirar.

Miré a mis compañeros más cercanos y debieron de notar mi desánimo y nerviosismo de la misma manera que yo lo podía ver en sus ojos. Sentíamos nuestra condena a muerte acercarse y posarse en nuestras espaldas.

Mi boca estaba completamente reseca, llega a ser extraño la sed que puedes pasar aun estando rodeado de agua.

La mujer tan alta como ancha, abrazaba al que parecía ser su hijo. Desde mi posición no podía saber si el chico seguía con vida, pero supuse que, si así era, sus días estaban literalmente contados. Los dos hombres que habían discutido con ella la miraban ahora apenados sabiendo cuál sería su destino.

Sumamente cansado miré a la cadena que me mantenía cautivo y pude comprobar los moratones que esta me había hecho. Mordí el pan mezclado con la sal de mis lágrimas intentando fortalecerme por si, en algún momento, tuviera la oportunidad de escapar o cuanto menos llegar vivo a tierra.

Mis piernas y manos temblaban levemente, quizás por el miedo o por la falta de alimento.

Oí a Bodua hablar con otros hombres en su idioma. Su tono de voz era apagado, con cierta resignación. Entonces miró al techo durante un breve instante, puso la mano en su pecho, se arrodilló y con la cabeza ahora agachada, comenzó a rezar. Al finalizar abrió los ojos, dirigió su mirada hacia mí, y volvimos a oír el portón.

—Pasa, la mayoría están ahí al fondo. Cuando hayamos acabado tendremos que pensar qué hacer con los demás — hablaron mientras

caminaban.

—Pues si llegamos y están sanos, William tiene pensado vender.

—Falta comida y no pienso pasar hambre por ninguno de estos negros.

—Necesitamos alguno, si no el viaje no habrá servido para nada. Ya hemos caído muchos así que hemos de sacar algo de esto.

—Cuando lleguemos pienso estar mucho tiempo sin volver al mar.

—Eso decimos todos. —rio.

—Mira son esos tres, estos dos, este y ese.

—Vale, vamos allá.

Los dos hombres de Ward desencadenaron a varios de nosotros que ya no respondían. Los arrastraron hacia cubierta con el propósito de librarse de sus cuerpos antes de que quedaran putrefactos.

El penúltimo era un joven de unos diecinueve o veinte años, cercano a mi posición, sudoroso, visiblemente enfermo, pero vivo. El varón que estaba al lado de Bodua se levantó de golpe, puso sus brazos como parapeto y empezó a suplicar. Bodua, que era uno de los que conocía nuestro idioma, intentó convencerles de que el joven estaba sano. La mujer que les acompañaba miraba a Bodua y le hablaba en su idioma de manera cada vez más apresurada y nerviosa.

—El chico está bien. Él está bien, ¡mírale, solo está cansado, dejarle!
— dijo Bodua.

—Apártate o tendrás que venir tú también — le contestó el pirata con barba que estaba ante él.

Entre los tres esclavos intentaron proteger al chico. Las palabras del hombre a la derecha de Bodua eran, incomprensibles para mí, pero entre ellas entendí varios “por favor”. Su voz se quebraba mientras le retiraban a empujones los brazos. Aquel hombre levantó su voz y se aferró al muchacho. Tiempo después supe que aquel chico era su hermano.

Bodua pasó ahora a convencer a sus familiares de que retirara las manos, puesto que sabía que, o se lo llevaban a él solo, o acabarían los cuatro en el mismo lugar.

Todo intento de protección fue en vano, ya que, de los dos hombres de Ward el más robusto, desenfundó su arma y apuntó directamente a la cabeza del hermano. No tenía alternativa.

Al retirarse, Bodua abrazó a aquel hombre, intentando mantener la compostura y calmarle. La mujer echó a llorar y se unió al abrazo mientras les hablaba. Era inútil; cuanto hiciéramos era inútil. Poco a poco nos quebrarían cada esperanza hasta que, simplemente, llegase nuestra hora.

Fueron a por el último de los chicos al que arrebataron de los brazos de su madre. La mujer no se dio por vencida y se desgañitó intentando retener el cuerpo de su hijo. Entonces uno de los piratas decidió calmarla. Puso una mano sobre su hombro:

—¡Eh! ¡Eh! Tranquila. Voy a soltarte y si quieres puedes venir con él.
— dijo señalando a su hijo.

La mujer miró a su alrededor. Pudo comprobar la negativa en forma de movimientos de cabeza y ojos desorbitados de sus compañeros. Miró hacia el suelo y suspiró. Dejó caer las lágrimas con lamentos más silenciosos que sonoros. Levantó la cabeza hacia su carcelero y, para sorpresa de todos, decidió coger al pequeño con sus propias manos y dirigirse a la salida.

Aquella reacción fue comprendida por muchos, inclusive por la mujer que estaba a su lado. No intentó en ningún momento persuadirla. Creo que en el fondo ella también quería ir, y si no lo hizo fue porque sabía que en poco tiempo acabaría con el mismo destino.

Todos sabíamos lo que les ocurriría a madre e hijo. Si yo fuera padre ¿qué haría en su situación? Lo curioso de todo aquello es que jamás lo sabría.

Horas después cayó la noche y nada se oía. El último de los pájaros había muerto ese mismo día y los perros empezaban a parecer apáticos, enfermos o simplemente estaban muriendo de hambre puesto que sus fuerzas apenas les permitían ya ladrar o intentar escapar.

Aquella noche ni tan siquiera intenté tumbarme. Con los brazos apoyados en mis rodillas y mi cara entre las manos me dejé llevar fuera de aquella habitación.

En mi cabeza escuché el trotar de los caballos de la casa de mi tío Allen. ¡Que lejana se me antojaba Escocia! —Cuida de ellos y yo pagaré tus estudios, pero no te encariñes, recuerda que estos animales no son los que te darán de comer—, me decía.

Podía llenar mis pulmones del aire gélido de Stornoway. Notaba la hierba en las palmas de mis manos aunque, en realidad, tan solo era madera lo que había bajo ellas.

Podía mirar al cielo y ver las nubes avanzar en movimientos de ínfima velocidad alrededor de un sol cálido y cegador. Quería quedarme en aquel sueño con todas mis fuerzas y pensé en abandonar mi cordura, aunque eso significara no regresar jamás.

Escuchaba lejanos los sonidos de pájaros y cigarras. El tiempo pasaba lento, no había, en aquel lugar, ninguna prisa.

En mis manos un libro abierto me llevaba más allá de aquel paisaje. Quería aprender, incluso, algún día, marcharme y crear mi propia familia.

Mai, una chica de mi edad, vecina nuestra, pasaba las tardes junto a nosotros. Aparecía a la misma hora del día, todos los días, luciendo su larga cabellera pelirroja y sus vestidos coloridos bajo el sol. Era un encanto. Pasábamos las horas paseando y hablando. Su voz era dulce y le encantaba sonreír a cada momento. Era la chica más alegre que jamás he visto. Le encantaba escuchar

las historias inventadas de los libros que leía. Ella no sabía leer y yo intentaba enseñarle.

Me apasionaba todo lo que decía. Me explicaba lo que hacía durante el día y, aunque fuera cotidiano, mis ojos brillaban al escucharla. Soñaba con, algún día, arrodillarme ante ella y proponerle pasar el resto de la vida juntos.

Todavía podía oler su pelo, ver sus ojos color hierba fresca, sus diminutas pecas cubriendo su también pequeña nariz. Ojalá supiera que, aunque lejos, aunque prisionero, la imaginaba.

Aquella tranquilidad me inundaba y me hacía olvidar todo lo vivido en los últimos días. Me aferré a ella y creo recordar que incluso logré, por un instante, sonreír.

Pero la oscuridad fue ennegreciendo el paisaje. Podía ver cómo todo se volvía oscuro y entraba dentro de mi propio cuerpo, como si de tinta se tratara, hasta llegar a lo más profundo de mi mente rompiendo mi alma en mil pedazos y dejándome sin aliento.

Jamás volvería a ver el cielo como lo hacía en Stornoway. No volveré a ver a Mai, no escucharé sus risas. Si existe un infierno, sin duda estaba en él.

El crepitar de las tablas unido a un brusco movimiento del barco me puso de nuevo en alerta.

Se hallaban todos estirados en el suelo; no podía saber si dormían, lloraban, se abrazaban, vivos, moribundos o muertos. Yo y Noah éramos los únicos incorporados. Noah estaba a unos pasos de mí y pese a la ausencia de luz vi claramente el inconfundible color azul de sus ojos. Se asemejaba al reflejo de la luna en el mar. No podían ser humanos.

Era una auténtica locura, el azul de sus ojos se estaba expandiendo por parte de la frente y en el contorno de las cuencas de sus ojos. Había brillo en aquel color. Intuía que aquello podía ser el inicio de algo, pero todavía no entendía su significado y mucho menos su magnitud. Lo que sí tenía claro era

que aquello no era una enfermedad.

En los libros que leía en un pasado, que ahora sentía tremendamente lejano, leí sobre brujos, hechiceros, magias oscuras, mitología y multitud de hechos fantásticos, pero siempre fui escéptico <<los libros son libros la realidad es realidad>> y aquello era la realidad, así que era simplemente imposible. Sin duda estaba afectado por falta de alimento puesto que fiebre no tenía.

Todavía no comprendo por qué, pero no sentía miedo, más bien una mezcla de curiosidad y atracción. Podía sentir como mi cuerpo se acercaba ralentizado y atraído por el brillo espectral de sus ojos.

Acercaba mi cara a él cada vez más. Ya casi notaba su aliento. Hipnotizado levanté las manos con intención de tocarle. ¿podía verme? En la inmensidad de sus ojos vi mi reflejo y, curiosamente, este hecho me hipnotizó todavía más. Sentía la fuerza de la atracción de mis manos por poder tocarle. Súbitamente y cuando mis manos estaban situadas a pocos centímetros de su cara, mis sentidos se apagaron. La vista fue lo único que quedó, pero no veía a Noah, tan solo veía azul. Mi cuerpo quedó privado del tacto, no sentía nada, pero tampoco miedo. Era parecido al inicio de un sueño. A mis oídos, ningún sonido llegaba. Hasta que por fin mi mano derecha llegó a su cara. Al palpar su rostro lo primero que experimenté fue un frío húmedo como si de agua helada se tratara. La siguiente sensación fue el vibrar de mi pecho y de repente todo mi cuerpo trepidó como si las ondas viajasen por cada órgano y por cada minúsculo fragmento de piel a una velocidad asombrosa.

Delante de mí, veía de nuevo mi reflejo oscurecido ampliado y rodeado de un azul que se veía cada vez más intenso. Ya no veía a Noah, tan solo mi propia imagen, algo parecido a la aparición de un ángel o espectro. Lo traspasé y todo quedó oscuro.

Mi cuerpo volvía a estar a mis órdenes. De nuevo volvía a la realidad. Pero al abrir los ojos, no estaba en la bodega del barco. ¡Me hallaba en cubierta!

—¡Eh blanco! ¿¡Quieres coger esto de una santa vez!?

Estupefacto y sin saber exactamente cómo reaccionar, fijé mis ojos en el cielo y pude comprobar que en cubierta era de día a diferencia de la bodega.

—¿Qué no me has oído?!

—S... Sí —respondí.

—Vamos llévalo a la cabina del capitán. ¡Date prisa! No pienses ni por un momento que eres uno de los nuestros, ¡así que muévete y obedece!

<<Dios mío que hago aquí?>>. Miré directo a mis manos para saber qué era lo siguiente que debía hacer y vi en ellas un cubo con distintos utensilios entre los que pude distinguir un mapa y una brújula.

Me afané por llegar a la puerta de la cabina del capitán lo antes posible para que, de esta manera, el pirata, no pudiera intuir mi preocupación. Al abrir la pesada puerta noté un olor extraño que me hizo marearme y retroceder. Escuchaba la voz de otro hombre como si estuviera metido en una botella, hasta que me desplomé contra el suelo.

La luz del sol se diluía con lentitud dando vueltas entre la profundidad de mis ojos hasta desvanecerse por completo. Durante varios minutos escuché la voz de varios marineros mientras sentía sus pasos cerca de mi cuerpo. Las voces se atenuaban y se mezclaban con otras incomprensibles. No recuerdo cuánto tiempo pasó hasta que noté el cabello empapado de sudor en la frente e instantáneamente me levanté.

Estaba de nuevo todo oscuro, mi estómago se retorció de dolor y no pude más que inclinarme y vomitar. Cuando recobré el sentido pude cerciorarme de que me hallaba en la bodega, como si nada hubiera pasado.

Temblando toqué la cadena que me unía a aquel barco. Nada había

cambiado. Con auténtico terror levanté la cabeza. Sabía que el punto culmine de mi locura había llegado a la cima. Jamás saldría y si lo hacía lo haría loco y esclavo.

Noah estaba echado con la cabeza sobre su propio brazo. Bodua en cambio estaba de rodillas. Algo no iba bien. Forcé mis ojos para poder ver su cara, solo distinguía parte de sus ojos y unos gruñidos intensos de dolor.

—Bodua. Bodua. — Repetí varias veces sin obtener respuesta.

Toqué su espalda también empapada, se giró y apretó su mano en mi brazo. No podía hablar, la tos y el dolor se lo impedían, pero sentía cómo intentaba comunicarse. Palpé en su cara un líquido con una temperatura ligeramente superior a la del sudor de su espalda. Podía ser mucosidad, bilis o sangre, pero no pude saberlo hasta que no amaneció.

Imagino cómo de larga se le debió hacer, a Bodua, la noche. La bodega se volvía rojiza lo que indicaba que el sol estaba a punto de aparecer.

Ambos estábamos tirados en el suelo, casi abrazados y derrotados por el cansancio. El primero en incorporarse fui yo, Bodua no lo hizo hasta ya entrada la mañana.

—¿Estás bien? — Pregunté al que ya consideraba amigo.

—Sí, creo que sí.

—Necesitas un médico. No sé a cuánto estamos de tierra, pero estoy seguro que podrán ayudarte.

—Compañero blanco, Sloan, para nosotros no hay médicos. Si servimos seremos esclavos y si no, nos desecharán como si fuéramos carne podrida. Tengo que aguantar. Quiero pisar tierra y seguro que me recupero. En mi país pasé por muchas cosas y ninguna logró matarme. Echo de menos mi tierra, a mi mujer y mis hijos.

—¿Tienes familia? Por suerte ellos no están aquí. — Mis palabras de

condolencia no sonaban exactamente como pretendía.

—No. Mi mujer murió hace unos años. Mis hijos se quedaron a cargo de mi hermana mientras yo trabajaba, no sé nada de ellos, quizás estén en otro barco, quizás sean libres, solo espero que por lo menos sigan vivos. Me encantaría poder volver a verlos en algún momento. — las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos.

Miré mis manos y como acto reflejo las escondí como pude. Estaban llenas de sangre. Era probable que mi amigo no volviera a pisar tierra firme.

—Tranquilo pronto nos sacarán de aquí.

Como si hubiera sido oído, la puerta de la bodega se abrió. Dos hombres bajaron hablando de lo que harían con alguno de nosotros.

—Por lo menos será la última vez que bajemos. Este sitio huele a muerte.

—Pues no me parece la mejor idea. O obedecen o yo mismo les pego un tiro.

Un hombre barbudo acabó de bajar las escaleras. Él era justamente al que no le parecía una gran idea. El otro sujeto era un chico de no más de veinte años, pelirrojo, con el pelo rodeando su cabeza como si fuera un casco y aparentemente molesto por tener que acercarse, si quiera, a los esclavos. El joven llamado Colin se acercó directamente al rincón donde me hallaba.

—¡Eh blanco! ¡Joder menuda suerte tienes! Eres el único blanco aquí abajo, ¿eh? Mañana por la mañana el capitán quiere que os reunamos a todos, o mejor dicho a todos los que quedéis. Tú nos ayudarás. ¿Sabes leer y escribir verdad? Por supuesto, ¡qué tontería estoy diciendo!, ¡si eres de la realeza! — dijo en tono brusco y de burla — Pues bueno, rey de los esclavos, espero que estés a la altura de lo que se te pida o habrá un blanco menos en este barco.

No encontré el momento ni valor suficiente para preguntarle a qué se refería. Sabía que en pocas horas lo podría comprobar por mí mismo.

—¡Los demás! ¡El primer negro que me lleve la contraria será comida para tiburones! ¡¿lo entendéis?!

—¡Vámonos de aquí! Aún no ha empezado el día y ya tengo ganas de sacármelos de encima a todos. — continuó el pelirrojo hablando con su compañero barbudo.

—¡Qué mierda que lo más parecido a una mujer blanca seas tú Colina! Si seguimos con poca comida y agua por lo menos podríamos darnos el gustazo ¿no? Jajaja — le contestó el barbudo.

—Vuélveme a llamar Colina y destrozaré tu garganta con mi machete.

—¡Vamos no te pongas así era una broma! — Sus voces se volvían cada vez más débiles a medida que se acercaban a la puerta.

Cerraron el portón con llave, aunque ninguno de nosotros pudiera abrirla. Se escuchaban los pasos desde las escaleras a la parte alta del barco.

Miré a Bodua y este no tenía mejor cara. Se pasó las manos por su cabeza y me miró como intentando que le leyera el pensamiento. Ninguno de los dos dijo nada.

Las horas, aunque interminables, pasaban. Bodua en un estado de desvanecimiento progresivo tan solo gemía y tosía. Bien entrada la noche pude oírle llorar, sabía que su tiempo estaba limitado. No era muy creyente, pero estuve rezando parte de la noche.

El sueño hizo su aparición y cuando quise darme cuenta estaba de nuevo en la casa de mi tío Allen.

El cobertizo estaba hecho de madera de roble. Sentado en un banco del mismo tipo de madera, aguantaba el calor del verano más caluroso hasta la fecha.

Mai se acercaba a paso lento. Desde lejos se cruzaron nuestras miradas y nos dedicamos amplias y nerviosas sonrisas.

Una vez sentada a mi lado, dejemos que el sol relajara nuestros

nervios con las caricias de su calor.

—¿Qué tal tu día? ¿Tu hermana ha tenido ya al bebe? — pregunté tímidamente.

—No, todavía no. Creen que será un niño y que será tan testarudo como su madre. Jejeje. — Aquella sonrisa me hechizaba. — ¿Tú que tal Sloan? ¿has vuelto a soñar con las arañas gigantes del libro de ayer? Podrías hoy contarme otro. A mí tampoco me gustan las arañas.

<<Quiero casarme con ella. Y tener nuestra propia familia. Tener muchos hijos y que correteen ante nuestros ojos en nuestro propio jardín. Enseñarles a leer, verlos crecer, envejecer a su lado>>. Por lo menos eso pensaba en aquel momento. <<Algún día seré un padre de familia como lo es mi tío>>.

Era conocedor de los peligros de nacer, de simplemente estar vivo. Sabía que el mundo estaba lleno de cosas horribles, pero me creía todavía joven como para tener que vivirlo en un espacio breve de tiempo. Tenía muchas cosas que conocer, mucho que crear, mucho por lo que trabajar. Aquellos días fueron, probablemente, los más felices de mi vida. Nada me preocupaba. Tenía inquietudes y sueños. Respiraba tranquilo protegido por el calor del sol y la vida en familia, en aquella vieja casa escocesa.

¡Se estaba tan bien en aquel banco! Para qué volver. Para qué intentarlo. Para qué luchar si jamás volvería a ser libre. Quizás por ver el sol mientras mis pies están en tierra. Quizás por seguir soñando, aunque esto sea lo único que pueda conocer como libertad.

Sabía que aquello que veían mis ojos era tan solo una recreación sobrealimentada de mis propios recuerdos y sabía también que al despertar la realidad no sabría a aire húmedo, a sol en mi cara, a familia feliz ni mucho menos. ¿Había alguna razón por la que yo estuviera en aquel barco, al margen de la mera equivocación? ¿Volvería a ser libre en algún momento? <<Tengo

que sobrevivir, es la única manera de escapar y volver a mi tierra con mi familia y con Mai>>.

Al despertar al día siguiente estaba abrazado a mi compañero, pero este ya no respiraba. Me quedé inmóvil durante unos segundos. Sabía perfectamente que ya no estaba, pero no quería volver a la realidad y mucho menos ahora que me sentía tan solo. Finalmente me incorporé, sequé mis lágrimas y mirando al techo como si este fuera el mismo cielo, pedí en voz alta que Bodua me esperara allá donde estuviera.

Me dolía el pecho como si alguien me hubiera clavado un puñal. Mi pena se hacía cada vez más grande. Si no me controlaba perdería el norte definitivamente. No era familiar y tampoco hacía tanto tiempo que le conocía, pero allí abajo cada cosa que te arrebataban hacía que se encogiese la habitación, que faltase el aire y te costase levantarte y Bodua se había convertido en un amigo, en un buen amigo.

<<Vivir es la única manera de escapar>>. Pasé un par de horas sentado al lado del cadáver de mi compañero sin prestar atención a nada más hasta que escuché la llave introducirse en la cerradura del portón.

Los ánimos de los tres hombres que bajaban no eran muy distintos, pese a la diferencia de condición. El barbudo los precedía cabizbajo, el segundo era un hombre muy alto y rubio que todavía no había visto y el tercero era el chico pelirrojo llamado Colin.

Su primera acción fue sacar a Bodua. Sentí como si por un momento todo se acabara.

Lo arrastraron ante mí, por toda la bodega, hasta las escaleras. No quise mirar.

La soledad me golpeó en el pecho. Tenía que aguantar, aunque mi cuerpo me pidiese morir.

Al volver los piratas, nos desencadenaron a todos. En aquel momento éramos cinco en total. Tan solo quedaba un perro vivo en la jaula, que sería alimento en poco tiempo.

El barbudo nos apuntaba con su trabuco sin dirigirnos la palabra. El hombre rubio y el chico también tenían sus armas en la mano, pero no nos encañonaban. Subimos las escaleras desanimados. Al llegar a cubierta el sol se nos hizo intenso.

Con unas cadenas provisionales deambulábamos por el barco escoltados por los hombres de Ward.

Anduve durante unos minutos con las piernas temblando por el esfuerzo. De reojo vi, a mi derecha, cómo arrastraban el cuerpo de Bodua, tapado ahora con telas. Mis pies quedaron sujetos al suelo, como si de lodo se tratase, y vi, con todo mi pesar, como alzaban su cuerpo para soltarlo en el mar. <<Ha muerto sin poder despedirse, sin volver a pisar tierra, sin tan siquiera poder ver una última vez el cielo>>. Me sentí más vulnerable que nunca. ¿Así acabarían mis días?

Sin poder apartar la vista del horizonte, el hombre rubio me dio un empujón fuerte hacia abajo, y mis cadenas quedaron atadas al mástil juntamente con el resto de esclavos.

El hombre barbudo se acercó directo a mí.

—Blanco tú vendrás conmigo. — No dijo nada más, no parecía tener muchos ánimos.

Imaginé que el resto de la tripulación de Ward habrían caído enfermos y se habrían desecho de sus restos. Parecía mucho barco para tan pocas personas.

Tras soltarme de nuevo, me condujo por toda la cubierta subiendo unas escaleras que pasaban más allá de la estancia donde los piratas dormían y la cocina hasta llegar a la puerta que daba al camarote del capitán, en la parte

más elevada del barco. Antes de abrir me paró un momento:

—Haz caso a lo que se te diga, no intentes huir ni nada que nos comprometa y si lo haces bien quizás puedas cenar algo esta noche. No correré detrás de ti, si haces un movimiento en falso te dispararé. ¿Lo has entendido?

—Por supuesto. —respondí desganado.

Abrió la puerta con algo de esfuerzo. En la estancia del capitán solo había dos personas, Nerón y un hombre muy mayor con la espalda un tanto encorvada. Los dos hombres me miraron fijamente al entrar.

—¡Así que tú eres el familiar de Murdoch de Escocia! — Decidí no responder por mi propio interés. —Bien chico, necesitamos tu ayuda. Yo soy Ray —dijo el hombre mayor de pelo completamente blanco. — Imagino que sabes qué es esto — en sus manos sostenía una brújula. — Ninguno de mis hombres logra entender qué es lo que ocurre. — Miré de nuevo a la brújula y sorprendido pude comprobar como la aguja no paraba de dar vueltas sin detenerse en ningún sitio en concreto. Jamás había visto algo como aquello. Sacó también un mapa que me pareció desproporcionadamente grande y lo puso sobre la mesa. — Estamos aquí y en esta zona, desde aquí hasta aquí, nunca ha faltado alimento. ¿Me entiendes? Pero llevamos días sin encontrar ni un solo pez. Y este cacharro, no sabemos por qué, pero ha dejado de funcionar. — dijo señalando la brújula.

—No...no sé. —apenas salían mis palabras.

—Además, todos nuestros hombres han caído enfermos, parte del agua se ha echado a perder y no tendremos suficiente para llegar a tierra. Sin agua, sin comida y perdidos no llegaremos muy lejos. Los únicos hombres que saben usar éstos objetos — dijo señalando un sextante y un compás — son Jonny que está muerto y nuestro capitán que se encuentra muy enfermo y no reacciona. Así que pensamos que, viniendo de dónde vienes, es posible que sepas algo

que nosotros somos incapaces de entender.

—Señor yo... — inicié por fin — puedo intentarlo, pero no le aseguro que pueda saber dónde estamos exactamente. He utilizado algún instrumento en el pasado, pero necesitaré toda la información que sus hombres puedan proporcionarme y aun así, es posible que no os aporte nada nuevo.

—¿Bien chico, tienes idea de por qué ha dejado de funcionar? — señaló una vez más la brújula.

—No señor, la verdad. Las brújulas han de señalar el norte mediante la aguja, atraídas por el magnetismo de la Tierra y no entiendo por qué razón esta no deja de dar vueltas. Puedo intentarlo, pero no le aseguro nada.

Era, sin lugar a duda, una simple estratagema para conseguir un ápice de alimento y quizás con un poco de suerte algo de privilegios. No tenía ni idea del uso del sextante y mucho menos de los cálculos necesarios para poder determinar en qué lugar del mar nos encontrábamos. Solo quería ganar tiempo. Necesitaba pensar en alguna táctica hasta que estuviésemos cerca de Tierra. Pensé en alimentarme y esperar a que la brújula diera de nuevo señales de un buen funcionamiento, pero si por un casual no fuera así, estaríamos todavía más perdidos.

—Llévate todo esto y no descanses hasta encontrar una solución. Al atardecer podrás comer para después pasar la noche anotando estrellas. Espero que mañana por la mañana sepas decirnos dónde estamos, si no es así, me plantearé darte como alimento al resto de esclavos. — Sabía que hablaba en serio.

Recogí el mapa, la brújula y otros bártulos repartidos por la mesa del capitán y crucé la puerta acompañado del hombre barbudo de Ward. <<No será tarea sencilla librarme de “el barbas”. Disimular, anotar y dejar pasar el tiempo hasta que se me ocurra el siguiente movimiento>>. En muy poco tiempo comprendí lo estúpida que había sido mi idea. <<Comeré, sí, pero me lanzarán

por la borda o alimentarán a otros con mi carne en cuanto se den cuenta de que no tengo ni idea del rumbo del barco>>.

Crucemos todo el barco hasta llegar a proa. El sol me azotaba con fuerza, pero di las gracias de estar libre de cadenas.

Desde proa tenía la sensación de estar respirando el mar. Desplegué el mapa sobre el suelo poniendo el compás encima para evitar que la brisa lo moviera. Desplacé la mano sobre el mapa con el dedo corazón rozando parte del mar dibujado y emitiendo palabras en un tono muy flojo para que el barbudo no pudiera darse cuenta de que, lo que estaba diciendo, no tenía sentido alguno. Con la otra mano levantaba uno a uno los dedos mientras contaba. Debía de estar haciéndolo bien puesto que el barbudo, después de mirarme fijamente, se puso a observar el horizonte y pude sentir cómo se relajaba. Sin duda yo también me calmé. No sabía que vendría después, pero me dejaba llevar en busca de un poco de calma y posible alimento. Entonces el barbudo interrumpió mis cuentas imaginarias:

—¡Eh chico! —hizo una pausa un tanto larga mientras me escrutaba con la mirada — ¿Crees que lo que nos está pasando es una maldición?

—La verdad es que no creo en maldiciones — contesté.

—Ah — miró de nuevo al horizonte — He cruzado los mares muchas veces y jamás había tenido tan mala suerte. Además noto algo extraño en este barco — volvió a mirarme. — Estoy deseando llegar a tierra...

—Hum...podría decir lo mismo, pero no sé lo que me espera al llegar.

—Blanco tú trabaja, si volvemos a tierra gracias a ti, estoy seguro que tanto el capitán como Nerón y Ray estarán de acuerdo en soltarte. Puede que incluso te recompensen. Y yo estaré de acuerdo.

Esta confesión, con su correspondiente silencio que le prosigue, casi me arrebató las lágrimas que tenía guardadas en mis ojos. Quizás se debiera a que me sentía ya muy débil, pero sus palabras las sentí como un abrazo.

—Ahora continúa y no intentes nada o ya sabes... —finalizó rozando su arma y disimulando sus propias emociones.

Tanto el barbudo como yo oíamos a Colin alzar la voz. Estaba junto a un hombre rubio acabando de desatar a los esclavos para que pudieran caminar en el barco. El hombre barbudo debía estar acostumbrado a su forma de hablar puesto que, en un primer momento no se giró, parecía incluso que fuera a quedarse dormido pero la reprimenda de Colin seguía en aumento hasta que se escuchó un disparo.

Pude ver a un esclavo en el suelo con sus manos en la cabeza. El barbudo se levantó de golpe y fue a paso rápido hasta la zona del conflicto. Me levanté lentamente intentando no hacer ruido, aunque no me hubieran oído igualmente, y me acerqué.

—¡Se puede saber qué haces! — dijo nervioso el barbudo — ¡Solo nos quedan cinco, no vamos a tener ganancias, y si te cargas a los demás no vamos a poder pagar toda la mercancía!

—¡Cállate! Por muy amigos que seamos y aunque hayamos pasado mucho juntos, recuerda quién es tu superior. Haré lo que considere necesario. Este necio ha intentado atacarme y lo pagará con su vida.

Levantó su arma y el pobre esclavo se retorció de miedo esperando que esta vez el disparo no fuera de advertencia. Chilló pensando que era lo último que haría. Colin lleno de ira le encañonó, pero en el último momento levantó el arma y le asestó un porrazo con la culata en la cabeza.

Después de un golpe vino otro y después otro a lo que le siguieron patadas. Lo arrastró sangrando por parte de la cubierta. Nadie dijo nada, todos callábamos intentando no ser el próximo objeto de su ira. Lo levantó del suelo por la pechera y después de un par de golpes más se dispuso a tirarlo por la borda, pero de nuevo se contuvo. Su frente estaba perlada por el sudor y su

cara se enrojecía tanto como su pelo. Lo devolvió al suelo de un empujón y el hombre quedó agazapado temblando y sujetando su propia cabeza. Colin se marchó hasta cruzar la puerta que daba a los camarotes de los piratas.

El barbudo y Nerón se miraron durante unos segundos. Los ojos del primero fueron a parar a los míos.

—Avisa a Ray, él te dará algunos trapos y agua, date prisa —así lo hice.

A mediodía los esclavos estaban de nuevo atados al mástil. El esclavo herido tenía toda la cara hinchada y su párpado izquierdo apenas le permitía ver. Su cabeza colgaba, era probable que hubiese quedado inconsciente o que las pocas fuerzas que tuviera le hubiesen abandonado.

A su lado una mujer esclava apretaba la mano de su compañero mientras lloraba. Este le acariciaba los dedos, pero una parte de él parecía no estar en el barco. No me atreví a mirar a Noah.

Pasé las horas en proa sin hablar con nadie, completamente en silencio, ni tan siquiera quería tener ideas rondando mi cabeza. Estaba agotado, tanto del cansancio como de todo lo que había vivido hasta ahora.

El sol se hallaba bajo. El hombre de pelo rubio vino a buscarme para que pudiera comer. Su pelo brillaba aún más con el sol. Era un hombre delgado con ropaje sucio, pero el cabello parecía recién lavado, aunque aquello fuera imposible. No le oí primeramente así que elevó su voz con nerviosismo.

—¡Eh blanco! ¿¡Quieres coger esto de una santa vez?! —después de un breve silencio continuó — ¡¿Qué no me has oído?! Vamos llévalo a la cabina del capitán. ¡Date prisa! No pienses ni por un momento que eres uno de los nuestros, ¡así que muévete y obedece!

Nada más oírle no caí en la cuenta, pero segundos después me quedé completamente rígido. Aquello ya lo había visto.

Recogí los utensilios mientras me esforzaba por disimular, y me dirigí con dos piratas más a la cocina situada en la parte trasera del barco después de los camarotes.

Al abrir la pesada puerta noté un olor extraño que me hizo marearme y retroceder. Las imágenes que venían a mí ya las había vivido. Quizás tan solo era un sensación de haberlo vivido antes, o quizás... ¿Podía ser Noah?

Escuchaba la voz cercana del barbudo, pero como si esta estuviera metida en una botella. Me apoyé en la puerta y vi la cara de preocupación de dos de los piratas. Finalmente, mareado, logré abrir la puerta.

Nos sentamos alrededor de una mesa tosca y larga llena de restos de comida pegados. Tenía tanta hambre que no me importó.

Me ofrecieron una especie de sopa con carne de dudoso origen. Esperaba que, por lo menos, solo fuese perro.

—Aliméntate lo que puedas. — dijo el barbudo.

—Chico, ¿cómo van esos cálculos? ¿Tienes idea de dónde estamos? — me preguntó Ray.

—Creo que estoy cerca de la respuesta, pero he de hacer algunos cálculos más cuando llegue la noche.

—Espero que lo consigas pronto. Se nos acaba el tiempo.

En los minutos posteriores los silencios se mezclaban con conversaciones cortas entre ellos. Al terminar me dirigí de nuevo a proa. De camino noté como mi cuerpo se destemplaba y, al llegar, el barbudo se sacó su chaqueta roja de la tripulación pirata y la puso sobre mis hombros. Había algo fraternal en él. Le miré y, con un movimiento de cabeza, le di las gracias.

—Si necesitas agua solo tienes que decírmelo. No me gusta lo que

tienes que vivir. En verdad, no me gusta nada de lo que veo. De joven era como Colin, en cambio ahora, que ya tengo una edad, pienso muy diferente. Pero uno no se puede fiar de nadie. El año pasado un esclavo apuñaló a un compañero y desde entonces no me acabo de fiar.

Tú pareces distinto, y no lo digo por que seas blanco, sino que en tu cara se ve la bondad. Espero no equivocarme. ¿Cómo te llamas chico?

—Sloan, señor.

—Yo soy Balgair. ¿Dónde te capturaron?

—En Escocia señor, en Stornoway.

—Pensaba que habías venido del mercado, como todos los demás.

Yo no iba a viajar esta vez y al final...Umf... Aquí estoy. Tenía que quedarme a solucionar algunos problemillas en tierra. Me llamaron a última hora y decidí apuntarme. ¡Como si fuera tonto! Mira que sabía que el viaje se me haría largo, pero esto...

Bueno chico, te dejaré que mires el mapa, cuentas estrellas y soluciones lo de la brújula. Buena suerte, es la que necesitamos.

—Sí. Em... Muchas gracias, Balgair. —no sabía si dárselas, pero agradecí el trato y procuré seguir sobreviviendo.

Me respondió con un leve movimiento de cabeza, se levantó y me dejó a solas con el mapa, la brújula y el resto de cachivaches. Me sentía solo pero extrañamente acompañado de quien se suponía que tenía que ser mi enemigo.

Las estrellas se hacían cada vez más claras y la luna ganaba terreno a los últimos rayos del sol. Todavía temblando me levanté para desentumecer mis piernas y pasé al lado de los esclavos. De los bolsillos de mi pantalón saqué bolas de carne y algo de pan y los deslicé a las manos de mis compañeros, rápidamente para no ser visto. Me miraron agradecidos y sentí lástima por no poder desatarlos. Al llegar a Noah procedí con la intención de alimentarle como a todos los demás. Tenía la cabeza ligeramente inclinada

hacia abajo y al tocarle reaccionó levantándola. Cuando le miré a los ojos, de alguna manera, sabía lo que me iba a encontrar. Azul.

Sus ojos estaban de nuevo azules. Le sujeté la mano sin apenas darme cuenta y el azul que cubría sus ojos irradió hacia el cuello. Fue entonces cuando vi una marca extraña en su frente. Esta era de color rojo y estaba seguro de que no era una herida ya que brillaba como sus ojos. Parecía que la furia de los colores se había intensificado. Caí de culo al suelo, pero no pude parar de contemplarle. Ninguno de mis compañeros le miraba, quizás por su posición antepuesta a la de Noah, pero llegué a pensar que era el único que veía los colores en aquel hombre.

Noté como si una mano apretara mi pecho y garganta. Esta vez el miedo invadió mi cuerpo. Me sentía como un cordero esperando ser mordido por el lobo. Retrocedí del todo y me marché a proa buscando la soledad para poder comprender el vínculo de Noah con lo que ocurría en el barco.

Fui incapaz de concentrarme, no dejaba de mirar a todos los lados del barco esperando que ocurriera el próximo hecho inexplicable. Miré al cielo y también al mar, nada parecía salirse de la normalidad. Cogí la brújula, la palpé, la voltéé y nada. Todavía no sé por qué, pero al alzarla quedó mirando hacia mí de una forma fija. Di dos pasos hacia atrás y no se movió. Me acerqué a la punta del todo del barco a riesgo de caerme. << ¿Funciona?>>. La alegría contrapuso al miedo, pero por muy poco tiempo, cuando me dirigía hacia los camarotes en busca de Ray, al pasar al lado del poste, vi como la aguja señalaba a los esclavos. No podía ser, la brújula tendría que continuar en el mismo punto fijo si señalaba al norte. Me moví de la forma más disimulada que pude, pero nada. Empezaron a bajar por mi espalda las primeras gotas de sudor frío y cuando asomaron por mi frente pasé la mano. No tenía calor, lo que sentía era verdadero pánico, sabía hacia dónde apuntaba la aguja. Aquello no podía ser casualidad. Estaba delante de un brujo o del

mismísimo diablo. Volví a mirarle y quedé de nuevo hipnotizado.

Sé que pasó mucho tiempo hasta que noté que las gotas mojaban mi pelo y mi ropa. Era como si el tiempo, espacio y pensamientos se hubieran parado. <<Esto es un sueño, o mejor dicho una pesadilla, o una broma de muy mal gusto, no puede ser real, es imposible. Será mejor que me aparte de todo el mundo porque si se dan cuenta de que estoy loco entonces se acabó.>>

Algo mareado me acerqué a estribor sin tan si quiera notar que mis pasos estaban cada vez más desequilibrados, hasta que tropecé y caí. Parecía haber vuelto a la tierra o mejor dicho al suelo del barco. Me giré para ver con qué había tropezado, ya que me parecía que había sido algo grande. Era una bolsa de tela y parecía contener el cuerpo de un pirata o bien de un esclavo.

<< ¿Cómo no la he visto?>>. No recordaba haber visto ningún cadáver en cubierta exceptuando el de Bodua, antes de ser lanzado al mar.

Por aquella noche ya tenía bastante así que corrí hasta proa, levanté la chaqueta del barbudo, me metí debajo y cerré los ojos como un niño asustado de unos fantasmas que solo están en su pequeña mente.

Escuchaba pasos. Las gotas de lluvia chispeaban encima de mi cabeza. Oía la lluvia debajo de la chaqueta prestada.

Escuchaba lejanos a los hombres de Ward hablar y no les presté demasiada atención de la misma manera que ellos me dejaron tranquilo pensando que protegía el mapa y que, en poco tiempo, les daría la solución a todos nuestros problemas.

Más pasos se dirigieron hacia cubierta y me asomé de reojo para cerciorarme si era por que hubieran visto lo mismo que yo, y sí, pero no era a Noah a quien miraban sino a la bolsa de tela del suelo.

Me afané en escucharles. No conseguía distinguir lo que decían así que levanté la chaqueta, la puse de nuevo en mis hombros y me quedé no demasiado cerca, disimulado por la oscuridad y mirando como el que no

quiere la cosa.

—Te lo juro, yo mismo lo hice. — escuché a Colin

—Tranquilo, no pasa nada has debido confundirte por otro. — contestó Balgair.

—No, no. Yo estaba delante y también ayudé y juraría que este es Yuren. —continuó Nerón con una voz muy grave y tono de preocupación.

—¿Me estáis tomando el pelo? ¿Pero os estáis escuchando? Mira Colin, serás mi superior, pero lo que estás contando es imposible. O bien no lo tirasteis, o bien te confundes de hombre.

—¡Joder te estoy diciendo que lo tiré yo mismo por la borda! ¡¡Qué cojones te pasa?! — Vociferó Colin.

—¿Entonces cómo explicas que esté aquí? Y mira la tela no está tan mojada, es imposible que esto haya estado en el mar.—dijo incrédulo Balgair.

—¡Dios, quieres escucharme! Yo solo he tirado a tres de los nuestros y sé que Yuren era uno de ellos. ¡Joder esto está empezando a acojonarme de verdad! — Colin alzó los brazos y se movía de un lado a otro, siempre cerca del cadáver.

—Bueno tranquilízate, ponerte nervioso no va a hacer que no esté aquí.

—¡Y tranquilizarme no va a hacer que desaparezca! Y mucho menos que haga ver que no ha pasado nada. ¿Puedes explicarme tú, qué cojones pasa aquí? ¿Crees que es una coincidencia que estemos perdidos, que la haya palmado tanta gente, que no haya rastro de peces y ahora esto?

—Tirémoslo de nuevo y ya está. — dijo Balgair.

—Colin, hagámoslo e intentemos calmarnos todos — contestó casi al unísono Nerón.

—¡Pues tíralo tú, pedazo de gilipollas, yo me voy y no quiero que me volváis a tocar los cojones con cosas que no entiende ni vuestra puta madre!, ¿¡ha quedado claro!?. Al capitán le queda bien poco y si la palma seré yo quien

esté al mando así que, la próxima vez que os diga qué es lo que han visto mis ojos, ¡no quiero oíros llevándome la contraria!

Nerón alzó por si solo el cuerpo y pude oír como chocaba contra el mar. El grupo se diluyó y Balgair se acercó a mí señalándome proa. Caminé hacia donde me decía con algo de miedo por haber sido descubierto. Nos sentamos en el suelo y esta vez era él quien temblaba, pero sabía que no era de frío. Apenas me miraba.

—¿Qué ha pasado? — pregunté con la voz entrecortada.

—Colin está perdiendo el juicio. Cree que el cadáver de uno de los nuestros ha aparecido después de deshacernos de él.

—¿Y tú crees en lo que dice?

—Me cago en todo, ¿tú también? —fue entonces cuando me miró y pude ver en sus ojos el miedo a lo incomprensible de aquel asunto. — ¿y si fuera así qué cambiaría? Soy el único que parece tener las cosas claras en este barco. Si perdemos todos la cabeza entonces no llegaremos a tierra. ¿Tú crees en la magia?

—No creía, pero hay cosas que no puedo explicar.

—¿Como qué?

No pude continuar la conversación. Era incapaz de contarle lo de Noah. No solo me tomaría por loco, sino que podría verme como una amenaza, y si realmente Noah había provocado aquello, delatarle no sería una buena idea.

A partir de aquella noche todo fue de mal en peor.

Nos quedamos mirando a la nada durante horas. Al amanecer ni tan si quiera me preguntó por qué no había hecho mis cálculos. Sabía, de una manera o de otra, que no serviría de nada.

Muertos de sueño, después de toda una noche sin pegar ojo, caímos rendidos por la calidez del sol.

Al despertar estaba solo. A mi lado había una taza con un líquido algo amarronado. Estaba caliente y se me asemejó a un caldo. Tocar la taza caliente me tranquilizó. Todavía llevaba puesta la chaqueta roja. En la lejanía vi a la tripulación de William Ward alrededor de otra bolsa de tela. Esta vez estaba entreabierta. Mientras la cerraban, los hombres pusieron sus manos en la frente.

Parecía que ninguno recordara que me encontraba en el barco. Ray movió la cabeza de un lado al otro y se marchó. El hombre rubio y Nerón alzaron el cuerpo sin vida mientras Balgair pasaba su mano por las espaldas de Colin.

—Estoy seguro que lo harás bien.

Deduje que no había aparecido ningún cuerpo extraño, sino que era el capitán el que había perdido su batalla. Volvieron de nuevo a los camarotes.

Todos estaban un tanto distraídos por unas cosas y por otras y me dediqué a dar vueltas por cubierta sin atreverme a entrar en la zona de los camarotes. Miraba la brújula una y otra vez con el deseo de que la aguja indicase de nuevo el rumbo que debíamos seguir. Estaba mareado por el exceso de calor de aquel día. Me agobiaba cada vez más aquella situación, pero lo peor estaba por llegar. A media mañana, de forma lejana, empecé a escuchar ladridos de perros. Sí, he dicho perros. Sabía que era posible que quedase un solo can en la bodega, en el caso que este estuviera aún vivo, pero era imposible que hubiera dos perros, de eso estaba seguro. Por mucho que supiera que mis oídos me engañaban y tan solo fuera una alucinación más, pasaban los minutos y los ladridos se metían cada vez más en mi cabeza. Llegó a ser tan molesto que tuve que agacharme y taparme las orejas, aun así, los oía.

No dije nada a nadie. El esclavo de ojo hinchado se quedó mirándome, momento en el que me levanté y volví a mirar la brújula para disimular mi

desconcierto. Mi miedo se acrecentaba, pero solo había una salida y esa era morir ahogado en el mar. La brújula comenzó a calentar cada vez más mi mano y miré a Noah con desesperación. Era posible que todo fuese fruto de mi propia imaginación, pero igualmente comencé a sentir odio hacia aquel hombre, haciéndole responsable de todo lo que no podía explicar. Mi mirada se tornó cada vez más intensa y en el momento en que me dirigía a Noah con intenciones de abofetearle o chillarle un dolor punzante cruzó toda mi mano. Solté la brújula y comprobé que salía humo de ella. En ese instante mi respiración se agitó y sentía como no llegaba el aire, no podía más con aquella situación. Moví el objeto con el pie y vi como la madera se había quemado. Me miré la mano y la tenía en carne viva. Sin esperar más salí corriendo en busca de un pirata para contarle todo. Quizás la única manera de terminar con todo no era saltar por la borda, sino que fuese Noah quien acabase a manos del mar. Pero, si era un mago ¿conseguiría salvarse? En mis libros, magos, brujos y demonios eran quemados no ahogados. El destino lo diría, pero para sobrevivir tenía que hacer algo.

Crucé enfadado, directo al camarote del nuevo capitán. De camino encontré tres nuevas bolsas de tela. Mi cuerpo comenzó a temblar sin tener control ninguno. Más allá de las bolsas, inmóvil, estaba Nerón. Miró hacia el suelo y después a mí. Su cara solo mostraba miedo y tardó muy poco en darse la vuelta y salir corriendo. Por el camino gritaba el nombre de Colin. Me sentí por un momento como un asesino, como si aquellos cuerpos estuvieran ahí por mi culpa, así que dejé las bolsas tras de mí e intenté esconderme detrás de los esclavos. Yo era el único en cubierta con las manos desatadas y, aunque fuera inverosímil el hecho de que yo hubiera estado guardando cadáveres, el pánico se apoderó de mí. Me apoyé contra el poste observado por todos menos por uno. Estaba contagiando mi miedo a mis compañeros que a duras penas entendían que aquellos cuerpos habían sido lanzados al agua.

Aparecieron todos y cada uno de los hombres de Ward, boquiabiertos, y con miedo en sus ojos, Colin en cambio tenía una mano apoyada en su arma y parecía simplemente colérico.

—¡Ábrelas! — Gritó Colin a Nerón.

—No, no ¿Estáis seguros de eso? — al hombre rubio le temblaban tanto las piernas que se podía ver sus movimientos a través del pantalón.

—Necesito saber quiénes son. — continuó el capitán.

—Está claro que nosotros no, y somos los únicos hombres de la tripulación de nuestro señor William Ward, que quedamos con vida. —dijo Nerón

—¡Tú ábrelos!

Desde mi posición pude ver como cortaban la tela con un machete. No reconocí a nadie, pero sin duda estaban muertos.

—Dios mío, ¿me crees ahora! — Colin miraba a Balgair encolerizado.

—Sí, capitán. — se veía en sus ojos como no encontraba explicación alguna.

—Joder esto es muy fuerte. Estos hombres fueron lanzados al mar hace días y están aquí. Mierda yo aquí no me quedo. — balbuceó el rubio.

—Y qué vas a hacer, ¿lanzarte al mar? Quién sabe, igual apareces mañana aquí. — dijo Balgair.

—¿Es que te hace gracia esto?

—No, por supuesto que no. ¿Qué hacemos? ¿Alguien lo entiende? — se miraron entre sí, pero ninguno emitió palabra durante unos segundos.

—Será mejor que los echemos de nuevo al mar y nos encerremos en los camarotes hasta llegar a tierra. — sentenció Colin.

Finalmente, Nerón cayó al suelo presa del pánico y empezó a respirar de una forma muy extraña. El resto se agacho para ayudar, pero no servía de nada.

—¡Vamos, sácalos de aquí lo antes posible! — dijo Balgair sujetando a Nerón y mirando a el rubio.

Y así lo hizo. En poco tiempo volvíamos a estar solo los vivos en cubierta.

A Nerón se lo llevaron prácticamente arrastras a los camarotes mientras le indicaban que respirase. Por ninguna razón del mundo quería quedarme allí, pero no tuve opción. El cielo se oscureció y un relámpago cruzó el horizonte, cuando quise mirar ya habían cruzado la puerta.

Los tres esclavos se pusieron a chillar. Entre sus voces la de la mujer destacaba sin lugar a dudas. No sabía dónde meterme así que decidí quedarme con ellos con una mano cogida al poste.

Notaba mi cabeza pesada. Parecía que en cualquier momento el cielo fuera a caernos encima. La lluvia nos caía como si de una cascada se tratase. Desde la puerta del camarote, vi que nos miraban por la pequeña ventana redondeada, pero su miedo era tal que jamás nos habrían ayudado. Balgair me miraba, noté su pena y esta vez no era por el dinero que pudiera perder con nosotros.

Cuando me quise dar cuenta me escuché a mí mismo gritar basta.

El mar se volvió bravo y nos zarandeaba. A duras penas podía mantenerme agarrado. El sonido de la lluvia era cada vez más intenso, los relámpagos iluminaban el mar y los truenos no solo nos ensordecían, sino que nos sumían aún más en el miedo. Intenté ponerme de pie con ambas manos sujetas al mástil, pero el barco se inclinó de tal forma que mis fuerzas no fueron suficientes y finalmente me solté. Mi cabeza fue a parar a las paredes del barco y dejé de escuchar la tormenta y de sentir miedo.

No recuerdo cuánto tiempo pasé inconsciente, pero al despertar el agua cubría casi dos palmos la cubierta. <<Nos estamos hundiendo>>, fue lo primero que pensé.

No nos hundíamos, y pude dar gracias de haber caído de forma que mi cabeza no estuviese dentro del agua. El esclavo de ojo hinchado no pudo decir lo mismo. Parte de su cara estaba hundida en el agua y no se movía. Las nubes se separaron y el sol comenzó a salir de nuevo.

Los piratas desencadenaron a los esclavos y todos estuvimos achicando agua el resto de la mañana. No hablábamos entre nosotros, nadie quería decir lo que por su cabeza pasaba, aunque todos pensábamos lo mismo. De reojo miraba a Noah. Nada parecía fuera de lo normal, sus ojos eran oscuros, sus movimientos no tenían nada de singular.

Aquel día fue el único que comimos todos juntos, con los pies aún mojados por el agua que cubría el suelo. Ni tan siquiera recuerdo qué comida era aquella, solo que masticaba igual que los demás, aprovechando el tiempo y dando las gracias por el alimento y por no tener que hablar.

Entrada la tarde, parecía que los ánimos habían vuelto a la normalidad, aunque solo fuera un espejismo.

—Deberíamos meternos todos dentro. —desanimado, Balgair intentaba mantenernos protegidos.

—No. Solo entraremos nosotros y como mucho el blanco para que nos explique de una maldita vez hacia dónde tenemos que dirigirnos. — dijo el capitán

—Si los dejas aquí es posible que no superen la noche.

—¡Y qué más da ya! Ahora mismo estos negros son el menor de mis problemas. ¡Átalos al mástil!

Con la puerta todavía abierta les miraba. Aún había luz, pero igualmente Ray encendió algunas velas en la habitación. Entre susurros comenzó a rezar a lo que se sumó Nerón y Balgair.

El sol se marchaba, pero la luna no apareció esta vez. Atados al poste

y congelados de frío, dos de los tres esclavos lloraban. Durante la noche a la luz de las velas que iluminaban las camas, ninguno pudo pegar ojo.

—Voy a buscar agua y preparar algo de comer. Debemos darles líquido a ellos también. — dijo Ray.

—Por mi como si los lanzamos ahora mismo. —contestó Colin.

—¿Vas a dejarlos morir aquí? No quiero más muertes en el barco. — protestó Ray.

—Pues que vaya el blanco. Por cierto, niño rico, no tienes ni idea de dónde estamos ¿verdad? — por fin había llegado la pregunta.

—N...no señor —me costó responder. Agaché la cabeza. — lo que ocurre en este barco está fuera de mi alcance y de mis cálculos.

La desesperación de Colin fue tal que ni tan siquiera se levantó para acabar conmigo. Se puso a reír como si estuviera ebrio. Balgair se asomaba por la ventana.

—Mierda —su voz subió por nuestras espaldas en forma de escalofrío. — Joder mira esto. — Colin se acercó.

El capitán primeramente enmudeció.

—¡Hemos de largarnos de aquí! ¡Corred a la cocina!

Todos salieron disparados hacia la cocina. No podía irme sin saber qué ocurría fuera. Jamás olvidaré lo que mis ojos vieron.

Pese a la poca luz que había fuera, se veía perfectamente. La cubierta estaba llena de bolsas. Innumerables cuerpos esparcidos por el suelo, inmóviles. ¡Era imposible! ¡Pero ellos también lo habían visto!

—¡Vamos joder! —gritó Colin al cruzar la siguiente puerta.

Como una avalancha corrimos hasta la cocina y cerremos la puerta asegurándola también con sillas.

—¡Este barco está maldito! ¡Joder vamos a morir! ¡Mierda, MIERDA! — dijo el capitán.

—¡Hostia! ¡Cállate joder! — Balgair se puso delante de Colin alzó la mano y con un rápido movimiento le abofeteó fuertemente. Colin no le respondió, era como si una parte de él diera las gracias por intentar calmarlo.

—¿Qué es lo que habéis visto? — dijo el rubio.

—¿Recuerdas las bolsas con los cuerpos? — contestó Balgair.

—No puede ser — los ojos del pirata rubio de Ward estaban cada vez más abiertos mientras tocaba su cabeza con una mano y con la otra se tapaba la boca.

—¿Qué hacemos ahora?! Si el barco está maldito ¿qué nos va a pasar?

—¿Y si es la comida? ¿Y si hemos comido algo en mal estado y lo que vemos no existe? — dijo el pelo-rubio intentando encontrar una respuesta.

—¿Y vemos todos lo mismo? No tiene ningún sentido contestó Ray.

—¡Yo no creo en cuentos! ¡Lo que decís no tiene sentido!

—Lo que decimos sí tiene sentido. — le contestó Ray —Llevo muchos años en la tripulación de Ward y antes trabajé en otros lugares también en el mar. Muchas veces el barco acaba maldito incluso desde su construcción. Recuerdo uno en especial se llamaba Ancora y lo llevaban unos hombres pesqueros. En la construcción del barco murieron seis obreros. Todos pensaron que solo eran accidentes, pero cada vez que salían al mar ocurría algo extraño, hasta que un día encontraron el barco vagando en las aguas, pero no llevaba a nadie en sus entrañas. Acabaron desmontado el barco y ni tan siquiera vendieron la madera u objetos que estuvieran ahí.

—¿Significa eso que no llegaremos vivos a tierra? — preguntó Nerón con su característica voz grave.

—No lo sé, solo sé que hemos de intentar resistir hasta llegar a tierra, aunque en este momento ni tan si quiera sabemos si estamos cerca o lejos. Hemos de alimentarnos con lo que tengamos, aguantar y esperar. Hemos de calmarnos para poder llegar vivos.

—¡Pues yo no puedo calmarme Ray! Está lleno de cuerpos, lo habéis visto todos. — chillo Colin.

Bañado en sudor, Nerón apretó la cruz de su colgante, cerró los ojos y rezó balanceándose de delante a atrás. En aquel momento solo pensábamos en llegar cuanto antes.

Después de mucho pensar, sin tan siquiera movernos, tuvimos varias ideas que descartemos una a una, hasta que por fin dimos con la que parecía más sensata. Decidimos esperar un tiempo hasta que dos de nosotros se dirigieran al timón y otros dos cruzaran la cubierta para subir al carajo y desde allí pudieran ver más allá de lo que se podía apreciar a simple vista desde abajo.

Nadie recordaba la cantidad de días que llevábamos sobre el agua. Estábamos desubicados y perdidos, tanto en el tiempo como en el espacio.

Los piratas prepararon sus arcabuces, machetes y trabucos, aun sabiendo que de nada serviría. Nuestro enemigo no tenía cara, o por lo menos eso era lo que ellos creían.

Estaba decidido, Colin y Balgair irían al timón mientras que Nerón y el hombre rubio saldrían hacia cubierta. Yo y Ray nos quedaríamos momentáneamente en la cocina hasta nuevo aviso. Todo sonaba relativamente sencillo y mi parte parecía una solución segura, pero, como era de esperar, la cosa se complicó.

Una vez la tripulación estuvo lista, los encargados de ir al timón fueron los primeros en salir. Pasaron nuevamente por la zona de los camarotes y desde allí subieron las escaleras que llevaban a la habitación del capitán para finalmente acabar en el castillo de popa, donde se hallaba el timón. Podía visualizar cómo temblaban sus piernas. << ¿Para qué mover el timón; en qué dirección si no sabemos dónde está tierra?>>. Imagino que ellos también lo

pensaban, pero el miedo nos hizo reaccionar de una manera tan extraña como ilógica. <<Quedarnos sentados no nos salvará>>.

Al dejar de oír sus pasos y con suficiente tiempo, salió el segundo grupo. Su tarea era ardua, así que su miedo era también mayor. Todos sabíamos lo que había en cubierta y aunque, sin vida, esos cuerpos venidos de la nada atemorizarían al más fuerte. Nerón era robusto y el hombre de cabello rubio era, de todos, el más escéptico, aun así, los dos cruzaron la puerta con la espalda curvada y la cabeza gacha como si en cualquier momento pudieran encontrarse a la dama vestida de negro que acabara con su respiración.

La puerta de la cocina quedó abierta durante interminables segundos. Ray y yo nos observamos en silencio, paralizados. Alzó sus brazos para cerrar la puerta pero, sin darme cuenta, antes de que lo hiciera le detuve y me puse detrás de la puerta con la intención de volver al camarote de la tripulación. Necesitaba ver la cubierta, quería saber que había pasado con los esclavos, que pasaría con los piratas y...Noah.

Dejé a Ray en la cocina, de nuevo cerrada. Crucé a toda prisa hasta llegar a la puerta con el ventanuco redondo. Me asomé a la ventana circular y vi como el rubio y Nerón cruzaban temblorosos la cubierta mirando de izquierda a derecha todos los bultos del suelo de la embarcación. Nerón señalaba el mástil mientras el otro hombre levantaba su arma para protegerse de los fantasmas que nos atormentaban pero que ninguno veía.

Los esclavos continuaban atados, aunque la quietud de los tres no pronosticaba nada bueno. Algo me decía que Noah sí continuaba con vida.

Mientras Nerón esperaba mirando desde abajo, el hombre de pelo rubio subió a lo más alto. Con una mano en la frente intentaba ver en un mar lleno de oscuridad mientras que con la otra se sujetaba para no caer. Las manos nerviosas de Nerón tocaban una y otra vez su ropa, como si le picaran las piernas, su mirada dirigida al compañero y de tanto en tanto la bajaba para

cerciorarse de que su arma continuaba empuñada. Alrededor no había movimiento alguno y el mar parecía estar en calma, pese a todo pasé la vista por toda la cubierta y me detuve en Noah para avistar cualquier cosa que saliera de lo normal.

De nuevo...Azul.

Toqué la puerta para intentar abrirla, pero fue inútil, no se movía, era tarde.

El hombre rubio estiró su columna como si alguien lo sujetara desde lo alto de su cabeza. Con una mano engarrotada empezó a tambalearse entre aspavientos extraños. Parecía querer soltarse de una mano invisible, hasta que, finalmente, se precipitó contra el suelo del barco emitiendo un sonido fuerte y seco.

No se movió, el golpe había sido suficientemente fuerte como para saber que había muerto en el acto. Nerón se cogió de la cabeza como si esta también fuera a salir disparada mientras flexionaba las rodillas intentando acercarse al cuerpo inerte de su compañero. Mis piernas también se flexionaron. Empecé a perder la visión. Desaparecía ante mí, todo lo que ocurría fuera. Era tal mi miedo que no fui capaz de intentar abrir de nuevo la puerta. Giré sobre mí mismo y me mantuve unos instantes quieto antes de ir directo a la puerta de la cocina. Mientras lo hacía, escuchaba los pasos rápidos de los piratas destinados al timón, corriendo por las escaleras para llegar a cubierta. Suponía que lo habían visto todo.

La puerta de la cocina también estaba cerrada. Desde la ventana no lograba ver a Ray, por lo menos en un principio. Mis alarmas se agudizaron y con toda mi fuerza golpeé la puerta con el antebrazo mientras que con una mano sujetaba el pomo. Nada. Podía escuchar a Ray moverse, sabía que algo le estaba sucediendo, pero era incapaz de abrir la puerta.

La cara de Ray acabó muy cerca del ventanuco y vi claramente sus

ojos desorbitados y la falta de aire que se generaba en sus pulmones. Gritaba, pero no reconocía ninguna palabra hasta que se acercó más y escuché algunas frases sin sentido:

—Se hace pequeña, ¡sácame! ¡sácame por Dios, voy a morir! — vociferó hasta casi desgañitarse —¡las paredes!¡SÁCAME! ¡ayuda por favor! ¡Me van a aplastar joder!

Alzaba sus manos intentando tocar las paredes, pero sin atreverse a hacerlo. Su cara rojiza y el mar de sudor de su frente hicieron que comprendiera su desesperación, aun así, no podía ayudarle.

Ray se apartó de la puerta y fue directo a la mesa bajo la ventana, se subió, abrió la ventana y, sin tan siquiera pensarlo dos veces, se tiró al agua.

No escuché la caída ni el aterrizaje, tampoco entendía absolutamente nada excepto una cosa, se nos había acabado el tiempo en aquel barco, en cualquier momento, yo sería el siguiente.

Dejé de empujar la puerta y corrí hacia la de cubierta que se abrió a la primera. Al salir Balgair empuñaba su arma apuntándola contra Nerón. Me quedé quieto cerca de la puerta. Los ojos de Noah intensificaron su color y de repente Balgair disparó. Un gran estruendo nos dejó sin habla mientras el cuerpo de Nerón caía al suelo.

En el horizonte el sol se asomaba, tiñendo el cielo con un rojo amarillento. Colin miraba fijamente a su compañero, pero no tuvo tiempo de maniobra cuando Balgair sacó un machete y en un par de pasos se abalanzó sobre el capitán. Colin resbaló en un mal momento y las puñaladas se sucedieron durante largos minutos, incluso cuando era imposible que siguiera vivo.

Mis pies, anclados por el miedo, no dejaban que me moviera ni un solo milímetro de donde estaba. La respiración se agitó y mis ojos miraban de

Balgair a Noah sin descanso. En último momento pude salir corriendo y cerrar tras de mí la puerta del camarote. No sabía si sería buena idea asomarme de nuevo a la ventana, pero necesitaba saber si aquel hombre sin juicio estaba cerca.

Balgair cargaba de nuevo su arma y mis lagrimas comenzaron a salir disparadas de los ojos mientras emitía leves gemidos llenos de terror. Una vez cargada el arma, se sentó en el suelo, apuntó a su boca y se disparó.

A partir de entonces estaba solo. Las probabilidades de morir en breve aumentaban a cada lágrima, a cada inspiración.

Fui al final de la estancia y me cobijé bajo las mantas. No paraba de temblar, <<solo es un sueño...no es real...no estoy aquí>>.

<< ¿Y ahora qué hago?>>. Las ideas pasaban muy rápido por mi mente. Mi cuerpo, en especial mi cabeza, sentía el peligro. Tenía que reaccionar, pero no pude. No me respondían los brazos ni las piernas, no era capaz de tomar ninguna decisión. Sabía que yo mismo podría sentenciar mi pena de muerte por culpa de quedarme paralizado pero, igualmente, no podía hacerlo.

Estuve agazapado la mayor parte del día, el cansancio se instaló en mi cuerpo y caí desmallado por el miedo entre las sábanas de unos piratas que habían pasado a la historia.

Tuve que estar horas en aquella situación pues, al despertar, el sol ya comenzaba a hacer su última ruta del día. No me atrevía a levantar del todo las mantas, pero no era capaz de quedarme allí tampoco. Inexplicablemente la furia se empezó a apoderar de mí. Desde el fondo de mi pecho crecía la rabia mientras mi mente la alimentaba, <<no debería estar aquí...yo no he hecho nada malo... ¿por qué nos quiere muertos? quiero salir de aquí>>. Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza hasta que me levanté de sopetón, empecé a buscar por la habitación y, por fin, cogí un arma de mano lista, suponía, para disparar. Crucé gritando de una punta a la otra del camarote

empujando la puerta. <<Supongo que amenazarle no servirá de nada, pero quizás, y solo quizás, si le mato acabe todo>>.

Salí como un loco a cubierta con intenciones bastante claras. Fui derecho al mástil sin vacilar, con el arma en mi mano recostada sobre la pierna derecha. O entraba en razones, o le mataría o él me mataría a mí, fuera lo que fuese todo acabaría en breve.

Alcé el arma y la rabia cruzó mi pecho atravesando el brazo hasta llegar a la mano, apreté con todas mis fuerzas la empuñadura. Las gotas de sudor empezaban a agolparse en mi frente. Noah levantó, por fin, lentamente la cabeza. Era de nuevo un hombre normal, pero mantenía su mirada fija, sin movimientos que indicasen debilidad o nerviosismo alguno, sin intentar comunicarse, sin suplicar por agua o alimento. Aunque sus ojos eran ahora marrones, se me encogió el corazón como si alguien lo estrujara.

Procuraba que no se viera en mi rostro el miedo que tenía.

—¿Porqué?! — solo el silencio obtuve como respuesta. —¡Quiero que me saques de aquí!

Todo estaba en calma menos yo. El barco se hallaba prácticamente parado, las olas parecían ondas hechas en la arena del desierto. El sol estaba bajo, y sus colores, rojo y amarillo, teñían el agua-arena.

Los dos esclavos, situados a cada lado de Noah, estaban, sin duda, muertos. Probablemente fuera el miedo el que acabara con ellos.

Sin bajar el arma y sin esperar respuesta miré sus manos atadas con grilletes al mástil. Pensé que sería buena idea desatarle, si encontraba la manera. Atado o sin atar podía matarme, o bien hacerme caer en la locura y que fuera yo mismo quien lo hiciera. Quizás si lograba liberarle, él tendría compasión y me dejaría marchar. Por alguna razón seguía vivo mientras mis compañeros, piratas y esclavos, jamás podrían contarle.

Deposité el arma en el suelo, incliné el cuerpo hacia delante y con mis

manos levanté ligeramente las suyas escudriñando los grilletes. No tenía ni idea de cómo hacerlo. Mi cabeza fue de abajo a arriba siguiendo el mástil con los ojos.

—Dios mío... —dije con un suspiro y sacando las gotas de sudor con la mano... —Solo quiero salir de aquí.

Al volver de nuevo a mi posición inicial y sin perder el contacto con el brazo de Noah, me quedé sentado sobre mis talones y, al mirarle a los ojos, eran de nuevo azules.

De reojo vi como el cielo aceleraba la noche.

Sus penetrantes ojos parecían la llama de una vela en lo que a hipnotismo se refiere. Me sacaban lentamente de mi cuerpo y me atraían a su interior como si fueran unas manos las que me cogieran y quisieran sumergirme en lo más profundo de su mirada. Mi brazo empezaba a quedarse cada vez más rígido, y mi mano apretaba con fuerza a Noah. Sentí de nuevo las mismas vibraciones, desde el pecho a las extremidades. Mis venas se enfriaban como si agua congelada pasara por ellas. Se diluía la visión de todo aquello que estaba ante mis ojos y me engullía hacia otro lugar.

Primero todo quedó oscuro para, lentamente, dibujarse la luz y el color.

Esta vez la visión me transportó fuera del barco. Estaba en tierra, ante un grupo de personas. Me miraban curiosos. Barrí con la mirada de izquierda a derecha. Hombres, mujeres y algunos niños. Una niña en concreto atrajo mi atención. Su pelo y su vestido, ambos rojos, destacaban en el paisaje gris del resto de personas y vestimentas.

Estaba por fin en tierra, podía notarlo, podía olerlo. Me alegré de tener mis pies fuera de aquel barco. Pensé que jamás volvería a ver a otras personas que no fueran esclavos ni piratas.

Una parte de mí estaba completamente relajada, pero otra pequeña

parte me mantenía en alerta. El aire apenas se movía. El cielo estaba repleto de nubes grises que amenazaban tormenta. En la cercanía de mi posición podía observar un grupo de casas rodeando nuestro lugar. Las casas también eran de un gris oscuro. El ambiente era extraño, pero por fin podía sentir que, bajo la madera que pisaban mis pies, había tierra. Todo había acabado, mis músculos se relajaban como si hubiera luchado contra mil leones y por fin pudiera descansar. No pude entender el porqué, pero sin tener voluntad sobre mi propio cuerpo, mi cara empezó a llenarse de lágrimas. No podía controlarme, el cuerpo comenzó a temblar, pero una enorme paz invadió mi pecho. Era toda una contradicción.

Volví a mirar a la niña de vestido y cabello rojo. Era como mirar a una madre, una amiga, una hermana, un ser que me transportaba a la más grande sensación de tranquilidad. Cerré mis ojos, escuchaba voces, pero no podía distinguir significado alguno. Era parecido a tener la cabeza en un bote de cristal. Suspiré e intenté adueñarme de mi propio cuerpo, mover las piernas hacia adelante, dejar de temblar, pero no funcionaba. Llegué incluso a notar líquido caliente en mis pantalones que indicaba la pérdida de control en aquella situación. “Loco del todo. Me venció mi propia mente. Supongo que es normal después de todo”.

Abrí de golpe los ojos. Noah estaba justo en frente. Estaba de nuevo en el barco.

De un brinco solté su brazo, incluso mi arma cayó al suelo. Dos pasos atrás la furia invadió cada parte de mi cuerpo.

—¡Basta! ¡Déjame en paz, quiero salir de aquí, ya no puedo más! — Cogí el arma, le apunté directamente a la cabeza, apoyando el cañón sobre su frente. — ¡No puedo más!

Mientras chillaba apreté el gatillo sin pensarlo.

Nada salió del arma. Un simple clic y de nuevo el silencio.

El azul de sus ojos comenzó a moverse creando ondulaciones que hacían más intenso su color. Aquel azul zafiro, capaz de helar tu sangre con tan solo mirarlo, parecía intentar dividirse.

Empezaba a formarse una gran ramificación y la luz azul ganaba terreno convirtiéndose en algo parecido a unos filamentos de humo. Eran unos hilos azules muy finos y humeantes tan solo se podían percibir debido a su color intenso. Toda la intensidad del color contrastaba con la inmensa oscuridad del barco y del cielo.

Lo que vi entonces, casi hace que mi corazón se parara. Los filamentos se hicieron cada vez más largos y, cruzando el barco, fueron a parar a cada uno de los cadáveres hasta que los cuerpos, poco a poco se alzaron.

Decir terror no sería suficiente. Parecía que el pecho fuera a explotarme del pánico y la cabeza me martilleaba con fuerza. Con movimientos espasmódicos me incorporé y salí corriendo hacia la puerta que daba a los camarotes.

<<Viene a por mí. Voy a morir lo sé.>> Cerré la puerta y, apoyado en ella, deslicé mi cuerpo hasta quedar sentado en el suelo.

No podía parar de llorar, no me llegaba el aire. <<Dios mío sácame de aquí, ayuda por favor. Quiero vivir. No quiero estar aquí>>. <<Es una pesadilla, no puede ser real. ¡Despierta!>>. Golpeé con las manos mi cabeza para salir de aquella pesadilla. La puerta que aguantaba mi espalda estaba cada vez más fría como si el aire exterior la estuviera congelando. Al levantarme pude comprobar que había adquirido un tono gris azulado, la toqué sin ninguna intención de abrirla y me asomé al ventanuco.

—¡Oh joder, no es posible! —En cubierta todos los cuerpos estaban en pie, fuera de sus bolsas. Los cadáveres estaban erguidos e inmóviles. Tenía

miedo de que cualquiera de aquellos cuerpos en descomposición se moverán ni tan sólo un paso. —¡Basta! ¡Déjame en paz! ¡Quién cojones eres y qué quieres de nosotros! ¡Yo no te he hecho nada! ¡No quiero morir joder! ¡¿Qué es lo que quieres?! ¡Por favor, por favor, déjame vivir, quiero vivir!

Mis gritos desesperados rompían el silencio del barco y mis labios agrietados dejaban paso a la sal de las lágrimas.

Nada se movía fuera. En aquel momento era terror puro lo que sentía, de tal forma que el miedo se apoderó de mí y no pude reaccionar. Mis ojos desorbitados necesitaban ver, pero mis piernas se doblegaban intentando obligar a mi cuerpo a caer. Me contuve e hice caso a lo que querían mis ojos. Pase la mirada por cada uno de los muertos. Distinguí entre ellos al que debía ser el capitán por la sombra de su sombrero, a Balgair, a Nerón, a Colin y a muchos hombres que jamás podré conocer. Me detuve, finalmente, en un último hombre al que pude reconocer, Bodua. Sus ojos eran tan solo esferas negras sin vida. <<Pobre hombre>>.

Ninguno de ellos se movía. No había pasos, sus brazos inertes, nada.

Sabía que no tenía escapatoria así que, por un instante, levanté el arma y la apunté directamente a mi cabeza. No sabía si al apretar el gatillo la bala me mataría o por el contrario no saldría del arma. Me temblaba tanto la mano que pensé que, antes de que pudiera disparar, el trabuco caería a mis pies. Lo mantuve elevado mientras mis ojos seguían atentos a las imágenes que ocurrían en cubierta. Los cerré y me dispuse a disparar cuando noté que el suelo bajo mis pies se inclinaba.

Las tablas chirriaban mientras el barco continuaba inclinándose. Me cogí al pomo de la puerta, con tan mala suerte que esta se abrió y caí rodando allá dónde no quería estar.

Al golpearme contra el lado del barco me levanté rápidamente. Algo salió de las profundidades de mi ser; aunque tenía miedo grité:

—¿Por qué?! ¿Quién eres y por qué quieres matarme?! ¿Por qué los has matado! ¿Por favor Noah déjame salir! ¿Te daré lo que quieras! ¿Mi tío tiene tierras y bienes, déjame vivir y no tendrás que ser esclavo! ¿Yo jamás he hecho daño a nadie!, ¿no merezco morir así! ¿Dame una oportunidad, déjame vivir! ¿Por favor!

Los cadáveres llenaban toda la cubierta, pero ninguno de ellos se movía.

Un destello llamó mi atención y miré al cielo. Las estrellas empezaron a cruzar el horizonte como si también tuvieran miedo y quisieran huir. Parecía que el cielo fuese a caer en cualquier momento.

Uno detrás de otro los cuerpos empezaron a caer, inertes contra el suelo. La luna, como cogida por una cuerda, cruzó todo el horizonte a marchas forzadas como jamás hubiera visto ningún humano. El sol apareció por el lado contrario como si alguien lo hubiera empujado.

No podía creerlo, Noah lo controlaba todo, ni tan siquiera estaba seguro de estar en el barco o de que todo lo que veía fuera, en sí, una alucinación inducida. Aunque suponía que todo lo que veía sería tan solo las últimas imágenes de mi vida.

Aterrado, con la mirada en el cielo, no pude notar contra qué se golpeó el barco, pero el estruendo parecía decirme que la madera iba a romperse. El golpe, fuerte y seco, me hizo salir despedido elevando mi cuerpo para luego, casi como un muñeco, caer contra el suelo.

<<Qué cojones ha pasado>> <<Me matará en cualquier momento>>. <<He de saltar>>.

Al levantarme vi lo que para mí fue una de las cosas más extrañas. <<Tierra>> << ¿Cómo puede ser? No estaba aquí antes. Joder en ningún momento he visto que hubiera tierra>>.

Me asomé por el costado del barco y vi en la lejanía un par de casas y

como por un pequeño terraplén bajaban tres personas.

Mientras saltaba del barco fueron acumulándose los observadores.

Nada más tocar tierra estalló desde mi interior las más sonoras carcajadas que fueron, para mi entender, demasiado largas. No podía parar de reír hasta el punto de tener dificultades para respirar. Finalmente, la risa se convirtió en llanto. Arrodillado en un pedazo de costa pedregosa tapé mi cabeza con ambas manos incrédulo de estar en tierra, como si aquello conllevara que el cielo y mi propio delirio me fueran a aplastar contra las piedras del suelo.

Todos aquellos desconocidos se congregaron abriendo un círculo a mi alrededor. No recuerdo nada más de aquello. Mi cuerpo y mi mente se rindieron dejándome inconsciente durante varias horas.

Después de varios intentos infructíferos, donde luché por mantenerme despierto, finalmente, una vez consciente de todo, pude comprobar que me hallaba en una celda.

De nuevo encarcelado, la suerte también me había abandonado.

Al finalizar aquel día me comunicaron que estaba acusado de la muerte de al menos tres hombres.

—Hemos encontrado el barco de William Ward lleno de cadáveres. La mayoría de los cuerpos presentan signos de muerte natural, aunque aún no comprendemos por qué motivo estaban tirados en cubierta. Tres de los cuerpos tienen heridas de bala, de manera que, siendo usted el único hombre de Ward con vida, queda usted arrestado a la espera de juicio por la muerte de los tres tripulantes.

No lo recordé hasta aquel instante, pero al salir del barco todavía llevaba puesta la chaqueta de Balgair, lo que les condujo a pensar que yo era

parte de la tripulación pirata.

En el juicio declaré ser inocente de las muertes. No creyeron ni una sola de mis palabras. Jamás nombré a Noah puesto que era consciente que de nada serviría. Nunca lo encontraron.

Fui declarado culpable y condenado a la horca.

En la mañana de mi ejecución, situado en el patíbulo, con las manos atadas ante una multitud de espectadores, suspiré por última vez sabiendo que nada de lo que hiciera me devolvería la vida que había perdido. No había marcha atrás. Aquella era la muerte que a mí me tocaba. Por un momento pensé que incluso aquello, no estaba tan mal, por lo menos moriría en tierra.

Barrí con la mirada de izquierda a derecha. Hombres mujeres y algunos niños.

La niña, que recordaba haber visto antes, con su pelo rojo y su vestido rojo destacaban en aquel paisaje gris.

Llegaba mi muerte, la notaba en la nuca. Sabía lo que me ocurriría e igualmente me distraje mirando cada objeto, cada persona, que ya había visto.

El cielo estaba repleto de nubes grises que amenazaban tormenta. En la cercanía un grupo de casas rodeaban el patíbulo. En aquella plaza las personas vestían de un gris oscuro.

Miré a la niña de pelo rojo y relajé mi cuerpo mientras la soga pasaba delante de mis ojos para posarse en el cuello. Mi cara se llenó de lágrimas, mi cuerpo tembló levemente, el pantalón caliente por mi propia orina, el horizonte gris, la niña de pelo rojo...

Cerré mis ojos y no presté ninguna atención a los cargos que se me imputaban, al porqué racional de aquella situación. Al abrirlos me despedí del cielo, de la añorada tierra y de mí mismo.

Mi mirada vagaba entre los observadores y, en el extremo de aquel

semicírculo de personas grises, allí estaba.

Plantado con su piel oscura y aquellos ojos azules que brillaban como la luna al iluminar el mar.

Sus ojos, aquellos ojos...Fue lo último que vi.

El brujo

Por suerte, para ellos, los niños estaban en sus correspondientes clases. Phil en parvularios y Nea en cuarto curso. Los dos estaban inscritos en el mismo colegio. Se decía que aquél barrio, apartado del resto de la ciudad, era uno de los más peligrosos. La familia tampoco tenía otra opción.

Philip (padre), acababa de llegar de su nuevo trabajo. Se sentó en el sofá o, mejor dicho, se dejó caer. Las lágrimas asomaban, la garganta le dolía, pero tragó saliva e intentó no echarse a llorar.

Las imágenes iban y venían. No era dueño de sus recuerdos. Jamás pensó que Molly fuera capaz de semejante traición. Habían pasado ya tres meses y aún la veía revolcándose en la cama de matrimonio con otro hombre. No cualquier hombre. Evan no era cualquier hombre. Evan era el hermano de Philip (padre).

El divorcio estaba más cerca que nunca. En parte, Philip no la culpaba. Él le prometió mil y una veces, dejar la coca. Y sí, durante un tiempo cumplió, durante otro, solo la vendía y ahora que había cambiado de vida, empezó a consumirla de nuevo. Claro que ella tampoco era una santa. Pero el alcohol era una droga legal, así que luchar contra esta era mucho más complicado.

Desde lo de Evan, Molly había cambiado hasta su forma de hablar. Estaba claro que le sabía realmente mal. Sin embargo era ella la que estaba preparando los papeles del divorcio, era ella la que pasaba las horas fuera de casa, era ella la que apenas quería hablar y era ella la que, en alguna que otra ocasión, lanzaba las fotografías enmarcadas de su boda o lo que pillara en el momento.

Philip se levantó del sofá. Caminó unos tres o cuatro pasos hasta llegar a la nevera. Comedor y cocina estaban realmente cerca. La abrió mirando sin

mirar. Escogió una cerveza de botella de cristal, de las pocas que quedaban, las otras eran latas, las más baratas del mercado. Volvió al sofá, se quitó las botas que pesaban como dos perros gordos enganchados en sus tobillos, se quitó los calcetines empapados en sudor, subió los pies a la ridícula y vieja mesa de centro, que cojeaba más que él, abrió la botella y sorbió durante largos segundos.

Escuchó las llaves en la cerradura de la puerta de entrada. Se levantó y fue directo al lavabo. Encendió la luz, con la botella todavía en la mano y los pies descalzos. La escuchó de lejos.

—Hola cariño. —Molly cerró la puerta despacio.

A Philip (padre), le parecía increíble que aún le llamase cariño. Él no contestó. Molly se acercó a la puerta del lavabo. Philip abrió el grifo de la ducha. No tenía intención de ducharse, realmente no le apetecía, aunque sí lo necesitaba, pero cualquier lugar era mejor que estar a solas con ella.

—Recojo un par de cosas y me marchó. —ella no llegó a mirarle. Agachó la cabeza, como hacía últimamente, deseando marcharse. Molly tampoco quería estar a solas con él. —Ya recojo yo a los niños.

Philip suspiró aliviado. Más porque ella se marchara que por recoger a los pequeños.

—Bueno... te dejo ducharte. —le entornó la puerta.

—Uhum —le respondió él, mirando hacia el grifo.

Volvió a abrir la puerta.

—Podrías hablarme de vez en cuando. Un poco más me refiero. Sé que no es el mejor momento pero por lo menos hacerlo delante de los niños.

Philip cerró el grifo y se giró hacia ella.

—¿Para qué? ¿Para discutir?

—Podemos hablar sin discutir. —dijo ella, como si fuera lo más fácil del mundo.

—Prefiero no hablar.

—Antes o después tendremos que hablar. Aunque sea para organizarnos. —aquello sonaba a organizar la custodia de los hijos.

—¿Te vas con él?

—No. — Al decirlo agachó la cabeza de nuevo.

Philip hizo caso omiso a su respuesta.

—¿Y qué le llamarán papá o tío? —espetó con furia.

—¡Pero tú de qué vas! El padre eres tú. Por desgracia. — la última frase la soltó como un susurro.

—He perdido a mi mujer, a mi hermano y posiblemente a mis hijos, y ¿aún me dices que de qué voy?

—Mira, no quiero problemas. No he venido para tener problemas. Bastantes he tenido ya en este último año. Nuestros hijos son un cielo, pero tú eres un completo gilipollas, algo que Evan no es. —dijo señalándole con el dedo índice completamente tenso. —¿De verdad crees que tengo yo la culpa de esto? ¿de que no funcione? ¿De verdad lo crees?

—Podríamos habernos divorciado hace tiempo. Podríamos haber hablado más del tema. También podrías haberte tirado a cualquier otro tío. ¡No a mi puto hermano!

—Sí, y tú podrías haber dejado tu puta nariz tranquila. Podrías haber estado cuando te necesitaba, cuando se murió mi madre o cuando tu hija se puso enferma. —la cara enrojeció en tiempo récord. — ¡No estabas Evan! — se dio cuenta de inmediato de la equivocación. —¡Philip!

—Joder, ¿en serio? — se puso la mano en la frente, casi como con una bofetada, la bofetada que ella le había dado llamándole con el nombre del innombrable de su hermano. Golpeó la puerta con el pie desnudo y casi se lo parte. — ¡PHILIP! —repitió él gritando. —Y sí que estaba solo que tú eras incapaz de verlo.

—¿Quieres que te recuerde cómo te encontré hace poco, cuando se supone que cuidabas tú de los niños?

—¿Quieres que te recuerde yo dónde estabas tú? ¡Tirándote a su tío!

—¡Estabas inconsciente en la cama con la nariz como si hubieras ido a esquiar y te hubieras caído de cara en la nieve!

Empezaron a hablar los dos a la vez. El uno sin escuchar a el otro.

—¿Sabes a quién tuve que llamar para que me ayudara a levantarte de la cama?

—Sí — gritó el de nuevo. — A mi hermano. — Los ojos se le hincharon y llenaron de venas a punto de reventar. — ¡A el hermano que te tiras!

Molly recogió las llaves del coche mientras se ajustaba el bolso y caminaba a paso rápido hacia la puerta.

—Vete a la mierda. —le gritó ella, justo antes de cerrar de un portazo que pareció hacer vibrar el resto de la caseta llamada casa.

Molly fue directa al coche. Metió la llave en la cerradura, dejó su bolso en el asiento del copiloto, lanzándolo con rabia. Se metió ella y, sin llegar a ponerse el cinturón, salió por ruedas, dejando marcado el ridículo césped de la entrada.

—Menudo imbécil. —decía mientras con una mano se ponía el cinturón y con la otra apretaba el volante. —No puedo más. Esto es insostenible.

Una llamada la desconcentró. Dejó de apretar la mandíbula. Pensó que era Philip (padre), no quería contestar. Miraba el bolso como si este fuera un extraterrestre, hasta que decidió meter la mano y sacar el teléfono. Era Evan. Menos mal. Le dio al icono de responder y después al de altavoz.

—Hola — Molly empezó a llorar. No podía contenerlo más tiempo.

—¿Ha vuelto a amenazarte?

—No. Esta vez no. Pero ya no importa.

—¿Quieres que pase a recogerte? — su voz era de una ternura que ella jamás había escuchado en otro hombre, en toda su vida.

—Tranquilo. Estoy en el coche. — Molly miró por el retrovisor. Un coche blanco pegado al suyo, se desvió hacia la derecha. No había más vehículos.

—Pásate si quieres. He parado ahora, así que tengo un par de horas.

—No, lo siento. He quedado con Nana. Me va a llevar a un... —se sonrojó al decirlo. Le costó más de lo que pensaba. — lector de manos o de futuro. Como sea que se llame.

—Ah. — se le notó sorprendido. — Vale. —dijo con cariño. — Sabes que estoy aquí y que jamás dejaré que te pase nada. Ni a ti ni a los niños. Todo irá bien, Molly, ya verás. — su voz la tranquilizaba. — Estás haciendo lo correcto. Mi hermano... — no le gustaba decir hermano desde que se lio con Molly por primera vez, pero de vez en cuando se le escapaba. —Philip no es un buen hombre. No te trata bien, ni a ti ni a ellos. No importa si estás conmigo o con otro hombre. Lo que importa es que salgas de ahí y rehagas tu vida.

—Yo quiero estar contigo. — sorbió los mocos líquidos que querían descender de su nariz. — En este último año, has hecho más de padre que él. Y me has apoyado en todo. Incluso cuando se murió mamá, fuiste tú el que estuviste a mi lado.

—Eso lo haría cualquiera que te tuviera cerca. — dijo quitándose méritos. — Es imposible mirarte y no estar ahí. Es por eso que no logro entender a Philip. Quiero lo mejor para ti. Es lo único en lo que pienso desde que me levanto hasta que me acuesto. Tú también has estado en mi vida en todo momento. Una sonrisa bobalicona se instaló en la cara de Molly, compartiendo espacio con las últimas lágrimas.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Te llamo dentro de una hora o así. Si me da tiempo me pasaré y si no, podemos vernos a las siete.

—Perfecto. —contestó Evan. —Estoy deseando abrazarte.

Bajó la ventanilla del coche un par de centímetros. Enchufó la radio y cambió de emisora despistándose de la carretera por unos instantes. Al principio solo escuchó la distorsión de dos emisoras distintas, a la tercera acertó. No conocía la canción que estaba sonando. Últimamente no escuchaba mucha música, tan solo la que su hija Nea ponía en su cuarto. A Molly le encantaba leer, así que aprovechaba todo lo que podía para hacerlo, en lugar de escuchar música o ver la televisión. Los libros eran principalmente de la biblioteca y alguno que le prestaba su vecina Sharon. Comprar no compraba ninguno y tampoco tenía mucho dinero para comprarse uno de esos libros electrónicos. Siempre había algo que pagar, antes de poder darse ningún capricho, fuera cual fuera.

En aquel momento se dejó llevar por el camino, disfrutando de la carretera casi vacía, la música flojita y el leve movimiento de su coche viejo. Por fin empezaba a calmarse. Algunas imágenes se presentaban de sopetón. Imágenes de su hogar, de las peleas con su marido, de todo lo que le quedaba por pasar hasta que el divorcio fuera del todo real. Entonces apretaba ligeramente el volante e intentaba desechar imágenes y sonidos que la angustiaban.

Ya veía las primeras casas del pueblo. Casi todas de un blanco impoluto. Largos balcones, la mayoría llenos de flores de diferentes colores y tamaños. El verde predominaba, con pequeños estampados color amarillo, carmesí e incluso color malva. Todas eran preciosas.

Mientras subía despacio la empinada carretera, parecía como si pudiera oler

las flores y árboles de la zona. Como si de repente se hallara en otro mundo, dejando atrás el suyo propio. La línea de la carretera se volvió continua. Las señales indicaban la velocidad, a 50. Molly fue más despacio todavía. No recordaba con exactitud cuál de ellas era la casa de Nana. Siempre le pasaba. Cruzó un paso de peatones mal señalizado. Vale, aquello sí le sonaba. Decidió parar el vehículo un poco más allá del único banco del pueblo, con cajero tanto dentro como fuera. Pudo encajonar el coche entre dos vehículos. No se esforzó demasiado en dejarlo perfecto. Parte del morro del coche, salía en dirección a la carretera. No le importó. Quitó el contacto, la radio se apagó al hacerlo, bajó otro par de centímetros más la ventanilla, hurgó en su bolso, no lo encontró. Apartó el bolso y justo debajo encontró el teléfono. Buscó en la agenda, le dio al botón de llamada. Mientras esperaba, sin saber por qué, miró por el retrovisor. Era algo que tenía por costumbre, como un tic.

—Ya bajo. — escuchó a Nana.

—OK.

Colgó. Mientras esperaba, cotilleó su teléfono. Pasó por el correo electrónico y acabó en el WhatsApp. Abrió la conversación con Evan. Le había dejado varios corazones que vio esparcidos por la pantalla. Sonrió al verlos, le contestó con más corazones. Realmente estaba ilusionada con su relación. Jamás pensó que podría fijarse en su cuñado. Fue algo que, simplemente, ocurrió.

Volvió a mirar el retrovisor y también lo hizo con el de su izquierda.

La vio acercarse. Llevaba un vestido de flores por encima de las rodillas, el cabello suelto, corto, de un negro azabache con pequeñas y esparcidas mechas color rojizo. Siempre con la sonrisa en la boca. Un bolso hippie colgaba en forma de bandolera. Su nombre real no era Nana, era Marianne, aunque Molly la conoció como Nana. Ella odiaba el nombre que le pusieron sus padres, casi tanto como a los mismos.

Nana abrió la puerta del copiloto.

—¡Hombre, belleza! ¿Qué tal lo llevas? ¿Preparada para una sesión de misterio? —dijo con voz de intriga, meneando las manos como si estuviera realizando un hechizo.

—La verdad que preferiría tomar un café, pero ya que has insistido tanto.

—Te vendrá genial, ya lo verás. Sobre todo ahora que tienes estos días chungos.

—Ya... bueno... No creo que pueda decirme mucho más de lo que yo ya sé.

—¡No seas así!

—¿Así cómo?

—Tú déjate llevar. Verás cómo te sorprende.

—Si tú lo dices. Pero que quede claro que la mística y hippie eres tú. A mí, esas cosas... —dijo Molly inclinando la cabeza.

—Míralo por el lado positivo. Por lo menos harás algo distinto. Yo he ido muchas veces y te lo juro, ¡estoy enganchada a este tío!

—Sí. No hace falta que lo jures, no. —le sonrió. Molly le dio al contacto del coche. — Pues vamos allá. —Por un lado le parecía ridículo, pero por otro le daba respeto, o miedo, no lo tenía claro del todo.

Nana se alisó la parte baja del vestido blanco con estampado floral. Echó mano del cinturón, el que se le resistió, hasta que por fin lo estiró todo lo que pudo y lo enganchó. Molly hizo lo mismo. La radio se enchufó al dar al contacto, en la misma emisora que había escogido. Molly se agachó para rascarse el tobillo, miró hacia atrás donde había dejado mal colocado el bolso, al entrar Nana. Le dio un empujoncito y listo. Dio marcha atrás, tocó un poco el bordillo, por suerte no le dio al coche de atrás. Como ya lo había dejado medio listo para salir, no le costó. Puso la primera y salió lentamente.

—¡A la mágica aventura! —gritó Nana alzando ambos brazos.

Molly negó con la cabeza, pero con media sonrisa.

El bloque de pisos no era muy alto. Debían ser unos cinco pisos en total. Era muy viejo. Se suponía que la fachada era blanca, aunque de cerca parecía de todo menos blanca. Un par de minúsculos balcones tenían los típicos tendales de ropa, compartiendo espacio con macetas solitarias, algunas vacías, otras con plantas verdes que Molly no pudo reconocer.

En un balcón del primer piso, una mujer de edad avanzada se asomaba. Al ver a Molly y Nana mirando hacia arriba, disimuló y volvió a entrar en su hogar.

Desde la entrada, justo al lado de la puerta, pudo escuchar a una mujer hablándole a sus hijos a voz en grito.

—¿Estás segura de que es aquí? —dijo Molly, situada detrás de su amiga, enarcando su ceja izquierda.

—Sí. No te preocupes —le contestó con una sonrisa. Podía imaginar lo que pensaba Molly en aquel momento —el tipo es muy tranquilo. Ya sé que ahora te parece todo un caos, pero tú confía en mí. —dijo picando al tercer piso.

Nadie contestó. El brujo, lector de manos o de futuro, como se quiera decir, abrió directamente.

Había ascensor, en mitad de las escaleras que lo rodeaban. Era antiguo también, con rejas que debías cerrar a mano. Parecía más un montacargas. Nana se acercó. Molly le tocó el antebrazo y negó con la cabeza. Sin decirle nada señaló las escaleras. A Nana le volvió a entrar la risa al ver a su amiga tan preocupada por todo.

Las escaleras eran más altas de lo habitual.

—Por Dios, ¿dónde me estás metiendo?

—Quieres relajarte de una vez. —le contestó Nana mirando hacia atrás, donde estaba su amiga, mientras subían. —te vendrá bien, ya verás.

—Madre mía. Yo para qué te hago caso... —lo dijo más para sí misma que para Nana.

Por fin llegaron a la puerta. Nana aporreó con los nudillos. A Molly todo lo que pasaba desde que cruzaron la puerta del portal, le parecía extraño. Quizás no iba el timbre, sí, ¡pero menuda forma de aporrear una puerta!

Un hombre delgado de mediana edad les abrió la puerta. El tipo era de lo más normal. Pantalones tejanos desgastados, camiseta lisa de color gris oscuro, cabello negro algo largo y una barba de tres días. Molly pensó que aquel hombre les llevaría a la mitad de la estancia donde encontraría a otro hombre mayor, con una túnica negra o de colores sicodélicos, con un bastón en la mano izquierda y una bola gigante en la derecha, pero no.

El hombre delgado les acompañó hasta la sala principal. En mitad del comedor había una mesa de madera. El incienso se podía oler, aunque no de manera excesiva. Unas cartas negras reposaban boca abajo.

—Sentaos donde queráis. —su voz parecía la de un profesor de yoga o un hipnotista.

Molly no pudo evitar mirar de refilón a Nana, la que no dudó en sentarse en la silla que tenía más a mano. Molly la imitó. —qué hago yo aquí — pensó. En lugar de decir nada, tan solo soltó un disimulado suspiro.

Una vez sentadas las dos, el “brujo” miró a Molly, posó sus manos en las cartas sin llegar a levantar ninguna de ellas.

—Esta vez, como te comenté, venimos por ella. —dijo Nana señalando a Molly.

—Sí, ya me indicaste. Molly, ¿verdad? —le preguntó.

Molly pensó que aquel hombre debería saberlo todo, ¿no? Su nombre su apellido su código pin de la tarjeta de crédito y el color de las bragas que llevaba. Y, nada más pensarlo, casi se le escapa la risa.

—Sí, soy Molly. —dijo en su lugar.

—Me gustaría saber que es aquello que más te preocupa. Saber exactamente qué preguntas vienen a ti, con necesidad de respuesta. — su tono de voz relajaba.

De nuevo Molly pensó que, se suponía, que todo esto lo debía saber nada más mirarla. Empezó a arrepentirse de estar ahí. Pero visto lo visto, lo mejor que podía hacer era intentar no tomar a su amiga Nana por tonta, intentar no liarla y dejar pasar el tiempo con preguntas y respuestas estúpidas. Se lo tomaría más bien como si tomara algo con un amigo-desconocido, alguien con quien desahogarse.

—Bueno... em... me estoy separando y supongo que tengo algo de miedo por el proceso o la custodia de los hijos y... eso... —intentó que no se notara su escepticismo.

El hombre delgado agarró el montoncito de cartas. Las separó en tres montones, puso su mano en el montón del medio, cerró los ojos y retiró la mano.

—Escoge uno. —dijo señalando los tres montones.

Ahora sí que Molly le parecía ridículo del todo. Aun así, escogió. Avanzó el de su derecha. El hombre delgado sacó tres cartas.

—Veo que no te llevas del todo bien con el que es todavía tu marido. Molly enarcó una ceja —No jodas— pensó. El “brujo” sacó otras dos cartas.

—No, no muy bien. — le contestó. Tenía ganas de levantarse en aquel mismo momento.

—Veo malas maneras. Veo gritos y reproches.

—Sí. —le contestó. ¿Por qué sino iba a querer la separación?, pensó.

—La decisión —paró un segundo antes de continuar — por lo que veo, la decisión está en tus manos.

—Bueno... —ella no lo consideraba así, o por lo menos no del todo.

—La custodia — de nuevo volvió el silencio. — no veo problemas con ella. No veo que tengáis que litigar.

—¿Enserio? —No creía en nada de aquello, aun así, desde lo más hondo de su interior, surgían dudas y quería respuestas, aunque estas fueran invenciones, quería oírlas.

—N...No lo tengo claro. Veo algo, pero — frunció el ceño, inclinó el cuello intentando ver algo con los ojos cerrados.

—Estoy con alguien. — Molly no le dejó continuar. Las preguntas ahora se acumulaban en su mente. — ¿Funcionará?

El “brujo” seguía con los ojos cerrados, como concentrado. Sacudió su cabeza intentando aclararse, o eso pensó Molly. De nuevo volvió a ella la sensación de haberse equivocado. —No debería estar aquí. Menuda gilipollez — pensó.

—Fu... fun...

¿Ahora tartamudeaba? —qué coño— Molly empezaba a tener ganas de largarse. Movi6 los pies bajo la silla con intención de empujarla y salir corriendo.

—Funcionará. Pero pasaréis por momentos muy complicados. Tú no estarás como quieres o crees que deberías estar con él.

Molly se quedó callada. No esperaba esta respuesta, aunque por otro lado es lógico tener baches dentro de la pareja.

—Esto será por tus hijos.

—¿Por mis hijos? ¿cómo que por mis hijos? Si ellos son un cielo y además ya los conoce.

—No... no — parecía no saber cómo continuar. —esto es difícil Molly. No creo que quieras oírlo.

—Mire señor... —no sabía su nombre. —señor. Mis hijos son lo más importante para mí. Son buenos, son solo niños y el hombre con el que estoy

está encantado con ellos. ¿A qué se refiere? Porque no le entiendo. Es imposible. Y ¿por qué no iba a querer oírlo. Si después de las cosas que me han pasado en mi vida, no creo que nada me sorprenda.

—¿Estás segura que quieres escucharlo? No sé si debería... — en aquel momento el “brujo” miró a Nana, como si quisiera encontrar en sus ojos una respuesta.

Molly estaba segura que todo aquello era un truco. Una manera de mantener la tensión durante unos segundos para luego decir algo completamente normal que le podría ocurrir a cualquiera. Empezó a mover la silla lentamente con la intención de marcharse a la próxima frase que dijera. Ya le pediría disculpas a Nana en cuanto salieran del edificio. Seguro que ella lo entendería. Además Nana ya sabía que Molly no creía en el tarot ni en los astros ni en toda aquella parafernalia sin sentido.

—Vas a matar a tus hijos.

El “brujo” dejó a las dos boquiabiertas. De todas las frases que Molly esperaba, esta era la más sonada, extraña y estúpida que podía haber oído.

—Ya tengo bastante. —dijo por fin. Se levantó de la silla, recogió su bolso y meneó la mano y la cabeza negando la estupidez que acababa de escuchar. —esta es la mayor gilipollez que he oído en mi vida. Y eso que he oído unas cuantas, créame. —Vio a Nana levantarse e intentar agarrarla suavemente del brazo para calmarla. Ella se desprendió de su mano y continuó. Tenía ganas de soltar por la boca todo lo que llevaba encima, y aquel hombre se iba a llevar lo suyo y lo que no era suyo. Le señaló con el dedo y decidió desahogarse con él —¿¡Cómo se le ocurre decir semejante frase!?! ¿¡Está usted loco!?! ¿Le va diciendo por ahí a sus clientes que van a matar a sus hijos? Será hijo de...

—Cálmate Molly. —Nana intentó agarrarla de nuevo, aunque solo fuera para sacarla de aquel piso.

—¡Me cago en la madre que te pario! —pasó del usted al tú, sin tan siquiera darse cuenta. Era lo de menos, por supuesto. —¿Cómo te atreves a soltar algo así!?

—Ya le dije que... — el “brujo” también se levantó. Tenía el cuerpo ligeramente agachado y los ojos como platos. Parecía realmente asustado.

—Molly, por Dios, cálmate. Vámonos. —Nana tiró de su brazo. Parecía que su amiga fuera a tirarse encima del pobre “brujo” delgado y acojonado.

—¿¡Qué me calme!?! Me acaba de llamar asesina el ¡HIJO DE LA GRAN PUTA! —a Molly solo le faltaba echar espuma por la boca. En otro momento se lo hubiera tomado a risa, pero algo se cruzó en su cabeza y explotó.

—Aunque me odies. ¡VIGILA CON TUS HIJOS! —gritó él también. —no los entierres.

—Como digas una sola palabra más, pirado de mierda, te juro que...

—¡Molly! —Nana consiguió agarrarla de la cintura y moverla hacia la puerta, la que cerró, como pudo, empujando a su amiga hasta casi hacerla caer por las escaleras.

Aquello se convirtió en una auténtica locura. Nana nunca había visto a su amiga así. Ni tan siquiera en las mayores borracheras o discutiendo con su marido. Aquel lugar se llenó de griterío y no era el único, todo el edificio parecía estar gritando, de un piso, de otro, de su amiga insultando a todo dios, en especial al escuálido “brujo”, mientras bajaba las escaleras empujada por ella.

—¿Pero qué es lo o que ves en ese tío? —le dijo a su amiga Nana, intentando calmarse, mientras cerraba de un portazo la puerta del coche. —¿Es que no has oído lo que ha dicho? Está como una puta regadera. ¿Y de verdad te

crees todas esas chorradas? — se giró hacia ella sin llegar a ponerse el cinturón. —Nana, ese tonto a las tres, ha dicho que voy a matar a mis hijos. A él sí que le mataría... me cago en...

—Molly, ya está. Lo siento. No tenía ni idea que soltaría algo así. ¿Cómo iba yo a saberlo?

—No, si el tonto lava que dice saberlo todo es él. —señaló su sien, indicando lo loco que estaba el escuálido “brujo”— pero que ha dicho que voy a matar a mis hijos. ¡A mis hijos, Nana! —elevó el volumen de su voz. — ¿Eso le va diciendo a sus clientes? No estoy para tonterías, créeme.

—Tranquilízate. Si además tú no crees en esto. — con sus manos intentaba calmarla. Vio los ojos encendidos de su compañera. —Mira, será mejor que vayamos a algún lado. No sé. A tomar algo y olvidarnos de esto, ¿vale?

—Ese tipo me ha encendido pero bien. —continuó.

—Quizás no sea todo lo que te ha dicho. Quizás lleves demasiado peso últimamente.

—Sí, Nana, sí. Demasiado. He estado un montón de años engañada, pensando que era feliz mientras me hacía cada vez más pequeña. Y te aseguro que mis hijos son lo más grande que tengo en este momento. Lucharía por los tres, por ellos y por mí. Puede que también por intentarlo con Evan. Eso no lo tengo del todo claro. ¿Pero mis hijos? Daría la vida por ellos. —finalmente se echó a llorar. —Y tengo miedo del tema de la custodia. Tengo miedo de perderlos. Tengo miedo de perderme yo por el camino. ¡Tengo miedo de todo, joder!

—Y, ¿tienes miedo a ser feliz? ¿tienes miedo de creer que no mereces ser feliz? —le dijo Nana, tocando su rodilla. —Mereces ser feliz, Molly. Mereces una vida mejor. Solo quería venir aquí para que el vidente pudiera decirte lo que te estoy diciendo. Te mereces lo mejor. Y todo saldrá bien.

—Pero para eso no me hacía falta el gilipollas ese. —lloró, apretó las manos de Nana. Comprendía lo que ella quería decirle. Avanzó su cuerpo y la abrazó. Rio de forma amarga. Las lágrimas seguían saliendo. Apretó una vez más la cintura de su amiga, se despegó de ella, secó sus lágrimas y agarró el cinturón. — Venga, vámonos. Vamos a un bar a por unas birras y unas bravas.

Y así lo hicieron.

No tuvo tiempo de visitar a Evan. Fue directa a por los niños.

Una vez en casa, en el pequeño comedor hubo una gran explosión de juguetes, folios rayoteados, peluches esparcidos por el sofá y parte del pasillo. Molly tuvo que hacerse sitio para sentarse.

Encendió la televisión. Zapeó de canal en canal, evitando las noticias y todo aquello no apto para menores. Pasando por un canal de dibujos, Phil se quedó embobado durante segundos.

—Mamá deja los dibujos. Porfiiii.

Molly echó los ojos hacia atrás de forma disimulada. Cedió al pequeño, dejó aquel canal y se levantó a por el libro que tenía empezado.

Al abrirlo descubrió varias rayas y dibujos. Por suerte no estaban en la parte que le tocaba leer. Muchísimas veces les había dicho a sus hijos que los libros no se tocaban. No servía de mucho. Ahora le tocaría disculparse a su vecina, dueña del libro, que seguro también estaba harta de recibir los libros con autógrafos de los hijos de Molly.

—¿Quién ha hecho esto? —dijo enfadada, señalando el libro. — sabía perfectamente quién había sido de los dos. Apagó la televisión. —No voy a encenderla hasta que me digáis quién ha sido.

De nuevo intentando hacerse la dura. En realidad, no tenía ganas de jugar a aquel juego. Solo tenía ganas de tumbarse y descansar, pero no podía hacerlo, por eso escogió leer. Al apagar la televisión, ambos niños se revelaron.

—Mamá, los dibujooooos. —decía Phil casi llorando. — los dibujooooos, los dibujooooos.

—Mamá, dile a Phil que se calle, estoy intentando pensar. —decía Nea, con una hoja y un lápiz en cada mano.

—Los dibujooooos, los dibujooooos. —a Phil empezaba a cambiarle la voz, de voz-llanto a voz-enfado. —¡Los di bu jooos!

—Cállate Phil. — su hermana se acercó, tiró con rabia el lápiz al suelo y le levantó la mano a su hermano.

—¡Nea!, ni se te ocurra. —dijo la madre.

—¡Quiero los dibujooooos!

—¡Vale los dos! No hay dibujos hasta que alguien me explique... — no continuó. Para qué. Ni tan siquiera se oía a sí misma entre los llantos de uno y los chillidos de la otra.

Le sonó el teléfono. Lo raro era que pudiera oírlo. Miró en la pantalla. Era Philip (padre). No tenía ganas de hablar. Tras un suspiro aceptó la llamada.

—Un momento. —le dijo a su todavía marido, tapando el altavoz.

—Dibuuuuujooooos maaaaaamaaaaa.

—¡Calla, renacuajo! —chilló Nea.

Los niños gritando, Molly apartando juguetes con el pie, se dirigió a la habitación y cerró la puerta con el pestillo que tenía en su interior. Phil empezó a aporrear la puerta con el mismo discurso. Nea le chillaba a su hermano y lo intentaba separar de la puerta.

—Dime. — le dijo al fin. — intenta hablar alto. La guerra ha estallado en casa.

Philip (padre) sabía perfectamente a qué se refería. Por un momento, recibió aquella última frase como la frase típica que se decían entre los dos cuando todo iba bien.

—Hoy no vendré a dormir. —No podía decirlo tan alto como quería, pues aún

le daba vergüenza decir aquello. Aunque ahora tenía excusa, antes no.

—Qué raro. — se le escapó a Molly. Su cabeza se inflaba más y más por cada golpe de su hijo en la puerta. De poco servía estar ahí encerrada para poder hablar.

—Unos amigos me han invitado a una cena y seguro que después saldremos.

—Uhum... — no sabía si le había oído. Le importaba una mierda a dónde fuera.

—Solo te pediría...

Molly ya sabía por dónde iban los tiros.

—Solo te pediría que por favor, no metas a Evan en casa mientras no estoy yo.

—Mira, si lo que buscas es discutir, créeme que no tengo ningunas ganas.

—Si os lo tenéis que montar, por lo menos que no sea en mi cama, con mis hijos en la otra habitación.

—Pero de qué coño vas.

Escuchó golpes en la mesa de cristal. Reconocía el sonido. No le quedó más remedio que abrir la puerta.

—¡Phil, vale ya! —le señaló con el dedo. —O paras ya o estarás castigado hoy y mañana.

—¡Quierooooo dibuuujooooos! — le contestó desafiante, con una zapatilla en la mano, dando golpes a la mesa.

Fue hacia él, le quitó la zapatilla, Phil le soltó una patada en la pierna. Molly intentó acabar la conversación.

—Haz lo que te dé la gana. No estoy para tonterías. ¿No quieres dormir aquí? Pues vale. ¿Quieres emborracharte hoy? Perfecto, ¿empolvarte la nariz?, genial. ¡No me des explicaciones y tampoco me digas cómo he de vivir mi vida o cómo he de cuidar a mis hijos, que llevo más años que tú haciendo lo que he de hacer, en vez de vivir como un puto adolescente!

—Lo ves como la que buscas movida eres tú.

Molly colgó. Se rindió. Encendió el maldito televisor. Phil se calló de golpe. Molly se marchó a el lavabo. Cerró con pestillo, se deslizó por las baldosas de la pared y se encogió en el suelo. Arrancó el llanto, intentando no ser escuchada.

La ansiedad empezaba a oprimirle el pecho. El teléfono vibró. Era otra vez Philip. No contestó. En aquel momento, en aquel pequeño baño, todo le cayó en la cabeza. El divorcio cada vez más cerca, lo mal que se llevaba con el que pronto sería su ex, los niños... La custodia de los niños. Tenía pánico a perderles pero también, pánico a las tardes como aquella y, encima, sola. Aunque ya estaba sola antes, pero no era capaz de verlo. En su mente todo pasaba. —¿Y si el “brujo” se refería a que mataría a mis hijos por no poder más? — pensó. Pero desechó la idea en segundos. Ella no creía en la videncia y no haría daño a una maldita mosca. Aquel pensamiento solo era uno de los tantos que se colaban en su mente por el estrés acumulado. Encima el gilipollas ese, le decía cuándo y con quién acostarse. Ella no tenía la culpa. Se sentía culpable, pero no tenía culpa. Evan siempre estuvo ahí, a diferencia de su hermano. Solo le tenía a él y a Nana. Le envió un mensaje. *¿puedes venir?* A lo que él respondió *Sí, dame una hora y estoy ahí.*

Molly llamó a Nana.

—Nana — el silencio y la falta de aire la invadió.

—¿Estás bien, Molly?

—Sí, es solo... estoy algo nerviosa. Y... quería pedirte un favor.

—Claro, lo que sea.

—Era si... ¿podrías quedarte con los peques unas horas? Necesito relajarme un poco. Estoy hasta arriba de todo.

—¡Claro! —dijo risueña. — ¡La tita Nana al rescate! —era una frase que decía desde que ella vio “la Patrulla Canina” por primera vez. —¿Quieres que me pase ahora? No tengo nada que hacer.

—Eso sería cojonudo. Y, tranquila, solo serán unas horas. Los recogeré para cenar y acostarles.

—Como si quieres que se queden aquí a dormir. No hay problema.

—No, no — lo pensó un momento. — prefiero que se queden aquí a dormir.

—Siempre estaba a tiempo de cambiar de idea.

Se abrió una cerveza antes de que llegara. Se sentó en el sofá a esperar, envuelta en los juguetes que no había querido recoger. En aquel momento estaba en huelga. —Este se libra de todo, se permite ir de fiesta cuando quiere, y yo tengo que estar pendiente de todo. De los niños, del orden en casa, de todo. Hoy me voy a permitir tener un día sin peques, sin discusiones que no llevan a ninguna parte y, ¡qué cojones, o mejor dicho, qué ovarios, me voy a permitir disfrutar! Aunque sea un rato. — pensó.

En solo unos minutos escuchó el timbre de la puerta. Ya había escuchado el coche acercándose, pero decidió quedarse sentada hasta el último momento. Al abrir la puerta una sonrisa le salió espontánea. Los ojos se llenaron de ilusión. Los de Evan también.

—Pasa, pasa. —le dijo dejándole espacio. —¿Una birra? O... — se marchó corriendo esquivando juguetes, dejó la lata en la mesilla de centro, mientras él entraba y cerraba la puerta. La miraba embobado. Abrió la puerta del armario de la habitación. Se puso de puntitas, apartó unas mantas y sacó una botella de vino que había escondido. A ella no le gustaba mucho el vino, pero eso y cerveza, era lo único que podía ofrecer. O eso, o agua. — ¿Un vinito? — se asomó con la botella y una sonrisa adolescente y picarona.

—Vaya. ¿Estamos de celebración? ¿Hay algo que no me hayas contado? — dijo con voz cantarina entornando los ojos.

—Bueno... Sí, qué carajo. Vamos a celebrar que todo es una mierda, ¿vale?

¿Qué te parece? —la sonrisa era real. Estando él ahí, empezó a relajarse.

—¿Y los peques?

—Con Nana. Si veo que me emborracho demasiado igual le digo que se queden a dormir.

—A mí ya sabes que el alcohol no me va demasiado. Siempre puedo conducir yo. O, si al final se quedan, podemos ir a mi apartamento.

Molly miró su reloj.

—A partir de esta misma hora —lo señaló— todo me va a parecer bien. — se acercó a él, deslizó su mano en la cintura de Evan y besó su cuello.

Lejos de lo prometido a su todavía marido, Molly atrajo a Evan hasta la habitación, agarrándolo de la camiseta. Pegó un gran trago a la cerveza y la dejó en la mesilla de noche. Se besaron, todavía de pie. Molly le agarró de la nuca y jugueteó con la lengua en su boca. Evan atrajo la cintura de Molly hacia la parte más dura de sus pantalones. Ella metió las manos en los tejanos de Evan, deslizando los dedos hacia el centro. Después ambos se sentaron en la cama. Continuaron con besos intensos, casi como si se tratara de dos animales deseando copular. Se tiraban de la ropa, al borde de arrancarla, chocaban sus labios cada vez más fuertemente, la respiración se aceleró, el calor recorría sus cuerpos. Se deshicieron de la ropa, tirándola sin consideración, amontonándola en el suelo.

—Joder, a mí esto también me va a parecer bien, ¿eh? —susurró Evan.

— Me va a parecer una idea perfecta.

Molly rio y apretó sus piernas enroscadas en la cintura de Evan, empujándole para sí.

Al terminar, se quedaron los dos desnudos, mirando hacia el techo. Molly fue la primera en girarse. Todavía tumbada, le abrazó, dejando la cabeza entre el hombro y el pecho. Podía escuchar su corazón. Pum pum, pum pum. Ya podía

caerse el cielo en la tierra, ya podía explotar el mundo, en aquel momento todo se detuvo para tan solo escuchar el cuerpo de Evan. Por un instante, se sintió la mujer más feliz del mundo.

No supo si se había quedado dormida, tan solo notó a Evan moverse. Se había levantado. A ella le costaba hacer lo mismo, hasta que escuchó el tintinear de un par de vasos chocando entre sí. Evan apareció por la puerta de la habitación, con la botella de vino en una mano y los dos vasos en la otra.

—¿Te apetece? — le dijo.

Molly se sentó en el colchón.

—Sí, por qué no.

—¿Estás segura que no vendrá...? —no llegó a decir el nombre de su hermano.

—Sí, estoy segura. Puedes estar tranquilo. —dijo con voz relajada. Supuso que Evan aún recordaba la vez que Philip les encontró juntos.

Evan dejó los vasos, el uno al lado del otro. Abrió la botella, con cierta dificultad y echó el vino hasta estar a un dedo del borde de cada vaso. El sonido al caer y el aroma, le fueron bienvenidos a ambos.

—Por unos días de mierda, a la espera de unos mejores. —dijo Molly levantando el vaso. Lo acercó al de Evan. Unas gotas de vino se deslizaron al chocar los vasos, hasta el colchón.

—Por eso mismo. —respondió. —Por cierto, me gustaría comentarte algo.

—Claro, dime. No será algo malo, ¿no? —Molly no pudo evitar asustarse. —Mira que ya tengo suficiente últimamente.

—No, no qué va. Solo... me preguntaba... — la miró de soslayo. Enrojeció.

—Ya sé que es muy pronto pero...

—No jodas que me vas a pedir matrimonio. —se echó a reír con la cabeza inclinada hacia atrás, dándose un manotazo en la pierna desnuda, que resonó.

Sabía que no se trataba de eso y aun así se puso nerviosa. Apuró el vaso de vino y se volvió a echar. Aquel día no se preocuparía más de nada. Si acababa borracha, ya la recogerían mañana, con una pala o algo por el estilo.

—Bueno... no era eso exactamente, pero no va del todo desencaminado.

—¿En serio? — No era su intención burlarse, sin embargo la carcajada se escuchó bastante alta. Incluso tiró algo más de vino, que se sumó al resto que había en las sábanas.

—¡Pero no te rías! Que aún me pones más nervioso.

—Tienes la cara como un tomate. — otro trago largo. Él bebía más lento, pero ella pilló carrerilla. Realmente estaba tan o más nerviosa que él, solo que no lo dijo.

—Déjame acabar y luego si quieres te ríes.

Sé que lo has pasado muy mal últimamente. También sé que ahora con el divorcio, los niños, los nervios y todo eso, no estás para pensar mucho en el futuro y eso... pero me gustaría que pudieras pensar, aunque sea más adelante, en si...

—En si qué. Vamos suéltalo. Me tienes intrigada.

—En irnos a vivir juntos.

Molly enmudeció. Le miró fijamente. Se esfumó la sonrisa de su rostro. Las lágrimas aparecieron, sin llegar a caer, dejando sus ojos cristalinos. Bebió lo que quedaba en el vaso, se echó de nuevo y se lo acabó de un trago.

—Hostia.

Ahora era Evan el asustado.

—Eso es muy bonito. —por fin se le escaparon las lágrimas, las que llegaron hasta sus labios. Secaba con sus propias manos las que podía. —Sí. Claro que sí. Si yo estoy deseando que todo empiece a ir bien.

—Pero, ¿por qué lloras mujer? Si es algo bueno. Te mereces ser feliz, ya te lo dije. Y creo que deberías pensar en salir de aquí.

Molly se abrazó a él. Lloraba y reía. Bebía, de nuevo reía con las lágrimas saltando de sus ojos.

Sentados en el sofá, la televisión encendida, ambos mirándola sin prestar atención. En especial Molly. Pasaban imágenes ante sus ojos, aunque su cabeza estaba en otro lugar.

La sonrisa la llevaba puesta, el vaso todavía en la mano, casi vacío. Ciertamente se notaba bastante mareada, por qué no decirlo, borracha, muy borracha. En otras ocasiones de su vida, utilizaba el alcohol para mitigar el dolor de sus pensamientos, de todo aquello que la mantenía en vela de noche y la perturbaba de día. Sin embargo aquel día era distinto. Lo hacía por placer y celebración. Bienvenida sea aquella maravillosa noticia. Ya se imaginaba en un nuevo lugar. Un piso nuevo, alquilado, o ya puestos comprado, por qué no. Total, solo eran sueños y los sueños no cuestan dinero. Las paredes recién pintadas, una habitación para cada uno de sus dos hijos y otra para el siguiente que estaría por venir. Una enorme habitación con enorme cama de matrimonio y un baño solo para ellos dos. Podría olvidar la vida pasada, concentrarse en el futuro. Sus hijos irían a un colegio mejor y, el día de mañana, tendrían grandes planes de futuro, como ahora los tenía ella.

Le miró, desde su altura, mirando hacia arriba. Ahí estaba. Ese sí. Ese sí era el amor de su vida. O lo parecía, por lo menos. Sentía cosquilleo nada más mirarle. Enamorada estaba, eso seguro. Era tan distinto. Pese a ser hermanos, Evan no tenía nada que ver con Philip. A su lado se sentía segura, enamorada, feliz.

Él la miró. Sonrió al verse observado por ella. Tenía los ojos algo entornados. Era normal, había bebido un poco más de la cuenta. Se agachó un poco y la besó. Ninguno dijo nada, tan solo se agarraron de las manos, apretando un poco, él más que ella.

El teléfono sonó. Rompió por un momento la magia.

Molly buscó con la mirada. ¿Dónde había metido el teléfono? Hizo el intento de levantarse. Le costaba tanto que, por un momento, pensó en dejarlo estar y no contestar. Total, ¿qué más daba? Fuera lo que fuera, podía esperar. Aunque solo fuera cinco minutos más. Sin embargo, Evan se había adelantado. Todavía no sabía cómo, pero Molly ya tenía el teléfono en las manos y sin pensarlo más, le dio a la tecla de responder. Ahora ya no podía hacer ver que no lo había escuchado.

—Molly no quería molestarte, pero — era Nana. Se la escuchaba muy alterada, con extraños sonidos de fondo. — por favor, ven. —Molly escuchó a su pequeño llorar y la niña, no la entendía, pero parecía hablar a voz en grito. —Tú marido está aquí.

—¿Qué? —le respondió. Se irguió en el sofá y parecía más despejada que nunca. —¿Cómo que mi marido está ahí?

—Sí. Dice...—escuchó sillas arrastrar y sonidos que no distinguía. — dice que ha visto el coche de Evan en la puerta. Dice que se lleva a los niños. Madre mía, no sé qué hacer.

—Cálmate. Vamos ahora mismo para allá.

—¿Llamo a la policía?

—No. No quiero que los niños se asusten. —hizo señas a Evan, aunque no hacía falta ya que el volumen del teléfono estaba tan fuerte que parecía que hubiera puesto el altavoz. Fueron directos al coche. — Manténlo ahí si puedes. Llegaremos pronto. Dile que, si no se espera, sí que llamarás a la policía. Y por favor, avísame si pasa cualquier cosa. Ahora llegamos.

A Molly no le llegaba el aire. Se metió en el asiento del copiloto del coche de Evan, cerrando la puerta rápidamente. Ni tan siquiera se puso el cinturón.

—Dice que —dijo con un hilo de voz.

—Lo sé, lo sé, cariño. —contestó Evan mirándola mientras giraba la llave de

contacto del coche. — Tranquila, ¿vale? — salió por ruedas, disparado al camino principal. En menos de un minuto ya iba a cien por hora. —Todo saldrá bien.

—Ha visto tu coche en la entrada.

Molly se deshizo en llantos. Qué tonta había sido. Cómo no había caído en que algo así podía pasar. Estaba segura que todo había sido una encerrona. Seguro que Philip le había hecho pensar que no estaría aquí, que no debía preocuparse y en cambio había estado esperando el momento para pillarles otra vez juntos. Solo que en vez de ir a por ellos había ido directamente a por los niños. —le mato— pensó. Pero debía ser prudente delante de los niños. Philip estaba esperando verla caer. Esperando que ella perdiera el control y así tuviera él la razón. Solo de esa manera tendría la excusa perfecta para intentar quitarle a sus hijos. —Y jamás. — pensó. No le daría el gusto.

Los minutos se hacían insoportables. ¿Qué estaría pasando en casa de Nana? —El muy cabrón sabía perfectamente dónde ir. Hijo de la gran puta. — Los ojos de Molly querían estallar de la rabia. No podía pensar con claridad, solo quería matarle. Apretó los puños, golpeó el asiento. El sudor se acumulaba en la frente y las lágrimas caían sin que pudiera retenerlas. La garganta le escocía. El estómago amenazaba con vomitar todo el alcohol. Se estaba mareando cada vez más. Debía mantener la compostura. No sabía si sería capaz, pero de ello dependerían muchas cosas. Ese cabrón no lo lograría.

Llegaron a la puerta. El coche lo habían dejado en doble fila. La calle estaba vacía. Molly llamó directamente a Nana.

—Está bajando por las escaleras con los niños. —gritó. Se escuchaba su respiración entrecortada. Ella también estaba bajando. —Dios mío.

Molly no contestó. Se apartó el teléfono de la oreja y esperó. Evan y ella estaban en la puerta. De ahí no se marcharía con sus hijos.

La puerta se abrió. Durante segundos, la pareja contuvo la respiración. Philip fue el primero en salir. Los ojos de ella se cruzaron con los de él. Alzó la mano para pararle.

El pequeño Phil iba agarrado de la mano de su padre, saliendo por obligación, empujado por el mismo. Nea estaba tras ellos, agarrando la camiseta de su padre y gritando.

—Papá, no. Papá para. —por mucha fuerza que la pequeña hiciera, no era capaz de pararle. Nadie parecía capaz de pararle.

Molly se puso delante.

—Deja a los niños. —no sabía si en su voz se notaba o no el alcohol. O si Philip había logrado olerlo. Ahora eso era lo de menos. No consentiría que se los llevase.

—¡Apártate, maldita zorra embustera! —Philip acababa de cruzar los límites. Aunque, por desgracia, no era la primera vez. —Me los llevo. Esto es una puta aberración. —miró con asco. Empujó a Molly, con tal fuerza que la tiró de culo contra el suelo. Nana salió por la puerta. —Diles a tus queridos hijos que te estás follando a su tío.

—¡Papá para! — Nea continuaba tirando de su camiseta.

—¡Philip, basta! —gritó Nana.

Molly comenzó a levantarse. Pero nada más ponerse en pie, todo se paró por un instante.

Evan lanzó un puñetazo a su hermano.

Al recibir el golpe, Philip soltó al pequeño de la mano. Nea también se soltó asustada. Fue directa con Nana, la que tenía justo detrás. La abrazó con los ojos agrandados, muerta de miedo.

Molly puso ambas manos en la cabeza. No podía creerse lo que estaba viendo. Todo le daba vueltas. No supo si por el alcohol o por ver a los dos hermanos enzarzados en una pelea a puñetazo limpio.

—¡Hijo de puta, ME LO HAS QUITADO TODO! —se desgañitó Philip, lanzando el puño hacia el vientre de su hermano.

Evan recibió el golpe y otro más en la cara que acabó por partirle la ceja. Aun así, consiguió darle un rodillazo en la cadera a Philip y un cabezazo. No solo no se quejaba sino que también le contestaba, a voz en grito, por supuesto.

—¡No te he quitado nada, desgraciado! ¡Lo has perdido tú solo!

—¡Ya basta! — dijo Molly, al fin. Jamás pensó que Evan respondería de aquella manera tan agresiva. —¡Evan para! — se enganchó a él y lo único que consiguió es que le lloviera un golpe inesperado. Ahora Molly, también sangraba. —¡Parar los dos!

No conseguía que la escucharan.

—¿Cómo has sido capaz de hacerme esto?! ¡Es mi esposa! ¡Te voy a matar, hijo de puta!

El pequeño Phil salió corriendo hacia su madre. Se echó a llorar como nunca lo había hecho. Molly lo subió en brazos. Tapó sus oídos.

—¡Tú le has destrozado la vida! ¡Eres un mal hombre y un mal padre!

Aquello fue el peor de los golpes para Philip.

—¡Evan para! — ¿cómo era posible que se pusiera al nivel de su exmarido?

¿No se suponía que eran distintos? La rabia cruzó su mente. La visión continuaba borrosa. Ya no distinguía si en sus palabras había insultos, también.

Alargó el brazo. —¡Nea!

Nea salió corriendo hacia ella.

—Nana, llama a la policía. — entre tanto escándalo era imposible que la hubiera escuchado, sin embargo debió entender lo que decía.

Nana sacó el teléfono. Molly aprovechó y metió a los pequeños en la parte trasera del coche. No quería que continuaran escuchando.

Lo pensó mejor. Tampoco quería que sus hijos vieran aquel espectáculo.

Los dos hermanos no paraban de lanzarse puñetazos y patadas. Los dos

sangraban. Philip parecía tener rota la nariz. Evan lo tiró al suelo, le cogió del cuello.

Ya era suficiente. Molly se puso tras el volante, le dio al contacto, cerró con fuerza los ojos, los abrió y le dio al acelerador con toda la fuerza de la que pudo hacerse.

Solo veía la línea continua de la carretera. En más de una ocasión, puso el vehículo justo encima de esta. Los flashes de imágenes de la pelea, de los insultos que había recibido ella, de la semana que llevaba. Todo lo que veía era negativo. La celebración de aquella misma tarde se había esfumado. Los dos hermanos se habían puesto al mismo nivel. Debía alejar a sus hijos. Tan solo llevarlos a casa hasta que apareciera la policía en casa de Nana y todo se aclarara. Estaba segura que su futuro exmarido acabaría en el calabozo. Posiblemente Evan también.

La rabia le hacía apretar el acelerador. Los niños le hablaban desde atrás. No conseguía escuchar nada. Los pensamientos se acumulaban, la cabeza le dolía, las lágrimas apenas la dejaban ver. La carretera ahora, parecía salida de un videojuego. Algo sobrenatural, algo inventado, líneas pintadas por un pintor mareado. El vehículo pasaba de izquierda a derecha como si fuera un barco. —Solo he de llegar a casa. No lo va a conseguir. No voy a permitirlo. Ya basta. Mis hijos no tienen por qué seguir escuchando insultos hacia su madre y mucho menos una pelea así. — Los dedos emblanquecían bajo la presión que ejercían al volante. Poco a poco, empezó a oír el llanto incontrolado del pequeño Phil. Las palabras de los niños seguía sin entenderlas. Todo era un cúmulo de sonidos que la ponían cada vez más nerviosa.

De nuevo apretó el acelerador. Cambió de marchas, las que se resistían, pues no lograba encauzar sus propios movimientos. Al hacerlo las miraba con rabia, dejando de mirar la carretera. Y, una vez más, el coche en mitad de la

carretera. Escuchaba pitidos de otros vehículos, aunque sus oídos los percibían como otro sonido escandaloso más. Debió tocar sin querer el panel donde se encontraba el radiocasete, pues la música sonó de golpe. Hasta ella chilló del susto que se había dado. Pegó otro volantazo. El último.

El coche chocó contra otro vehículo. Al hacerlo rebotó hacia la derecha, traspasando el quitamiedos y dando vueltas de campana.

Una vuelta tras otra. Todo parecía ralentizarse. Ya no llegaban los sonidos. Un golpe en la cabeza, otro en el costado, otro contra algo punzante, probablemente el cambio de marchas, que le pareció un puñal clavado en las costillas. Notó cristales en la frente, un pitido fuerte en ambos oídos y de repente todo se paró.

Ninguno de ellos llevaba puesto el cinturón. Molly no recordó hacerlo.

Se despertó en el hospital, dos días después. Evan estaba sentado a los pies de la cama. Lo extraño fue, que Philip también estaba en la habitación. Ambos parecían haber llorado. Nana apareció por la puerta, seguida del médico y de seguridad. Algo tenía claro, había estado a punto de morir, aunque no se diera cuenta del día en el que estaba.

Todos estaban muy callados. Sin duda, afectados por el accidente. Ninguno de ellos parecía querer mirarla a los ojos. Aquello le extrañó todavía más. El silencio reinaba. Le costaba ver la habitación al completo. La luz le escocía en los ojos. Le dolía el cuerpo entero. En especial las costillas y la cabeza.

Todavía no había reaccionado del todo, cuando por su mente pasó la imagen de sus hijos. Antes de poder preguntar, le dieron la fatídica noticia.

Philip había muerto en el acto. A Nea intentaron reanimarla. Tan solo consiguieron 24h. más, para ella. Molly, aun viva, acababa de morir en el mismo momento que recibió la noticia.

Tres años después

Era la primera vez que subía a un coche después de lo que sucedió. A un coche normal, mejor dicho, no a uno de policía. Por mucho que había pagado por sus actos, nada era peor que haber perdido a sus hijos.

Nana conducía. A Molly le temblaba todo el cuerpo. Su amiga debió notarlo. Pasó la mano hacia la pierna de ella. Cuando lo hizo, Molly le dio un par de palmaditas en la mano, la agarró y la puso en el volante. Era donde debía estar.

Los ojos de Molly habían cambiado. Su mirada, su cara, parecía otra persona. No solo por la cantidad de kilos que había perdido, sino por parecer vacía por dentro. Ya no hablaba con la misma fluidez. No deseaba estar con nadie. Pero esta vez fue ella quien le pidió a Nana el favor.

Una vez parado el coche, Molly dejó de temblar. Al bajar, cojeó hasta la entrada. Jamás volvería a caminar como antes. Jamás sonreiría, jamás olvidaría. Sin embargo, fuera de todo pronóstico, de aquello sí se acordó. Esta vez, el edificio parecía vacío, tanto como ella. Un solo tendal en un solo balcón. La fachada era de un gris claro. Nana picó al timbre mientras Molly seguía cojeando para subir el primer escalón.

El ascensor no había cambiado. Molly le hizo señas a su amiga. Esta vez, sí. Prefería el ascensor a las escaleras. Eran demasiadas y no tenía ánimo ninguno para subirlas, mucho menos con la cojera.

El cacharro hacía mucho ruido. Parecía querer caerse, pero no era el único. A cada piso subido, bajaban sus fuerzas. Nana agarró la cintura de su compañera, puso su cabeza en el hombro, la levantó, no dijo nada. Ella también había aprendido a respetar su silencio. Había visto los cambios de Molly en aquellos tres años, cuando la iba a visitar a la cárcel.

Se abrió la puerta, antes de que ambas estuvieran ante ella. El escuálido

“brujo” las esperaba. Seguía tan delgado como siempre. Miró a Molly desde la oscuridad del piso. Hizo una seña con la mano para que pasaran.

El comedor estaba iluminado con velas. La poca luz de aquel día, no quería entrar en la estancia. Todo tan oscuro como el corazón de Molly.

Nana arrastró la silla. Ayudó a su amiga a sentarse.

—¿Quieres que me marche? — le dijo. Ya habían hablado de esto y sabía su respuesta. Igualmente preguntó.

Molly no le respondió. Tan solo, agarró su blusa con delicadeza, para que se sentara a su lado.

El “brujo” puso sus manos en las cartas.

—No. — Molly solo le miró, tras su primera palabra. — No quiero que veas mi futuro. — Ya no pasaba por su mente el creer que el “brujo” ya debía saber que no quería que le leyera las cartas. — Tan solo he venido para decirte... — tres años endureciendo su corazón, su alma, protegiendo a los ojos de futuras lágrimas y, sin poderlo evitar, rompió a llorar. — He venido a decirte —casi tartamudeaba. — que tenías razón.

El escuálido “brujo” no dijo una sola palabra.

—Les he matado. Ha sido por mi culpa. — se derrumbó. — Si yo... — Nana la cogió de la mano. — si yo no hubiera bebido... Cuando usted me dijo aquello. No podía creerle. Una madre no podía hacer daño a sus hijos. Sí, ya sé que en el mundo hay muchas madres y padres que han matado a sus hijos, ¿pero yo? Eso era imposible. —entre hipidos continuó. —Me arrepentí muchísimo de venir. Sentía rabia por lo tonta que había sido. ¿Cómo era posible que una tontería me afectara tanto? Yo nunca he creído en esto. Sigo sin saber si creo. Pero aquí estoy. Usted tenía razón. Quizás tan solo fuera casualidad, no lo sé. Yo... — no parecía poder continuar. Agachó la cabeza, rascó con las uñas sus manos sudadas bajo la mesa. — Están muertos. No voy a poder con todo esto. Es imposible. Y, créame, lo he intentado. He estado tres

años pagando. He intentado mantener mi relación con Evan. Él me perdonó desde el principio. Ya estoy separada y por suerte, jamás tendré que volver a mi antigua vivienda. No podría. No lo soportaría. No voy a poder... — moría en cada palabra y deseaba morir de verdad.

—Debes hacerlo. — habló por fin el “brujo”.

—No puedo. Nada tiene sentido.

—Debes hacerlo. —continuó impasible. — Tienes una nueva oportunidad. Sola o acompañada.

—Mis niños. — dijo Molly retorciéndose de dolor.

—Estás embarazada, Molly. — el “brujo” las dejó una vez más sin habla. — Puedes elegir. Puedes hundirte o empezar de nuevo. Sea como sea y de la manera que tú quieras. Pero tu mundo todavía gira y seguirá girando aunque quieras pararlo. ¿Confías en mí?

—S... s.. sí — en realidad no lo sabía, solo se había quedado atónita con lo que le había dicho. Aunque... por qué no iba a confiar. No tenía nada que perder, mejor dicho, no tenía nada más que perder.

—Continúa. Pues, aunque no quieras que vea tu futuro, lo estoy viendo. Te queda mucha historia por contar. Siempre serás tú la que elijas. Pero veo mucho más, que no deberías perderte.

Molly no quiso preguntar. Había escuchado suficiente.

Al marcharse a casa de Nana, rozó su vientre, miró hacia delante, no tembló al ir en coche.

El sol salió entre dos nubes. Por fin; después de tres años, aun sin saber qué le deparaba el futuro, qué opciones tenía o qué decisiones tomaría a partir de ahora; por fin, sonrió.

El suicidio de Paula

La hierba acariciaba sus pies. Paula caminó lentamente dejando que el aire fresco le rondara sus cabellos finos como el papel.

Subió por unas escaleras de piedra. Las notaba frías en los pies descalzos. En sus ojos azules, cristalinos, se notaba la tristeza que la inundaba. Empezó a derramar lágrimas silenciosamente.

Su blanquecina cara, poblada con diminutas pecas, empezaba a enrojecerse por el frío y el llanto. Casi no podía respirar.

En el fondo de aquel paisaje, de forma lejana, se escuchaba el mar rompiendo sus aguas contra el acantilado.

Llegó a una casa de madera de dos pisos. Abrió la puerta, también de madera, con una vieja llave que guardaba en su bolsillo. Su nerviosismo y tristeza parecían ser interminables como si las brasas rodearan su corazón. Sentía pinchazos en su estómago y necesitaba avanzar.

Cayó al suelo y lloró durante veinte minutos. Se levantó agotada con los ojos casi vacíos y la mirada perdida. Caminó el largo pasillo como si estuviera drogada hasta llegar al piso de arriba. La puerta chirrió detrás de ella y se cerró. Encendió el agua de la ducha.

Mientras se llenaba evitó mirarse en el espejo. Todo empezó allí y tenía que terminar allí.

Una vez llena se desnudó, abrió un armario, sacó una cuchilla y se quedó tumbada en la bañera. Los pensamientos se acumularon en su cabeza. — Ya no puedo luchar más. Estoy cansada, muy cansada. Me pesa demasiado. Todo es oscuro, fue oscuro y morirá oscuro—.

Puso la cuchilla sobre la muñeca izquierda. Ya podía notarla, pero aún no la había clavado. O quizás no lo suficiente.

Lanzó la cuchilla al suelo del lavabo. Se levantó, empapó el suelo. El

agua caía en cada paso que avanzaba. Las puertas chirriaban al abrirlas. Se cerraban solas. La última, fue la puerta principal. Parecía haberlo pensado mejor.

Desanduvo el camino. Rodeó la casa. Sus ojos opacos parecían las ventanas hacia un mundo de almas encerradas. Ahora el frío era mayor. Se asomó al acantilado, miró al frente. Notó la brisa antes de rendirse.

Björn, Erika y Efrén acudieron rápidamente en cuanto fueron llamados por las autoridades.

Erika no paraba de llorar. No habían encontrado el cuerpo de su hija, pero ya sabían que había sido un suicidio. Imaginaban que el cuerpo de la chiquilla había sido arrastrado por el agua y costaría encontrarlo. Lo que sí encontraron fue una pequeña nota. Una nota que se quedaría en la mente de todos ellos.

“Lo siento, no podía más. Tenía demasiado que olvidar. Necesitaba descansar. No lloréis por mi ausencia”

Pero aquello no era lo único que había llegado a las manos de Erika. Parte de las anotaciones de su hija, que había leído, estaba en manos de las autoridades. La otra parte la guardó. ¿Qué podía hacer sino? No tenía muchas opciones, solo dos. Acababa de perder a su hija, así que, de momento, se quedó paralizada sin saber cuál sería su siguiente paso.

Ahí estaba, frente al acantilado. Su marido, Björn la abrazaba. Su hijo Efrén se había metido su cuarto, dentro de la vieja casa de madera.

Hacía muchísimo frío. Un despliegue de efectivos se ocupaba de buscar toda pista y, sí, el cuerpo. Estaban preparados para ello. Aunque preparados no sería la palabra exacta.

—Vamos dentro. Te prepararé un café. De nada sirve que estemos esperando aquí. —Björn intentaba no desmoronarse. Sentía que debía ser fuerte por los dos.

Erika tan solo se dejó arrastrar hasta la casa. Una vez dentro, agarró el café humeante y subió hasta la habitación de matrimonio. No quería estar con nadie. En su bolso guardaba recelosa tres libretas y un centenar de pequeños papeles de su hija. Sacó una libreta y un montoncito lleno de hojas sueltas y las extendió sobre la cama. Nada más hacerlo, el dolor cruzó su pecho. Gimió tapándose la boca, agarró la libreta, la empujó hacia su corazón con tanta fuerza que acabó clavándose las anillas, aun con la ropa puesta.

El cielo rugía. La tormenta estaba por llegar. La muerte de la pequeña se había convertido en un cáncer para sus tres familiares. Parecía matar poco a poco los órganos vitales de los tres. Les dejó sin habla, sin ganas de mirarse entre ellos, cada uno en una habitación distinta.

Efrén estaba sentado en su cama. ¿En qué se convertiría ahora? ¿En el hermano de una suicida? ¿Le mirarían distinto a partir de ahora? ¿Sentirían pena por él? No deberían, pensaba. Se sentía culpable de lo que su hermana había hecho. Todo influía, claro, pero él era ahora el más culpable de todos. Por lo menos era lo que sentía.

Agachó la cabeza. Intentó llorar, no le salía. Se sentía raro por no llorar la ausencia de su hermana. ¿Qué clase de persona es aquella que no suelta una sola lágrima en un momento como aquel?

La imaginaba al borde del acantilado. Imaginaba su cuerpo azul arrastrado por las olas. Imaginaba su pelo rubio en el agua. Decían que habían encontrado sangre en el baño. No la cantidad suficiente como para morir desangrada. Estaba claro que lo había intentado. ¿Fue más fácil para ella lanzarse al vacío? Y, antes de caer, ¿qué sintió, qué pensó, cuál fue la última imagen que pasó por su cabeza?

Efrén se levantó. Estaba inquieto. Su habitación se había convertido en un

castillo impenetrable. Sabía que nadie cruzaría ahora la puerta. Le dejarían a solas con su dolor. A solas con la oscuridad. Ya le empezaba a faltar el aire. Hacía tan solo un par de meses que jugaban con Logan en el mismo acantilado. A él también le buscaron. La diferencia es que encontraron rápidamente su cuerpo. Fue algo verdaderamente traumático para todos. Para ellos también. En el momento de la caída, estaban con él. Su hermana lo vio todo. No le extrañaba para nada que hubiera tomado aquella decisión. Su última decisión. Cada uno pasaba sus penas a su manera. Efrén suponía que la caída del mejor amigo que tenían ambos, había sido el factor detonante. Probablemente el único factor que penetró, de tal manera en la cabeza de su hermana, que ahora todos estaban a la espera de encontrar el cuerpo de una persona que había perdido toda esperanza. —Paula, ¿por qué? — no pudo evitar pensar en la más lógica pregunta. —No deberías haberte marchado. Tú podías con todo. Y, ahora... ahora nos has dejado destrozados. Deberías ver a mamá. Desde donde quiera que estés. Nos has destrozado a todos. Muy típico de ti. Huir. — Apretó los puños. Efrén tenía la cara llena de sudor. La nuca empapada. Ya nada sería igual. No comprendía por qué la rabia llegaba en un momento tan delicado. La tristeza no existía. Tan solo la rabia.

Björn no se atrevió a encender el televisor. Se quedó sentado en el sofá, sin moverse. Quería levantarse, ir con su mujer, abrazarla. Sin embargo no podía con su propio dolor, mucho menos ver a Erika desmoronarse. Temía que ella fuera la siguiente.

—Paula. — susurró. Tapó la cara con ambas manos y se deshizo en llantos. — Paula. Paula. — no podía abrazar a su hija. Jamás volvería a abrazarla.

Björn se preguntaba qué había hecho mal. ¿Sería por un cúmulo de cosas que hubiera dicho que la pudieran ofender? Trabajaba demasiado, ¿y si se sintió

desatendida? ¿Y si sufría bullying en el colegio y no se había dado cuenta? Cuánto deseaba volver atrás y hacerla sentir la niña más querida del mundo.

—Lo daría todo por volverte a tener. — decía entre llantos. En el comedor nadie podía oírlo, pues cada uno estaba en un lugar distinto y, aunque estuvieran en la misma estancia, cada uno seguiría estando en un lugar distinto.

— No me separaría de ti, jamás. Mi niña. Mi cielo. No puedo sin ti, Paula. — Paula era para él, una niña especial. Su niña especial. Podía oler su pelo solo de imaginarla. Pero ahora imaginarla no era suficiente para él. Necesitaba tenerla ahí. El dolor que había dejado, aquel dolor no desaparecería jamás.

Llegó a pensar, incluso, que pudieran encontrarla viva. Y cuando lo pensaba, venía a él la imagen del cuerpo de Logan. El chico que encontraron muerto hacía solo unas semanas. O meses. No podía recordarlo. Los padres se quedaron destrozados. Se marcharon poco después. Ya nada se sabía de ellos. ¿Puede uno recuperarse de esto? Imposible, pensó. Björn tenía ganas de lanzarse él también por el mismo acantilado, que tantas vidas había roto. Estaba seguro que su mujer sentía lo mismo. ¿Sería aquel lugar, el sitio ideal para suicidarse? ¿Qué tendría el acantilado? Pensó.

A Erika le costaba leer. Las lágrimas apenas se lo permitían. Aunque lo que tenía delante ya lo había leído mil veces, tras sonar el teléfono con la peor noticia que le pueden dar a una madre y un padre. Alguien la había visto en el acantilado. La había visto caer. Erika intentó concentrarse. Cerró los ojos, los abrió, leyó.

“El dolor es inmenso. Es inaguantable. La cabeza no me deja vivir. Parece como si tuviera un millón de personas hablando a la vez. Escucho su voz. Una vez y otra y otra. No puedo vivir con esto. No soy tan fuerte. No voy a poder aguantar. Nunca fui una chica valiente. Me he sentido tan pequeña

durante tanto tiempo. Y alguien tan pequeño, no puede sobrellevar esto.

¿Qué hora es? Me pierdo en el tiempo y en el espacio. Se desdibuja todo lo que tengo delante. Me estoy volviendo loca, lo sé. Estoy completamente segura. No puedo hablar con nadie. Sería una imprudencia. Lo que llevo dentro no se puede contar. ¿Qué pensarían de mí?

El dolor me mata.

Pienso mil formas de apagar la maldad que me oprime el pecho. El coche de mi padre, el tubo de escape. Una muerte indolora. O debería ser más valiente. Valiente por una sola vez en mi vida. Un cuchillo y zas.

Podría tragarme todas las pastillas de mi madre. No lo sé. Pero de seguro que no voy a poder.”

Erika se encogió de nuevo. Si hubiera sabido todo esto antes. Ella podría haberlo evitado.

Se la veía tan llena de vida. Sí que era cierto que, desde la muerte de su amigo, le había visto llorar muchas veces. Pero también tenía momentos muy buenos. Recordaba verla reír. La recordaba en su habitación, en su escritorio. Le encantaba escribir.

Aun con todo el dolor que sentía, Erika se obligó a seguir leyendo.

“¿Les dolería que me marchara? ¿sentirían algo o todo lo contrario? Probablemente lo pasarían muy mal. Solo al principio. Después sería para ellos un alivio. Ni se acordarían de mí. Y si supieran todo lo que llevo dentro, estoy segura que se avergonzarían y estarían encantados con el hecho de que haya decidido marcharme.

Dicen que es injusto marcharse. Dicen que es egoísta hacerlo, que solo piensas en ti y no en los que se quedan. Pero, ¿no es igual de egoísta quedarse, cuando no lo deseas, tan solo para que los demás estén tranquilos y en paz consigo mismo? Lo que yo veo, no tiene nada que ver con lo que los demás ven. Quiero marcharme. Estoy convencida.”

Efrén abrió la puerta de su habitación. Miró de soslayo, hacia fuera, con poco interés. No quería bajar. No podía soportar el dolor de sus padres. Él no sentía el mismo dolor.

Caminó por el pasillo que llevaba a las escaleras. Se paró en la puerta de la habitación de sus padres. ¿Debería abrirla? Puso la mano pegada a la puerta, sintiendo la madera bajo su piel. Cerró los ojos y escuchó los llantos de su madre y cómo intentaba sorber el llanto que también salía de su nariz. Escuchaba cómo su madre movía hojas de manera rápida e incontrolada. ¿Estaría preparando los papeles para el entierro? Aún no habían encontrado el cuerpo... ¿Sería una de sus mil notas de suicidio? ¿Habría una para él?

Meneó la cabeza desechando toda idea. Ya tenía suficiente. Continuó andando lentamente hasta las escaleras. Comenzó a descender. A mitad de camino vio a su padre en el sofá. Estaba completamente hundido. Hablaba solo y no dejaba de llorar como un perro herido. Efrén apretó de nuevo los puños, la espalda se tensó. ¿Por qué lo había hecho? Cómo había podido ser tan egoísta.

Subió rápidamente y volvió a encerrarse en su cuarto. Nada más cerrar la puerta, apoyó la frente en la pared.

—En qué cojones pensabas. Ya sé que lo estabas pasando mal, pero no llegas a imaginar todo lo que has provocado. —enfurecía por momentos. Golpeó la pared de forma insonora, aunque si hubiera estampado el mismísimo escritorio contra la pared, nadie lo hubiera escuchado. —Siempre fuiste una niñaata. — los pensamientos le hacían sentirse mal consigo mismo, pero no podía evitarlos. —No voy a perdonar lo que has hecho. Fíjate que quería hablar con los papás, pero paso. Para qué. De qué les serviría removerlo todo. Para qué iba yo a poner en riesgo mi vida si la que te has ido has sido tú, y lo has hecho porque te ha dado la gana. Deberías haber sido fuerte. Me lo prometiste. Me

prometiste que te quedarías conmigo y los dos estaríamos siempre juntos. Me diste la mano. Te creí. Qué estúpido.

Se sentó en la cama. Tiró hacia atrás y se tumbó mirando el techo, refunfuñando para sus adentros, con las manos entrelazadas y los dientes apretados.

Björn salió.

Primero se asomó. A punto estuvo de saltar. El mar le llamaba, su hija le llamaba. Quizás si saltaba, aparte de morir, su cuerpo acabaría con el de su hija. De una manera u otra estarían juntos otra vez. Se sentó mareado. Si se marchaba provocaría una verdadera catástrofe. ¿Dos suicidas en una misma familia? Sería demasiado para su mujer y su hijo. No le quedaba otra que continuar.

Bajó mirando el efectivo desplegado. Se quedaría ahí hasta que la encontrarán. Él mismo se metería para intentar localizar cualquier pista. Haría todo lo necesario. Por duro que sonara en su mente, contra antes encontrarán el cuerpo, antes descansarían todos.

Llegó y fue directo hacia Patrik. Era un buen policía. Lo conocía desde hacía poco, pero les había tratado realmente bien. Su voz les mantenía tranquilos. No perdía la esperanza. Tampoco deliraba, dejándoles pensar que estaría viva. Ni una cosa ni la otra. Ahora mismo prefería hablar con él que continuar enclaustrado en una casa llena y vacía a su vez, con el sonido del llanto de su mujer como única melodía de fondo.

—Hola. ¿Cómo se encuentra? —miró a Björn un instante antes de volver a mirar hacia el agua.

—Esto es horrible.

—Lo sé, Björn. —ahora sí se giró hacia él. —Puedo imaginar cómo os sentís.

No puedo aliviar ese dolor. Tan solo puedo intentar recuperarla. Pero por optimista que sea, ya sabes lo que pienso...

—Sí. Le agradezco la delicadeza hacia mi mujer y mi hijo. Conmigo no necesita ser delicado. Solo quiero encontrar su cuerpo, para poder enterrarla y empezar el duelo cuanto antes. No soporto la idea de no encontrarla. ¿Suena horrible verdad? Que quiera encontrar el cadáver de mi hija... —las lágrimas cayeron silenciosas. Las retiró. Debía mantenerse sereno.

—No. — le puso la mano en el hombro. — Es más común de lo que piensa. Muchas personas, cuando estamos en un caso de desaparición, muchas prefieren encontrar un cadáver, que seguir años y años a la espera de respuestas que no llegan. Eso es humano, Björn. Es más normal de lo que cree. —Supongo que no han encontrado nada. Me refiero a... un trozo de tela o cualquier cosa. Un muñeco... no lo sé.

—Hemos encontrado algunas piedras con sangre. Están custodiadas a la espera de que laboratorio confirme que el ADN sea el mismo. Aunque, no quiero mentirle. Con la llamada del testigo, la nota, la desaparición, la cuchilla tirada en el baño y esto... Está bastante claro. Sé que usted es realista. No le viene de nuevo lo que le estoy diciendo. Me preocupa su mujer. —miró a sus compañeros, después al horizonte, después volvió a mirarle. — A veces, por muy claro que hablemos con las familias, si no tienen el cuerpo algunas personas se aferran a un clavo ardiendo. Aunque esté claro lo que haya pasado. Lo entiendo, pero no le beneficia. —hizo un gesto con la mano, muy sutil, apenas perceptible. —Espero que cuando haya pasado el estado de shock, su mujer empiece a asumir que no la encontraremos con vida. Eso es lo más probable. Yo mismo pensaba que quizás hubiera esperanza. Es inevitable pensarlo por un segundo. Se esfumó en cuanto vi la sangre.

Erika continuaba ante las notas de su hija.

—Cariño. —una mano tocaba el papel mientras la otra se apretaba la ropa contra el pecho, hacia un corazón que parecía partirse. — Lo habríamos solucionado. Todo se soluciona, cariño. Yo jamás te hubiera dejado sola. — pero era tarde.

Respiró hondo. Se levantó solo el momento suficiente para agarrar el pote de pastillas, abrir la tapa y deslizar tres hacia la palma de su mano. No necesitó agua. Quizás atragantarse sería perfecto en un momento como ese. Pero la vida no le dio la satisfacción. Así que volvió al colchón, se sentó de nuevo, elevó una de las mil hojas que tenía delante.

“Logan no solo era mi mejor amigo. Yo le quería. Le quería como un chico quiere a una chica y al revés. Me gustaba de verdad.

Imagino que Efrén ya lo sabía. Imposible que no se me notara. Me pregunto si él también me quería. En otros momentos me sonrojaría. Ahora, para qué. Él ya no está. Por mucho que mi hermano sufra, jamás sabrá lo que siento. Lo que le echo de menos.”

El trozo de papel parecía escupir tinta. Erika estaba segura de que su hija lloró al escribirlo. Lo que no sabía su hija, es que tiempo después, su madre también lloraría al leerlo.

“Echo de menos sus ojos. Su mirada. Su sonrisa.

Recuerdo cuando venía hasta casa con la bici. Tocaba el timbre de lo que él llamaba <<su Harley-Davidson>>, bueno solo le llamaba <<Harley>>, parecía el nombre de otro amigo más cuando quedábamos. Yo salía disparada por la puerta. En realidad, como ya sabía a la hora que llegaría, me preparaba mucho antes. Incluso, alguna vez, me llegué a pintar los labios, de manera disimulada, con el pintalabios de mamá. Ah, sí, y también con uno que servía para bálsamo y te dejaba un tono rosado. Este era de Violette. Con ella no quedaba tanto, la verdad. Debería haber quedado más.

Quizás si solo hubiera quedado con ella... puede que ahora no estuviera llorando.

Mira que pasemos tardes juntos. Pues aquella se me quedó grabada. Durante más de una semana solo tenía las últimas imágenes de él. Incluso la de su cuerpo muerto. Era imposible, pero era cierto. Estaba muerto. Y ahora me muero yo.

Intento no pensar. Intento con todas mis fuerzas no pensar. Y sin embargo no hago más que pensar en el último día.

Le dije que mi bici se había estropeado, solo para que él me llevara en la suya. Qué estúpida. Seguro que ni se dio cuenta. Y mi hermano casi me fastidia el invento. Anda que, con lo que me curré el argumento, solo me faltaba ir de paquete con mi hermano... Menos mal que funcionó. Sentir su cuerpo delante del mío. Madre mía, nunca había sentido algo así. Dios. Se me rompe el corazón. No puedo. No voy a poder sin él.”

Efrén no podía aguantar el agobio. Volvió a salir. El comedor estaba vacío. Quería acercarse a la nevera y pillar una birra. Se contuvo. Si lo hacía parecería que estaba celebrando la muerte de su hermana. Y no. No la celebraba. Pero no podía quitarse la rabia de encima. Por su culpa, todos llevarían un puñal clavado en el corazón. Entendía el dolor de sus padres, precisamente por eso, sentía latir la ira empujando, como si del corazón se tratase, y convirtiera la sangre en fuego y odio.

Se asomó al cristal de la ventana. Desplazó la cortinilla, justo a tiempo de ver a su padre y al Sheriff juntos. Patrick tenía una mano sobre el hombro de su padre. No dejaba de llorar. Algo había pasado. Seguro que ya habían encontrado el cuerpo.

Efrén miró hacia las escaleras. En cuanto su madre supiera lo que había

pasado... En cuanto se lo dijeran. Le dijeran que ya estaba listo el cuerpo de su hija para poder dejarlo bajo tierra para siempre... Efrén se metió la punta de tres dedos en la boca. Necesitaba morder. Aquello sería fuerte.

Les abrió la puerta antes de que la tocaran. No le molestaba que supieran que estaba ahí mirando. Seguro que no se habían ni percatado. Ahora mismo, el cuerpo de su hermana era lo único que importaba. En vida, su hermana era la mimada, la que importaba. A él ni le veían. Y ahora muerta, lo mismo. Viva o cadáver, lo único importante en aquella casa, era y será, Paula. Efrén estaba seguro que él ni existía para sus padres. Ahora solo sería el pobrecito hermano de la persona importante que pasó por sus vidas y se suicidó. —Me cago en Dios. — Pensó, parando tantos pensamientos que llegaban. Se pasó las manos por el pelo corto. No podía evitar estar nervioso. Hasta que el Sheriff empezó a hablar.

—¿Puede bajar Erika? —preguntó mirando a Björn, sin advertir la presencia del hermano.

—¿Está seguro de que es necesario?

Qué pregunta tan extraña, pensó Efrén. ¿Cómo sino iba a saber lo del cadáver? No le gustaba pensar en su hermana como un cadáver. Se sentía mal por ello, pero era realista. Si Paula aparecía, no sería viva.

—Debemos informar. Cada paso debe saberlo ella también.

Su padre subió por las escaleras a paso lento, muy muy lento. Estaba claro que no quería hablar con su madre.

Björn subía. Cada escalera le parecía una montaña que llevaba hacia el abismo. ¿Cómo se lo diría? Bueno, no era él quien debía decirlo, mas Erika acabaría sabiéndolo. ¿Debería adelantarse y decírselo él? No tenía ni idea de qué hacer y las escaleras ya se acababan. Las dos últimas no supo ni cómo las

había subido.

Le temblaba el cuerpo. El suelo enmoquetado le daba la sensación de estar pisando la tierra que cubriría el ataúd de su hija en breve. Las lágrimas apenas caían, tan solo se asomaban. Quizás ya no le quedaba más por llorar o quizás estas aguardaban el último momento donde caerían como mares y después desaparecerían para siempre, como Paula, dejando su cara marcada y el corazón destrozado para el resto de su vida, que esperaba que fuese poco.

Ya estaba frente a la puerta. La oía llorar, sus gemidos guturales salían hacia el pasillo como cuchillos afilados. Björn agarró la manilla de la puerta, sujetando su cuerpo en el marco como si se fuera a desplomar nada más abrirla. Apretó la manilla con impotencia. Abrió.

—Cariño —cómo decirle que el Sheriff estaba en casa ahora mismo.

Erika le miró nada más entrar. Los ojos los tenía agrandados, ojerosos y rojos. Esperaba la peor de las noticias.

—¿La han encontrado? ¿han encontrado su...? —los dos sabían cómo continuaba la frase.

—No. No. —gesticuló con ambas manos. Vio a su mujer mirarle con aquellos ojos cansados, esperando cualquier noticia. —Solo... solo han encontrado un par de cosas tuyas. A parte de las piedras... — se refería a las piedras con la sangre de Paula.

Ninguno de los dos escuchó ni un solo paso. Cuando se quisieron dar cuenta el Sheriff Patrick estaba al lado de Björn.

—Hola señora White, siento interrumpir. — Patrick quería parecer sereno, sin embargo se le notaba el nerviosismo en las manos sudadas que se apretaba la una con la otra, y los ojos, aquellos ojos. —He pensado en subir para que usted no tenga que moverse.

—¿Qué han encontrado? —le interrumpió.

—Hemos encontrado una mochila y algunos enseres. También, una

diadema de color azul y una sandalia naranja.

Erika se dobló de nuevo por el dolor. Se echó a llorar. Björn se adelantó al Sheriff y fue directo a sentarse al lado de su mujer. La abrazó. Él también lloraba, y eso que pensaba que no podría, pero lo hacía más por escucharla a ella que por lo que habían encontrado. Björn ya hacía rato que lo sabía, solo que no tuvo valor a decirlo. Tardaron en meterlo todo en bolsas. Por un momento creyó que tras todos aquellos objetos, estaría el cuerpo. Que lo encontrarían. Sin embargo aquel momento, el más doloroso de todos, todavía no había llegado. Aunque poco faltaba, supuso. Aquello sí sería dolor. No tenía claro si quería verlo con sus propios ojos o mejor quedarse en casa y esperar la noticia. Debía decidir.

Acarició suavemente el cabello de su mujer.

—Ya está, cariño. Estoy aquí contigo. No te voy a dejar, ¿vale? — agarró con delicadeza la cara de su mujer. La puso a escasos centímetros de la suya. Ambos empapados en llanto, moco y sudor.

—Es suyo. — gritó Erika con el poco aliento que le quedaba. — es suyo, es suyo. Es de ella, Björn.

—Lo sé, cariño. Ya lo sé. Ya sabíamos lo que ocurriría. — lo supieron desde que el Sheriff les confesó la llamada que había recibido. El testigo que llamó, sabía perfectamente que era ella. Y la descripción lo decía todo. Aun así, cada noticia nueva era un mazazo. —Ya queda poco y terminaremos con esto de una vez. —qué iba a decir. Qué decirle a una madre que ha perdido a su hija. Qué decirle cuando tú eres el padre.

Patrick se mantenía en el quicio de la puerta.

—¿Por qué? —Gritó Erika, con más fuerza si cabe — ¿por quéee? — arrastró la última vocal. Estuvo a punto de desmayarse.

Erika quiso estar sola. No lo hizo porque sí. Nada más cruzar la puerta su marido y el Sheriff, recogió todo aquello que creía peligrosos. Todos los papeles. Los metió momentáneamente en el cajón. Los quemaría en cuanto todo acabase. En cuanto estuvieran solos en casa.

Efrén estaba cerca de la puerta. Erika, nada más guardar los papeles, fue a cerrarla y se encontró con los ojos de su hijo. Ahora mismo su único hijo o, por lo menos, su único hijo vivo. Le miró. No pudo evitar un leve gesto de asco. Lo hizo de manera inconsciente, pero lo hizo, y le cerró la puerta.

Todo lo que hacía lo hacía por él. Debía protegerle. Aunque no podía evitar sentir náuseas.

Recordaba aquellas hojas. Las palabras escritas que lo cambiarían todo. Todo su mundo a la mierda. Sí, se hubiera ido a la mierda igualmente, pero ahora sabía por qué.

“Era una tremenda tontería. Mi hermano se comportó como un imbécil. Recuerdo más o menos sus palabras. Aunque lo que más recuerdo de aquel día, no fueran palabras exactamente.

—Estabas espiando a mi hermana. —le gritaba. Aquello me pareció muy raro.

—No la espiaba, joder. —Logan también gritaba. —Solo quería que bajara un rato. — Eso sí me pareció bonito. Tan bonito que me enrojecí. Aunque seguro que él no sentía lo mismo. Me lo habría dicho, ¿no?

—¿Y para qué coño querías que bajara ella sola?

—Te hubiera llamado a ti después, ¡idiota!

—Ya claro... Y voy yo y me lo creo. ¡Qué es una niña gilipollas!

La conversación se calentaba cada vez más. Y yo ahí, sin saber qué decir. Me quedé callada. No debería haberme quedado callada.

—Eh, tonto lava, qué te crees que tengo, cincuenta tacos o qué. —se acercó

a mi hermano, con la cara levantada. Aquello pintaba a pelea. — Además, ¿te tengo que pedir permiso para ser amigo de tu hermana o qué?

—A mi hermana ni te acerques. — ¿cómo que no se acercase? Pero qué narices estaba pasando. No entendía nada. Logan no había hecho nada.

—Mejor no te acerques tú, hijo de puta. Sé perfectamente qué intentas con ella. O qué te piensas ¿que no te he visto acariciándola antes de que yo llegase? Eres un puto perverso y pederasta.

¿Lo sabía? Sabía que mi hermano, en secreto me quería? Solo lo sabíamos él y yo. Esto suena muy raro, pero yo solo le dejaba hacer. Sabía que me quería. Pero hombreee... solo como un hermano. Lo que simplemente era muy cariñoso. Es lo único. Pero me dijo que no lo contara, que fuera nuestro secreto y nos había pillado Logan. ¿Qué pensaría ahora de mí? ¿Cómo podríamos ser novios si se pensaba que yo y mi hermano éramos cariñosos entre nosotros?

—Mira cabrón, tú no sabes nada de nosotros. Mejor no digas ni una puta palabra más.

—Tu hermana es nueve años menor, imbécil. Si la vuelves a tocar te mato.

—¿Acaso no ibas a hacer tú lo mismo? A mí no me vengas con tonterías, Logan. Tú sí que no la vas a tocar. Y cállate de una puta vez. Tú no sabes nada.

—Yo jamás la tocaría. No la tocaría como haces tú. Es mi amiga y la voy a proteger.

—¿De quién? ¿De su hermano, idiota? —lo dijo con una voz como de niño pequeño. — Cállate de una puta vez.

Ahí empezaron los empujones. Uno le empujaba al otro y el otro cogía impulso y volvía a empujar.

—Te he visto desgraciado. No voy a permitir que le vuelvas a poner la mano encima a Paula.

—Deja de decir chorradas. Como vuelvas a decir su nombre te mato.

—¡Le has tocado hasta donde no se le toca a una niña! El que te voy a matar voy a ser yo. — nunca había visto a Logan así.

No entendía nada. No entendía por qué peleaban. Parecía que no supieran que seguía allí. Y ¿de qué hablaban? Mi hermano solo me acariciaba. ¿Por qué decía que iba a matarle? Él era mi hermano. Sí, quizás lo que hacíamos era algo poco habitual, pero los dos lo hacíamos sin maldad. Él nunca me hizo daño. Bueno... quizás, alguna vez... quizás... pero solo jugando. Efrén no era malo. Solo nos queríamos mucho y algunas veces estábamos aburridos en casa. Otras veces él venía a mi habitación, porque tenía miedo y le ayudaba cuando estábamos juntos. Y otras era yo la que iba porque tenía miedo. Parecía algo sucio, pero juro que no lo era. Efrén era buena persona. Me protegía, me quería y yo a él. A veces hacíamos cosas de más mayores, pero solo era un juego. Aunque los dos sabíamos que si los papás se enteraban se enfadarían, o eso me decía. Y era verdad. Los dos callábamos. Él no me obligaba a callar ni me obligaba a nada. A veces estaba incómoda, pero también lo estoy en otras ocasiones con otras personas y no pasa nada. A veces dolía, pero también me dolía cuando me caía de la bici y no pasaba nada. Quizás era algo raro, pero ¿como para matarle?

—Lo voy a contar todo. Ya estoy harto de callar. Lo que he visto no es normal, Efrén. — le agarró por la camiseta y la retorció. Mi hermano se echó hacia atrás, agarrando también a Logan.

Entonces Logan le soltó un puñetazo en el estómago que hizo caer a mi hermano. Yo no podía ni chillar. Recuerdo que quería desaparecer, aunque en realidad estaba ahí y no me veían. Me puse las manos en la cabeza mientras mi hermano se levantaba y volvían a forcejear. No me di cuenta de lo cerca que estaban del acantilado hasta que Efrén dio el último empujón.

Dios mío, solo con recordarlo. Fue lo más doloroso que he visto nunca. En realidad, verle volar durante poco tiempo no fue lo peor. Cuando vi su cuerpo, desde arriba, aquello, aquello fue lo peor.

Por mucho que quiero olvidarlo no puedo. Mi hermano dice que no me preocupe, que es una pérdida, pero que nosotros no hicimos nada malo. Lo sabemos nosotros, pero no podemos contarlo. Si lo hiciéramos parecería que le hemos empujado aposta y no es así. No queríamos hacerle daño. Ahora hemos de callarnos. Pero duele tanto.

Es demasiado duro. Mi hermano es bueno. Solo fue una pelea. Debemos protegernos como lo hacemos siempre. Él parece más fuerte. Yo no puedo. No voy a poder.

Ya lo tengo pensado. Lo tengo claro, aunque no sepa cómo hacerlo, todavía. Me voy con Logan. Me marcho con Logan al cielo. Ya he buscado por internet información. Solo he de escoger.”

Solo le quedaba un hijo. Si lo enviaba a la cárcel no le quedaría nada. Su marido, sí, pero no sus hijos. Tenía que tomar una decisión, pues tampoco quería que volviera a hacer daño a nadie. Solo pensar en no tener a ninguno de sus dos hijos en casa, la hacía temblar. Por eso no había dicho nada. Por eso no quería decir nada. Igualmente, cuando todo volviera a la “supuesta normalidad” —una normalidad de todo menos normal— debería tomar decisiones. Solo imaginar a su hijo tocando a su hija le revolvió el estómago. Ella, su cielo. ¿Qué había hecho mal para tener un hijo así? Tenía un hijo asesino y pederasta y una hija muerta. Por mucho que lo intentara, nunca volvería a mirarlo de la misma manera. Dicen que los pederastas no se reinsertan. ¿Qué debía hacer? Intentarlo con el único de los dos que quedaba, o... o denunciarle. O ya era suficiente castigo un amigo muerto por su culpa y una hermana que se suicida también por su culpa.

Björn veía cómo se escapaba el día. El sol dejaba de ser la luz que enfocaba hacia el mar, para enrojecerse y querer esconderse tras él. Incluso se podría decir que el mismo sol se enfurecía volviendo rojo su rostro, para más tarde, perder la esperanza, igual que ellos, y marcharse hasta el día siguiente. Que sería otro día más. Otro de los miles que le quedaban de infierno en este mundo sin Paula.

Decidió volver al hogar. Le costó abrir la puerta principal. Le dolía estar dentro, le dolía estar fuera. Arrastraba con él el dolor. Una vez abierta, ya no había marcha atrás. Erika estaba sentada en el sofá. Por fin había salido de la habitación. Estaba deshecha. Su pelo revuelto, con partes de él algo pegadas a la frente, los ojos no tenían lágrimas, en cambio, miraban hacia delante, vacíos por completo.

Arrastró los pies hasta la cocina. Olía a café y a comida precalentada. Una mezcla que casi le hace vomitar. Se acercó a la cafetera, la agarró con la mano izquierda. Con la derecha abrió el cajón de los cubiertos.

—Erika, ¿Quieres un café?

Erika no contestaba. Seguía ausente.

—¿Cariño? —esperó. La miraba desde la cocina.

Björn dejó todo lo que llevaba sobre la encimera. Al dejar la pesada cafetera, esta emitió un sonido seco y más fuerte de lo que él pretendía. Sin embargo fue el sonido lo que sacó a su mujer del letargo. Tan solo miró de soslayo. Seguía sin estar, pero estaba un poco más. Algo es algo, pensó. Se dirigió hasta el sofá y se sentó a su lado.

—Sé que no tienes hambre, ni sed. Entiendo lo que te ocurre. A mí también me pasa lo mismo. Pero has de cuidarte, cariño. Mañana será un día largo. Hemos de hacerlo, aunque sea por Efrén. Él se merece que seamos fuertes ahora.

Erika arrugó el labio superior. Ahora sí quería vomitar. No dijo nada de lo que sabía. Se esforzó en hablar. Los labios se pegaban entre sí.

—Tengo el estómago cerrado. — por fin rompió el silencio. Aquello parecía mantenerla en la casa.

—Si le pasara algo a nuestro hijo, ¿tendría sentido la vida sin ninguno de los dos?

Björn entendía su miedo. Acababa de perder a su hija. Debía estar aterrada con la posibilidad de que, el día de mañana, pudiera pasarle algo a Efrén.

—No va a pasarle nada. Lo más sensato ahora mismo es aguantar, por él. Y quizás en unas semanas debamos plantearnos vender la casa. Marcharnos a otro lugar. Empezar de nuevo.

—No importa a dónde vayamos. Nunca será lo mismo. — las lágrimas no caían, pero los gemidos venían, prácticamente insonoros. Estaba sin fuerzas, los brazos caídos. Björn la abrazó.

—Pase lo que pase, lo haremos juntos. No estás sola. — toda palabra le sonaba extraña al salir de su boca. Sentía que no era él el que hablaba. — Nos tienes a los dos. Hemos de pensar en nuestro hijo.

—En nuestro hijo. — repitió sin fuerza. — En nuestro hijo...

—Él también ha perdido a su hermana. Debemos ser fuertes, por él. No te dejaré caer. — ¿cómo había sido tan estúpido de decir la palabra caer, en una situación así? Pensó.

—Y si el día de mañana...

—No te preocupes ahora por el día de mañana. — la cortó. — Le protegeremos, hablaremos con él, le llevaremos a algún especialista. Todos pasaremos por psicólogos si hace falta. — claro que hacía falta. — Haremos lo que sea para que funcione. Y te juro que funcionará. Aunque seas incapaz de verlo, ahora, y lo comprendo. Saldremos de esto, Erika. Te lo juro. — la apretó con fuerza. Olía el cabello sudado de Erika bajo su nariz. Los brazos de

su mujer parecían más delgados. Como si en un solo día hubiera perdido el peso, el músculo, hasta quedarse en palillos sujetos a un tronco muerto.

—No voy a poder.

—Sí podrás. Porque no estarás sola.

—Paula. —gimió. Se tapó la cara con las manos y hundió la cabeza bajo el brazo de su marido.

Björn lloró en silencio. La apretaba con una mano y secaba sus lágrimas con la otra, cada vez que salían. El peso era grande. ¿Cómo mantener la compostura, si él también estaba hundido? Nadie le había enseñado a ser tan fuerte. No tenía idea de cómo comportarse, de qué decir. Y su hijo... En breve debería subir y atenderle también. Demasiado peso sobre sus hombros.

—Será mejor que intentemos descansar. —dijo, por decir algo. Erika levantó la cabeza. Enarcando una ceja, le miró como pudo.

—Es imposible. No voy a poder dormir.

—Lo sé. Pero debemos intentarlo. La batida de búsqueda se ha reducido. Supongo que no esperan encontrar mucho más sin luz. Aun así, siguen con dos lanchas y el Sheriff continúa al pie del cañón. Si duerme lo hará en el mismo coche. Nosotros debemos estar preparados. También debemos descansar lo que podamos. Deberíamos estar los tres juntos. Si no puedes dormir, lo entiendo. Quizás podrías tomarte un par de pastillas para descansar un poco.

—Deja a tu hijo en su habitación.

A Björn le pareció notar un tono algo severo. No entendía qué había dicho mal.

—Necesita asumir lo que ha pasado. Será mejor no presionarle. — Erika lo dijo por el mero hecho de que no quería dormir con él. Apenas quería mirarle. Aquella noche no. No lo quería en la misma habitación que ella.

A Efrén no le cabía la rabia en el cuerpo. Una vez supo que sus padres estaban en la habitación de matrimonio, salió a hurtadillas de su habitación, bajó con sigilo las escaleras con todas las luces apagadas, abrió la puerta principal y salió de la casa.

Hacía frío o solo lo notaba él. No estaba seguro. Su mente parecía aclararse estando fuera de casa. Lejos de sus padres.

Se acercó al acantilado. Desde arriba pudo ver una lancha con hombres con linternas, mirando hacia el mar. Efrén también miró hacia el mar. Estaba deseando que apareciese su maldito cadáver y descansar por fin. Era duro lo que pensaba, pero más duro era lo que su hermana había hecho.

—¿Por qué coño lo has hecho, joder? — dijo mirando al negro horizonte. — Estábamos los dos juntos en esto. Yo nunca te habría dejado sola. Nos queríamos muchísimo. Solo fue un puto accidente. No tuvimos la culpa.

Y si tenías problemas por qué coño no me lo dijiste. —elevó su voz. Por suerte nadie le oía. Estaba en la parte trasera de la casa y lejos de esta. La lancha que veía rodeó el lugar hasta casi ni verla. Pero ahí continuaba, claro está. —¿Por qué coño me has dejado solo? Niñata estúpida, siempre pensando solo en ti misma. Sin darte cuenta de la mierda que nos has dejado aquí. Joder, deberías ver la que has armado.

¿Querías morir? Pues habérmelo dicho y te hubiera tirado con él.

Él no te quería. No como nos queríamos tú y yo. Solo era un puto amiguito que quería verte las bragas. Seguro. ¿Y yo era el pervertido? Me cago en su familia entera. Lo nuestro era un juego. Joder, ya sabía que estaba mal, ya lo sé. Solo intentaba que descubrieras la sexualidad. Y mejor conmigo que con nadie. Al fin y al cabo soy tu hermano. O era tu hermano. Y qué decir, de que a cierta edad se te pone dura con las chicas. Y tú eras una chica. Y te tenía en casa. Joder, a ti también te gustaba, que se te notaba. Me pongo solo de pensarlo. Pero ¿ahora te has lanzado por amor a ese gilipollas? Sabes...

imaginarte pudriéndote en el mar no tiene tanta gracia. No me la pone precisamente tiesa. Siempre has sido una niña mimada. Haga lo que haga nunca estaré a la altura de la increíble y preciosa Paula — dijo con voz aflautada. — con su cabello rubio, con su inteligencia para lo pequeña que es. Lo mejor de lo mejor. Si supieran papá y mamá lo que hacías conmigo a escondidas, otro gallo cantaba. Si no lo contaste no era solo porque yo te lo dijera. Estoy seguro que te daba vergüenza que dejaran de verte como la niña perfecta y te vieran como una guarra, que es lo que eras.

Cuando te la metía en la boca no te quejabas. Bueno... —rio — un día casi vomitas, pero no te quejabas de nada.

Ahora todo Dios me mirará raro. Todo el mundo querrá preguntar o me esquivarán en el pueblo. Joder. Te quería, pero esto... lo que has hecho es para odiarte. —Efrén se sentó en la hierba. Agachó la cabeza. — Ahora estoy solo, joder. Cómo has podido ser tan jodidamente egoísta. —por extraño que pareciera, ahora sí tenía ganas de llorar. Se pellizcó la pierna para evitar soltar ni una sola lágrima. No quería. Pensaba que su hermana, no lo merecía.

Tumbados en la cama de matrimonio, ninguno de los dos podía dormir. Erika se había tomado otras tres pastillas. En otro momento, aquello la hubiera dejado dormida durante días, pero aquella noche, nada la haría dormir.

Björn la abrazaba por la espalda, con los ojos como platos. Erika agarraba sus manos y las empujaba hacia su pecho. Se notaba los labios y los ojos completamente secos. Ninguno de los dos decía ni una sola palabra. Para qué. Todo había quedado dicho. Para aquel día, ya no se necesitaba nada más. Quizás mañana habría más palabras que no se escuchan, de aquellas que se las lleva el viento, antes incluso de que salgan por la boca. O por lo menos eso pensaban. De las pocas cosas que lograban pensar ya que la mayoría eran

imágenes de su hija, la hija que jamás volvería a cruzar la puerta de casa.

El timbre sonó. Algo extraño ya que la puerta estaba abierta. Solo podía ser Patrick, y si Patrick llamaba, solo podía significar una cosa.

La pareja saltó de la cama. Björn bajó el primero, seguido de su mujer, corriendo por las escaleras.

El padre abrió la puerta generando una leve brisa.

—Hola, ¿puedo pasar? —¿qué clase de pregunta era aquella? Estaba claro que debía pasar. Entonces Erika se percató de que el Sheriff tenía el sombrero en la mano y la mirada gacha. Nada más verlo se echó a llorar. Björn se echó la mano a la boca.

—La han... — dijo Erika con un hilo de voz.

—¿Podemos hablar? Deberíais estar sentados. — aquellas palabras lo decían todo. Erika casi se desmaya.

La pareja fue rápidamente hacia el sofá. Querían saberlo cuanto antes.

—Mi hija. — Björn apenas podía hablar. — Por favor, díganoslo ya. Acabemos con esto. —se abrazó a su mujer.

—No. — inquirió el Sheriff.

¿No? ¿Entonces solo eran más objetos? Pensaron los padres. ¿Y por qué aquella cara? Algo no iba bien. ¿Pensaría el Sheriff que eran ellos los culpables? Erika sabía perfectamente que no.

—No. Su hija no ha aparecido. Todavía no.

—Entonces, ¿qué pasa? — dijo Björn con la voz atropellada. — díganos qué pasa, por Dios.

—Es su hijo.

Erika y Björn se miraron. No comprendían nada.

—¿Qué pasa con mi hijo? — esta vez fue Erika la que habló. Le temblaba la voz. Ella había guardado todos los papeles. ¿Se habría delatado? ¿No había podido con la presión y ahora estaba detenido?

—Se ha tirado por el acantilado.

A Erika se le oscureció la visión.

Se desmayó.

Björn chilló como nunca lo había hecho en toda su vida junta. No podía ser real. Aquello no podía estar pasando. Su hija y ahora su hijo. No podía con todo aquello. Encima solo acababa de empezar.

—Algunos de mis hombres lo vieron pasear. — se le notaba avergonzado. — Debimos darnos cuenta de lo que ocurría. Nadie llegó a pensar que pasaría esto. Lo siento muchísimo señor y señora White. — agarró su radio y demandó que entraran los sanitarios, que ya había llamado, y que estaban cerca de los efectivos de la policía.

A Erika se la llevaron. Björn se quedó, acompañado de Patrick. Aquella casa se convirtió en el ataúd de todos. En el punto y final de una vida plena. Todos los sueños vividos y por vivir, se esfumaron por el maldito acantilado.

La casa estaba vacía. Erika paseaba cogida del “señor Guau”, el perrito de peluche de su hija Paula. Solo habían pasado dos o tres semanas. No podía llevar la cuenta. A ella le parecían años. Solo las pastillas la mantenían viva, aunque caminaba como un fantasma, arrastrándose por el suelo, sin hacer apenas ruido, pasando de aquí para allá, de la casa.

Finalmente y aunque intentó evitarlo, se había quedado sin sus dos hijos. Ya nada parecía tener sentido. No se lo había dicho a su marido, por supuesto, pero tenía una idea fija en la mente. Saltar por el mismo acantilado. Quizás cuando Björn se quedara solo en aquella casa, acabase haciendo lo mismo. Toda la familia con la misma última imagen.

Su marido quería vender la casa y marcharse cuanto antes. Ella, antes de marchar, quería tirarse. En la ciudad no tendría el acantilado tan cerca y sabía

que si no lo hacía ya, lo lamentaría más tarde.

El funeral fue realmente difícil para todos. En aquella caja de madera, estaba su pequeño. Efrén no era un santo, eso desde luego. Una parte de ella le odiaba y, sin embargo, no pudo evitar llorar al ver el féretro. O quizás lo que lloraba no era su ausencia, sino la de Paula.

Jamás le dijo a su marido, todo lo que sabía. Quería evitar que tuviera aquel recuerdo, de cómo su hija acabó muerta por culpa de su otro hijo. Eso sería algo que ella se llevaría a la tumba. Y la tumba la esperaba en breve. Sería muy doloroso para Björn, lo sabía, pero no tenía la intención de quedar viva, año tras año, sin sus hijos. Sin Paula, sin Efrén. No podía. Era imposible. El dolor, aun con las pastillas, traspasaba la mente, se colaba en el corazón y lo destrozaba lentamente, como si el mismo dolor disfrutara haciendo añicos el maltrecho órgano vital que lo único que quería, era dejar de latir.

El silencio en aquella casa, solo lo rompía el sonido del mar. Aquel sonido, por leve que fuera, con todo cerrado, les recordaba la muerte de sus hijos, como un reloj recuerda cómo el tiempo pasa, segundo a segundo, sin tener piedad por pararse y darte más tiempo.

Björn y Erika, se cruzaban en ocasiones. Cuando lo hacían, intentaban no mirarse fijamente. Les dolía verse abatidos en los ojos del otro.

Björn se abrió otra cerveza. Debía ser la quinta. No le importaba. Se sentó en una de las sillas de la cocina. Erika estaba en el piso de arriba. Él acarició la cerveza con el dedo índice. Se sentía completamente mareado. Contra más mareado, mejor, pensaba.

La cabeza, aparte de hacerle sentir que estaba en un barco, le dolía. Puso la mano apretando la sien. No se le pasaba. Dejó la cerveza en la mesa de la cocina y caminó a paso tortuga en dirección al sofá. Dos veces se dio contra lo que creyó que eran sillas.

Ya veía el sofá. Se movía, pero lo veía. Tenía ganas de sentarse o

echarse directamente. Que las horas pasaran lo más rápido posible. Que los meses y los años pasaran hasta el último de sus días.

En muy poco tiempo, las cosas había cambiado muchísimo. Por suerte lo había dejado todo bien atado. Miró y miró mil y una maneras de suicidarse, pero no fue lo único que encontró en su PC. Entendía poco de lo que leía, otras cosas las entendía a la perfección. No era la única. Por desgracia.

Leyó sobre el tema. El porcentaje era brutal. Las víctimas, aunque prefería llamarles supervivientes fuertes, reflejaban en la pantalla todo lo que habían pasado. Era tan parecido...

Por fin, se dio cuenta de que ella no tenía culpa de nada. Que lo que le había ocurrido no era un juego, ni ella era participe de nada, pues, por la edad que tenía ella y la que tenía su hermano, había sufrido lo que se llamaba abuso, violación y otras cosas que le costó entender. Lo que sí entendió era que no era su culpa.

Aun habiendo leído sobre el tema, le costó admitirlo. Logan tenía razón desde el principio. Solo quiso ayudarla.

Se sentía sucia. Sentía como si hubiera sido participe en el juego, tan culpable como lo era su hermano. Y no era así. Lo había leído. Aunque también había leído que era muy común sentirse como ella se sentía.

Durante aproximadamente un año, su hermano se acercaba. Todo parecía un juego de niños, aburridos en casa. Tan solo probaban. Unos meses más tarde, sí notaba que era un poco raro todo. Algunas cosas dolían, como cuando su hermano metía la cosa que él tenía y ella no, en el lugar que ella tenía y él no. Algo le decía que no podía contarle. Ni tan siquiera hizo falta que se lo dijera él, aunque sí lo hizo. Era un juego. Algunas cosas hasta le fascinaban. Él tenía pelo ahí abajo y ella no, eso le parecía casi magia. El pelo era muy grueso.

Efrén le dijo que cuando fuera más mujer le saldría. Que él le ayudaría a convertirse en mujer, que no tuviera miedo. Y Paula no tenía miedo. Solo a veces, a el dolor, pero la mayoría del tiempo hacían cosas que no le hacían daño. Incluso, a veces, le gustaban. Por lo tanto era tan culpable como él. Por eso no podía contarle. Si le gustaba, era culpable.

Cuando vio, un foro tras otro, una web tras otra, páginas y páginas de personas que contaban sus historias, Paula se dio cuenta de que ella no era como su hermano. Su hermano era más mayor y ella mucho más pequeña. Él sabía que eran todas aquellas cosas. Ella, ni tan siquiera sabía, al principio, qué era una vagina. No sabía que por ahí abajo, se pudiera sentir dolor o, un poco más arriba, placer. Pero se suponía que su hermano, por la edad que les separaba, sí lo sabía.

Logan intentó advertirla. Logan acabó empujado por su hermano. Logan, su amigo de verdad, estaba muerto. Ahora, por todo lo que había leído y por lo de Logan, su hermano le daba asco. Cuando se acercaba le evitaba, pero era en aquel momento, porque empezaba a comprender. No lo entendía todo, pero tampoco era tonta. Algo estaba mal, y ella no era cómplice, era la víctima.

Tardó varios días en aceptar lo que le ocurría. Y, sin entender algunas cosas, pero otras sí, decidió actuar. No iba a dejar que su hermano la tocara nunca más. Tampoco le perdonaría lo de Logan. Encima, Efrén había querido convencerla de que ella era tan culpable como él. Era suficiente.

Se iba a suicidar. Lo preparó todo. Escribió mil y una cartas. Una parte de ella no quería que las encontrara nadie, pero sí la que indicaba que se marchaba. Primero lo intentó con la cuchilla. Dolía mucho, así que pensó en otra alternativa.

Llamó ella misma a la policía. Para no decir que se iba a suicidar y que la intentaran convencer de lo contrario, decidió decir que había visto una chica caer. De esa manera la encontrarían, junto con la nota, y algún enser, y sus

padres ya sabrían de su decisión y pasarían página. Le costó forzar la voz para parecer mayor de lo que era. No sabía si lo había logrado o no. Ya no importaba. Estaba frente al acantilado. Tiró los enseres. —allá voy—, pensó.

Contra todo pronóstico, le dio tanto miedo, que no pudo saltar. —He liado una muy gorda. Ahora he de hacer algo. He de saltar o...—. Estuvo a punto de hacerlo. Minutos muy duros.

Escuchó coches. Decidió correr para el lado contrario. Salir de allí como fuera. Le daba muchísima vergüenza. Ahora sabrían toda la verdad.

Consiguió esconderse en una caseta cercana al pueblo. Por suerte ahí tenía algunas latas. Le daban asco, pero algo es algo.

Una noche, decidió acercarse a casa. Quería contar de una vez la verdad. Quería decirles a sus padres que lo sentía. No pudo hacerlo.

Vio a su hermano fuera de casa. La rabia subía por su estómago. Si en los ojos se pudiera ver algún color, en plena oscuridad, estaba segura que serían del color del fuego. En su mente pasó la imagen de Logan, la misa rezando por su alma, sus padres rompiéndose de dolor. Pasaron las mil y una veces que su hermano se colaba en la habitación. Antes no le parecía tan asqueroso, sin embargo ahora, le daba ganas de vomitar. Verle le dio verdaderas arcadas. Por suerte él no la había visto. Paula quería entrar en casa, contarle todo, pero lo último que quería era volver a mirar a su hermano a la cara.

Se acercó a la casa por la parte trasera. Para entrar por la puerta de atrás. Su hermano parecía voltear la casa, también. Esperaba que no la hubiera visto. Y, sino, siempre le quedaba tirarse, antes de que Efrén la volviera a tocar. Lo tenía claro, como le dirigiera la palabra, entonces, por mucho miedo que tuviera, saltaría.

Efrén estaba asomado en el acantilado. Paula estaba a escasos pasos de la puerta.

No pudo evitarlo.

No lo pensó.

Anduvo a paso rápido pero sigiloso y le empujó.

Ahora sí que no podría volver a casa nunca. Debía correr. Correr rodeando el pueblo. Correr en la oscuridad hasta la caseta. Ya pensaría después, qué hacer.

Erika ya lo había decidido. Estaba frente al acantilado. Su marido estaba tan bebido que era imposible que se hubiera dado cuenta de que salía.

Una ligera brisa movía su cabello. Erika tenía vértigo de toda la vida. Ahí arriba, a punto de tirarse, no tenía ningún miedo. Era como si ya sintiera el alivio. Por fin se acabaría el dolor. Aquel dolor que todo el mundo pretendía que pasara año tras año hasta la vejez. —Imposible. Im-po-si-ble. Jamás—, jamás esperaría tanto.

Se meció un poco. Le daba alivio. En cuestión de segundos, todo habría acabado. En su mente pasó la fotografía de Efrén en su funeral. Pasó la imagen de su hija, sonriendo. Parecía que la esperara más allá del agua, más allá del cielo. Suspiró profundamente. —Allá voy, mi cielo. Ahora estaré con vosotros —.

Antes de saltar escuchó lo que parecían alucinaciones. ¿O sea, que aquello era lo último que te venía a la mente antes de suicidarte? Alucinaciones, quién lo hubiera dicho.

—¡Mamá! ¡Mamá no lo hagas!

Qué curioso. Parecía tan real. Parecía poder oírla de verdad. Solo un poco más. La escucharía una última vez y ya está. —allá voy, amor—.

—¡Mamá! ¡Mamá, Mamá! ¡No lo hagas! ¡Soy yo, estoy viva!

Era tan intenso el sonido que le hizo girarse. Total, qué más daba unos segundos más. Y... ahí estaba. Una alucinación visual. Sonrió a su hija

ficticia, incluso se acercó a ella. La niña parecía asustada. Hasta parecía más mayor de lo que nunca la había visto. Tenía un destello en los ojos, algo extraño.

Erika avanzó el brazo para tocar por última vez el cabello fino y rubio de su hija. Sería como un fantasma, estaba segura, no llegaría a tocarla de verdad. Su imagen la tranquilizaba. La última imagen que vería, era preciosa.

La mano de la madre se posó en la cabeza de su hija.

—Es real. —dijo en voz alta con los ojos a punto de salir de las cuencas. —
¿Eres real? —qué alucinación tan trabajada.

—Mamá, mamá, lo siento. No salté. No salté, lo siento. — Paula se puso a llorar.

—Mi niña, mi niña. —gritó Erika.

Las dos se fundieron en un abrazo. Erika no podía creer su suerte.

Una semana había pasado. Ya lo habían recogido todo. Se marchaban definitivamente.

Erika y Björn le contaron al Sheriff que su hija no se había tirado, sino que se había escapado. Erika sabía ya, que su hija fue la que llamó, pero por suerte todo quedó en la presencia de un testigo que había visto a una niña jugar cerca del acantilado y, simplemente, se había equivocado.

Paula le contó a su madre lo que pasó con su hermano. Decidieron no comentarlo a nadie. Aquello sí sería un secreto. El hermano se había tirado pensando que Paula estaba muerta y recordando también a su amigo Logan. Aquella sería la única verdad, aunque no fuera la verdad. Erika no quería perder de nuevo a Paula. Mucho menos ahora que conocía su historia. Protegería a su hija de la muerte de Efrén, intentando compensar el no haberla podido proteger antes. No supo por qué, pero no sentía pena alguna por aquel

hijo que un día rompió a la familia entera, mató a su amigo, violó a su hija.
Aun siendo hijo suyo, no le echaría de menos.

Vigila. No te fíes de ellos

—Ya te dije que no debías fiarte de nadie.

—Sí, ya lo sé, ¿Qué quieres que haga ahora? Lo hecho, hecho está.

—Hombre, lo que podrías hacer es hacerme caso de vez en cuando, simplemente.

—Te hago caso. Más caso del que quisiera, créeme.

—Tú no te fíes de nadie. De nadie en absoluto. Tendrán cara de buenos, pero esconden maldad en sus almas jodidamente corrompidas. Venderían hasta su propia madre.

—No todos serán así.

—¿De verdad? ¿De verdad crees lo que acabas de decir?

—Sí, lo creo. Si nosotros somos así, habrá otros como nosotros. Gente buena. Gente de fiar. Debe haberla, sino la vida no tendría sentido.

—Pues siento desilusionarte. La vida no tiene sentido, Mike. Como nosotros no existe nadie. Solo nos tenemos el uno al otro. Por lo menos no estamos solos.

—¿Y qué me dices de Ingrid? ¿O Benjamins y Marianne? ¿O...

—Mentiras, todo mentiras. Solo fachada. Te sonrían y se ríen de ti a tus espaldas. Tú lo sabes, Mike. Les has escuchado muchas veces hablar de ti cuanto creían que no escuchabas.

—Pero...

—Mentiras, Mike, mentiras. Son todos una panda de mentirosos.

Mike continuó con su caminata matutina. Al lado de Jacqueline todo se le hacía más ameno. Los dos pensaban igual, algo normal.

La calle todavía estaba mojada por el chaparrón de la noche anterior. El cielo seguía gris, como enfadado con los habitantes de la Tierra. Los vehículos, al pasar por la carretera, emitían un sonido lejano al deslizar sus ruedas sobre la

carretera mojada. Pequeñas gotas comenzaban a caer. Mike no apretó el paso. Seguía mirando al horizonte, tan solo de vez en cuando, cuando sacaba la mirada fija del suelo, algo resbaladizo. Le daba miedo mirar a la poca gente que había en las calles. Algunos miraban al cielo, otros sacaban el paraguas, otros ni se inmutaban de las pocas gotas que se atrevían a cruzar el cielo y morir en la tierra.

Mike se paró ante el semáforo. La espera le ponía nervioso. Incluso eso incrementaba su ansiedad. Pasó el peso de su cuerpo de una pierna a otra. Miró el semáforo. Se puso en verde. Solo dos coches esperaban su turno. Suficientes. Demasiados, pensó Mike. Cruzó, ahora sí, caminando más rápido. Miró hacia atrás. Nadie.

—¿No notas algo raro?

—Noto muchas cosas, Jacky, muchas. ¿A qué te refieres?

—No lo sé. Algo extraño. Como si fuera a pasar algo malo.

—Eso me suena. Si no me lo dices cinco veces al día, no me lo dices ninguna.

—Hablo en serio, Mike. Noto algo. Hoy va a pasar algo.

—¿El qué? — Mike empezó a enfadarse. Siempre lo mismo, pensó. Pero no se lo dijo.

—¡Que no lo sé! Pero vigila. Sobre todo, vigila.

—Siempre vigilo. Eso es algo que comparto contigo. Eso y poco más.

—No tiene ninguna gracia. Sabes que todo lo que hago lo hago por ti.

—Ya lo sé Jacky, y te quiero por eso. Bueno por eso y por mucho más. —la miró de soslayo con cierta vergüenza. Por años que pasaran, seguía dándole respeto, pero la amaba. —Por favor, ahora vigila tú. Mira ahí, después del cibercafé.

—No veo casi nada.

—Es Elena. Por favor, no hables ahora. Si me ve hablando contigo desconfiará. Y no quiero más problemas, ¿de acuerdo?

—Estoy a favor. Muy muy de acuerdo.

Cerca de Elena, Mike agachó la cabeza antes de llegar a ella. A solo un par de pasos la miró con poco ánimo.

—¡Hola Mike! ¡Cuánto tiempo! — Elena abrió los brazos tanto como los ojos.

—Madre mía. ¿Vives aquí?

—Sí. —intentó sonreír, algo que no salió como él quería. La mueca era forzada. Volvió a mirar al suelo.

—¡Es genial! Me acabo de mudar y no conozco a nadie por aquí.

Mike pasó las manos por sus muñecas, pobladas de pulseras de cuero muy gastado. Se rascó la cabeza. <<Solo me faltaba eso>>, pensó.

—Sí, está guay.

—Eres el único del insti que me encuentro en años. Aún me acuerdo de las veces que nos escondíamos en los lavabos para fumar. Yo acabo de dejar de fumar hace poco. Bueno, en realidad hará un año. Me quedé embarazada y lo dejé.

Mike la miró. No tenía intención alguna en preguntarle por su vida. Es más, le pareció demasiado larga la conversación. Quería irse, de inmediato, pero ella continuó hablando.

—Estoy aquí con mi pequeña y mi marido. —señaló hacia arriba de la empinada calle en la que estaban. Al ver la poca atención que Mike le prestaba, cambió su semblante e intentó finalizar la charla. No sin percatarse de que su compañero estaba raro. Quizás tuviera prisa, pensó. —Bueno, te dejo. He de ir a comprar muebles. Está todo algo destartado en casa. — lo hizo más por él que por ella. Mike no parecía estar a gusto.

—Vale.

Elena se acercó a darle dos besos.

—Bueno...— Elena no sabía qué más decirle. — nos veremos por aquí, supongo. — le sonrió.

—Sí. — Mike tampoco sabía qué decir.

Ella se marchó por el lado contrario al que había venido.

—Uff, me he puesto de los nervios. —le dijo a Jacqueline.

—Normal.

—¿Era eso lo que creías que pasaría?

—No lo sé. No, creo que no.

Se quedó paralizado durante unos segundos. Caminó poco a poco, deseando llegar a casa cuanto antes. Solo que iba en dirección contraria. Tenía pensado llegar al final de la calle y dar la vuelta.

Así lo hizo.

Escuchó pitar a un par de coches. No se giró. Cruzó otro semáforo y se dispuso a volver a su hogar.

—Mierda el bar. — le dijo a Jacky. —Nunca me acuerdo del puto bar.

—Tranquilo, respira. Solo será un momento. Cuando te quieras dar cuenta ya estarás en casa.

El bar cafetería al que se refería Mike, todavía estaba lejos, pero ya empezaba a sudar.

La lluvia había cesado y pese al mal tiempo había personas tomando el café fuera. Una pareja con un niño o niña, un hombre mayor solitario y un grupito de cuatro hombres de mediana edad que no dejaban de reírse a carcajada limpia y sonora. Eso, a Mike, le ponía todavía más nervioso. Por suerte los cuatro hombres se levantaron, se supone que a pagar sus cervezas mañaneras. Las sillas rozaron el suelo de una forma algo ruidosa, para lo que eran. Todas de plástico fino. Los hombres entraron uno tras otro en el bar cafetería. <<Menos mal>>, pensó Mike, mientras soltaba todo el aire acumulado en sus pulmones.

—Es aquí.

—¿Qué? — le susurró a Jacqueline.

—Que es aquí. Aquí va a pasar algo. Seguro.

Mike no acababa de creerlo. Cierto era que Jacky era bastante alarmista.

—Vamos, hazme caso.

—¿Recuerdas la última vez que te hice caso? Casi acabo detenido.

—Por favor. Por favor. Hazme caso. Solo hoy. Te lo pido por favor. Saca al niño de la silla.

—¡Pero qué dices! —intentó continuar con sus susurros, pero levantó la voz sin querer. — No.

—Hazlo. No lo pienses hazlo.

Pasó al lado de la familia. El hombre mayor solitario le miró. <<mala señal>>, pensó. Sin embargo, como acto reflejo, agarró a la criatura y la sacó de la silla con rapidez.

Los padres se levantaron asustados. El padre parecía querer matarle.

Dejó a la pequeña en la puerta del bar. El padre levantó el brazo, dispuesto a darle. Mike agachó la cabeza esperando el golpe, la madre se acercó acelerada.

Pero entonces se escuchó un gran estruendo. Todos se giraron. El hombre solitario abrió tanto los ojos que parecía otra persona. Ambos padres se giraron. La pequeña se agarró a su padre, escondiendo la cabeza bajo su mano.

La alarma del vehículo que acababa de estamparse contra la pared del bar, sonó en toda la calle. Había arrastrado casi todas las mesas y sillas de plástico fino.

Los padres miraron a Mike, el que empezó a caminar hacia su casa.

—Lo ves como tenía razón.

—Sí, ya veo. Solo quiero llegar a casa. Estoy cansado de estas caminatas. Cada vez son más raras.

—Ya... —contestó Jaqueline. — Podríamos quedarnos en casa un par de días

sin salir. Sería lo mejor.

—Oh, sí. Por fin dices algo que me convence.

Mike continuó caminando sin volverse en ningún momento.

—Dios mío. — dijo la madre de la pequeña del bar. Levantó el brazo y se dispuso a seguir a Mike. El marido la agarró y la paró.

—Para, para. No ves que está hablando solo. — le dijo a su mujer, mirándola con intensidad.

—Me importa un pito. — le contestó ella. — acaba de salvar a nuestra hija. Esto es...— se deshizo de la mano que la paraba y caminó hacia Mike. —Es imposible. — se decía a sí misma mientras caminaba.

Mike entró en el portal. Corrió escaleras arriba. Por fin en casa.

La madre se quedó con el brazo alzado, miró hacia atrás, a su marido y a su hija.

Tras aquella pequeña parálisis en el portal, corrió de nuevo hacia el bar, agarró y alzó a su hija, abrazándola como jamás había hecho. La apretó tanto que la pequeña se quejó.

Todos los que se hallaban dentro del bar, salieron.

Mike se sentó en su sofá. No dejó demasiado espacio a Jacky, pero eso no importaba.

Gracias Hermana

Samantha

—Érase una vez una princesa en un castillo. Sus cabellos eran realmente largos, rubios como el sol y su tez tan clara como la nieve. Aquella princesa debía ser reina, pero su padre murió antes de tiempo y su madrastra la recluyó en la torre más alta del castillo a la espera de ser juzgada por brujería. De esta manera podría sacársela de encima y ser ella la futura reina. Pero un día, un apuesto caballero que pasaba por el reino, vio a la dama asomada a los barrotes de la alta torre y....

—¡Pero qué mierda le estás contando!

—¡Samantha haz el favor! No digas tacos delante de tu hermana.

—¿Pero tú te oyes? ¿No son mejores los tacos que esa bazofia machista?

—Y qué quieres que le haga, es el único libro que tenemos aquí. Hasta que no venga tu padre con las demás cajas solo hay este.

—Joder pues invéntate uno, mamá.

—¡Haz el favor de no decir tacos delante de tu hermana! Además, no se me da nada bien inventarme cuentos. Tendrás que apañártelas. Y sino ponte tapones y a dormir. El cuento no es para ti, sino para ella.

Y así siguió el cuento con tapas color rosa. Samantha apretó los dientes y se tapó con la colcha para evitar escuchar más. Pero cuando su madre cerró la luz, cruzó la puerta y escuchó sus pasos alejarse, se levantó y abrió rápidamente la luz de su mesilla de noche. La mesilla que ambas compartían, la única en la habitación.

—¿Qué haces? ¿Qué pasa? — dijo su hermana pequeña. Parecía a punto de llamar a su madre. Así que Samantha se adelantó.

—Ni se te ocurra hacer caso a esas gilipolleces, Judd.

—Mamá dice que no digas tacos.

—Ais... A ver Judd... ya tienes ocho años. Es hora de que te cuenten un cuento decente. Sino vas a crecer como una niña rosita y tontita, y ¿eso es lo que quieres?

—Pero es una princesa. Y es muy guapa. Y al final se casa con el caballero que también es muy guapo y acaban siendo rey y reina. ¿Qué problema hay?

—Tú quieres que te traten como una niña grande ¿no? —su hermana asintió. —pues déjame que te cuente un cuento de niños grandes anda.

—Vale. Pero nada de miedo, ¿eh? que te conozco...

—No, no tranquila. Nada de miedo. —le dijo sonriendo. — Érase una vez una muchacha que se cansó de ser princesa, una niña que ya no quería vestir de rosa y una mujer que no era tacón. Las tres muchachas, despertaron a una bestia que dormía durante años. Se había quedado tan quieta por el miedo, que acabó quedándose dormida y sin salir de su cueva. Así que las tres chicas, la despertaron.

Era el despertar de una bestia que había estado rodeada de pegajoso machismo.

—Has dicho que no era de miedo.

—Tranquila, es una forma de hablar. Tú déjame que te cuente. — se recolocó en su cama, con las rodillas dobladas y acercándose todo lo que pudo a Judd. —La niña dejó su vestido rosa en el armario, luego lo pensó mejor y decidió quemarlo. Desnuda optó por un chándal color azul, aunque sabía que en el pueblo donde vivía, aquello estaba prohibido. La muchacha siguió sus pasos, dejó su corona, y destruyó el jarrón antiguo que se había traspasado de generación en generación.

La mujer, que no era tacón, decidió ponerse las zapatillas, y correr, fuera del

cuento de hadas que la tenía cautiva.

La bestia, al despertar, desoló la mitad del mundo, con un propósito, sacar de él todo lo podrido y salvar a sus hermanas, las que se habían hartado de ser hadas.

El príncipe, porque en este cuento también hay un príncipe; quería matar a la bestia, para salvar a todas las mujeres de la tierra. Pero, juntas, decidieron que no querían un salvador, más bien querían que fuese él el que muriese aquel día. — Judd escuchaba con los ojos como platos. —Y así se hizo. Descubrieron entonces, la belleza de aquel planeta que, por fin, habían conquistado. Muerto el príncipe, una nueva era apareció, la más justa que se recordaba. Ya no existían los esclavos, mucho menos las esclavas. Todas las personas del planeta eran libres para decidir cada paso que daban. Nadie lloraba por las injusticias, pues no existían.

La mujer se alzó bajo el ritmo de su propio cuerpo, cuerpo que no sería mancillado, cuerpo que no sería tacón, cuerpo que no volvería a ser objeto. Nunca más su templo sería un recurso para la satisfacción del príncipe anticuado que, por fin, habían matado. —Vio la cara de su hermana. No sabía si había entendido parte del cuento, o si algunas palabras eran difíciles. Pero no le importó. Se sentía valiente.

Miró hacia la puerta cerciorándose de que la luz del pasillo no se abría. Y así fue. Aquella noche durmió algo mejor. Aunque estuviera rodeada de todo aquello, quizás ella podría enseñar a su hermana, que las cosas no son jamás como nos las cuentan. Con eso estaría satisfecha.

La luz se abrió de golpe.

—Chicas, a vestirse. —dijo du madre con la voz algo ronca, la bata medio puesta y el pelo revuelto.

Samantha fue la última en levantarse. Se puso las zapatillas de calaveras que

le había regalado su padre por su cumpleaños. Le encantaban. Se levantó de la cama, pasó las manos por sus brazos intentando sacar el frío de su cuerpo. Un gran bostezo, parecía no querer acabar. Se puso la bata, salió de la habitación y bajó lentamente los escalones. La casa estaba todavía muy fría. No sabía si se acostumbraría a tanto espacio, a aquel barrio pijo y a la falta de muebles. Aunque sabía que todo aquello era provisional.

Se sentó en el taburete con la espalda encorvada, en la isla de la gran cocina, moviendo su tazón de cereales a un ritmo pausado. La televisión estaba encendida. Su madre no dejaba de moverse de aquí para allá. Su padre ya se había marchado y Judd buscaba por las cajas del comedor la ropa que habían traído el día anterior. Samantha no tenía prisa alguna. No le importaba llegar tarde, no le importaba qué ropa escoger, no le importaba si su pelo estaría más o menos peinado. No le apetecía ir al instituto. Ser la chica nueva, aunque ya hiciera unos días que estaba en el pueblo, no le gustaba nada. Parecía el centro de atención, algo que sin duda detestaba.

Fue zapeando mientras masticaba los insípidos cereales. Tenía ganas de fumar, pero no podría hacerlo hasta que no llegara la hora del patio. Después, un poquito de colonia, un chicle y listo. Dentro de lo que cabe, solo era tabaco, pensaba. Otros alumnos de su misma clase fumaban otras cosas, así que el tabaco parecía, para ella, casi inocuo. Además, tenía la excusa de los nervios por ser la novata. Sus compañeros no tenían tanta excusa. O eso creía.

Los canales pasaban ante sus ojos. Qué aburrida era la televisión a aquellas horas de la mañana. Hizo una pausa en las noticias, solía hacerla todos los días, pues si tenía que escoger prefería no dejar dibujos animados porque Judd se acababa entreteniendo mirándolos y no había manera de que se vistiera. Además ya no tenía edad para dibujos y el resto de canales eran prácticamente todos de propaganda.

Esta vez, el turno en las noticias, fue para una pequeña de unos diez años.

Samantha dejó caer la cuchara hasta el fondo de su tazón. Se quedó mirando la imagen de aquella niña. Dios santo, debía de tener la edad de su hermana. Su pelo era oscuro, como el de Judd. “Joder”, pensó desanimada. La pequeña había sido violada por tres hombres al salir del colegio. Cuando llegó a casa, ensangrentada, la llevaron al hospital. No pudieron hacer nada por ella. Las heridas resultantes de aquella barbarie, le causaron la muerte horas después. Los padres, destrozados, aparecían llorando ante la multitud de cámaras. “Hijos de puta”, pensó Samantha. No era ni la primera ni sería, por desgracia, la última de las noticias relacionadas con la violencia machista, ni con menores de edad, que había visto por la tele en su corta vida. Con diecisiete años ya se sabía aquellas historias de terror que veía en la pantalla cada dos por tres. Demasiado bien las sabía. Sin embargo, aquella niña... aquella niña era muy parecida a su hermana pequeña y aquello la estremeció. El pelo se le erizó y el frío se instaló todavía más en su cuerpo. Decidió apagar la televisión y no comentar nada con su madre, mucho menos con Judd, por supuesto. Una vez más, haría ver que no había visto la realidad de la vida que le tocaba vivir como mujer. Su madre no llevaba una buena época, su padre trabajaba demasiado en el nuevo trabajo y ella no tenía amigas, todavía. Así que se tragó la angustia, dejó el bol casi entero de cereales y subió cabizbaja para vestirse.

Madeline

Que extraño se me hacía. Parecía como si todavía pudiera oírle. Llamándome desde la cocina o desde la habitación. Como si escuchara sus pasos por el pasillo. Incluso, cuando sonaba el teléfono, todavía pensaba que podía ser él. Parecía mentira que ya hubieran pasado cinco años. Iba a verle cada día y le hablaba, pero ya no era lo mismo. Él ya no me contestaba, ni lo haría jamás. Aunque tenía a mis hijos, mis tres soles, seguía sintiéndome sola.

Me repetían que no pensase demasiado. Eso era imposible. Ya pensaba en él cuando vivía, ahora que no estaba parecía que no lograra sacarlo de mi cabeza. Ni quería. Era mi marido está claro, padre de mis tres soles, pero no solo era eso. Era mi mejor amigo. Y no lo digo por decir, lo digo en serio. Le echaba tanto de menos. No podía entender cómo otras personas aguantan tanto sin tener tanto en común. Pero qué le iba a hacer. Aunque no creáis que estaba ciega o sorda. Por desgracia durante algunos años estuve escuchado desde mi propia casa, malas palabras y cosas peores. Mis vecinos no se llevaban tan bien como nosotros nos llevábamos. No hacían más que chillar cada dos por tres. Y lo peor no era eso. Ella era mi amiga. Sí, tenía unos cuantos años menos que yo, podría ser mi hija, es más tenía la edad de mi hija Alexandra, pero la quería tanto. Por eso y por lo que he llegado a escuchar, sé que toda la culpa era del capullo con el que estaba. Menudo gilipollas. Ojalá le deje pronto, pensaba. Ahora que puede. Que no acabe siendo tarde.

Pobre chiquilla. Tenía treinta y seis y había aguantado más que lo que había aguantado yo en toda mi vida junta. Qué suerte tuve con mi Jeremiah. Ojalá ella pudiera sentir algún día, el amor de verdad.

Por mucho que hablábamos, por mucho que le explicara, incluso por mucho que llamaba a la policía casi cada semana, era imposible desengancharla. Supongo que debía ser muy duro para ella. Había algo ahí que

no lograba entender del todo. Era como si fuera una droga para ella. Mira que le decía “déjalo y vente conmigo”, “vivo sola y me irá bien estar con alguien”, pero nada. Por lo menos nada en aquel momento. Lo dejaban a ratos. Ratos demasiado cortos. Pero algo le debía decir, porque miraba el teléfono y se quedaba blanca. Luego volvía a casa, tenían días buenos y vuelta a empezar.

Dios santo, ese imbécil me sacaba de quicio. Fíjate que a veces soñaba con que ella misma le rajaba el cuello y ya está. Se acabó. Suena cruel pero hubiera preferido que fuera así y no al revés. <<Ya verás tú como un día de estos salimos en las noticias>>, pensaba muy habitualmente. Por desgracia. Lo veía venir. El problema era que ella no lo veía como yo. Si lo hubiera visto como yo... Si hubiera sido mi hija la hubiera sacado de allí arrastras si hiciera falta. Supongo que eso es lo que dicen todos, pero seguro que no es así.

—Ay Jeremiah. Ojalá estuvieras aquí para ayudarme — le decía. —Me pregunto qué harías tú. Aunque conociéndote, seguro que acabarías en la cárcel. Te hervía la sangre en poco tiempo, los dos lo sabemos. Hubiera deseado que no fuera así. Quizás de esa manera todavía te tendría aquí conmigo. Tu corazón no llevaba nada bien las injusticias. Supongo que no pudo encajar todo el mal que había en este mundo. Pero nuestro mundo, el mundo que habíamos montado para nosotros, era tan hermoso. Parece como si ya no tuviera sentido. Sigo aquí, de alguna manera. Pensé que lo hacía por nuestros tres soles. Ahora ya no tengo ni idea. Ellos siguen siendo mayores, cada vez más. — Fíjate que ya tengo cuatro nietos. Jeremiah solo conoció a dos. Yo les vería crecer a todos, por los dos. Aunque ya no tenía mucho sentido. Por lo menos para mí. Sé que hubiera tenido que ser más fuerte, eso me decía él. Puede que la rabia me mantuviera viva, pero fuerza como tal... hubiera preferido no tenerla. Simplemente dejar de luchar.

Nunca había querido tanto a alguien. Pensaba que eso eran tonterías.

Que la amistad, el amor y todo eso, estaban sobrevalorados. Que tan solo eran meras exageraciones. Pero que va... Y en aquel momento lo único que creía era, ¿para qué sentir tanto? ¿para qué si luego te quitan a lo que más quieres? ¿hubiera sido mejor no conocerle? Uy, que va. Eso ni pensarlo.

Lo único que me sacaba de todo pensamiento, del dolor de no tenerle, en aquel entonces, eran los golpes a los muebles, o a lo que diablos le diera ese energúmeno de arriba. Entonces sentía como si la sangre volviera a correr por mi cuerpo. Pasaba del letargo a la taquicardia en cuestión de segundos.

—Ay, taquicardia. Perdóname Jeremiah, no era mi intención... — Tan solo me refería a que me hubiera gustado vivir algo más, solo para ver como Karly le dejaba tirado. O eso o que le acabasen dando lo que se merecía. — Como trate a todos igual... seguro que alguien se acaba hartando. Pobre mujer. ¡Si es que tiene la edad de Alexandra! — le decía a mi Jeremy. Y vaya, pareció como si el karma me hubiera escuchado. Porque justo en aquel momento empezaron a arrastrar muebles los de arriba (mal asunto cuando escuchaba eso), y el teléfono empezó a vibrar. Ya sabía quién era.

—Hola cariño. — era mi hija. Hablando de la reina de roma... Ella era de los tres, la que más llamaba. Cada día. Puntual.

—Hola mamá. ¿Qué tal? —siempre con su tono cantarín. Madre mía, ¡qué feliz era y qué feliz me hacía aquella muchacha preciosa que nos había salido! — ¿me oyes bien? Estoy en el parking del aeropuerto y no te escucho muy bien.

—Sí cariño. ¿Qué tal todo?

—Bien. Oye, se escucha mucho jaleo. No sé si es tu teléfono o el mío. Si quieres te llamo luego.

—Yo te oigo bien. Es que arriba están alborotando un poco. —dije con la voz algo floja, mirando hacia el techo e intentando escuchar mientras me apartaba ligeramente el auricular de la oreja.

—Joder. ¿Otra vez? ¿Y tú ya estás bien allí? Oye si ves que no te dejan vivir

ya sabes... que te lo digo siempre mamá...

—Sí. No tranquila. Va todo bien. —mentí.

—No sé por qué eres tan cabezota. Ahí tú sola... deberías venirte. — aquella frase ya me hacía gracia. Siempre la repetía. Una y otra vez desde que murió su padre. Era algo precioso. Pero sabía que jamás me iría de aquella casa. Era donde habían crecido todos.

—No te preocupes Alex. Si me viene bien hablar con ella. Karly es muy buena mujer. Es solo que vive con un idiota. Ya verás cómo se acabará dando cuenta.

—Mamá, esa mujer es víctima de violencia de género. Sé que es tu amiga, pero precisamente por eso me preocupas. Te conozco... sé que hierve la sangre con esto... —tenía tanta razón. Y a su padre... Ay Jeremiah. A él sí que le hervía, sí.

—Tranquila que si yo escucho algo...

—¿Cuántas veces has llamado a la policía esta semana?

—Bueno cariño, esta semana no...

—Bueno, pues la anterior. Y si no será la siguiente. Tienes sesenta y tres, no eres vieja pero tampoco es bueno que después de que se haya marchado papá, tengas que vivir con gente incivilizada.

—Entiendo tu preocupación. Ella no es. Karly es un cielo, es su marido ese hijo de...

—Sí ya lo sé mamá... ya lo sé... pero tú no tendrías que estar escuchando todo eso cada día. Ahora no. Deberías tomártelo todo con más calma. Deberías venirte... —sabía que todo aquello lo decía por su miedo a que me ocurriera algo parecido a lo que le había pasado a su padre. Mi hija no es una mala hija. Tiene mucha empatía, pero entiendo su miedo. Cuando a Jeremiah se le paró el corazón... una parte de nosotros murió con él. Lo que ella no sabe es que casi toda yo morí también aquel día.

—Quiero ayudarla. No sé cómo, pero no quiero que se lo trague sola. Sus

amigas somos lo poco que le queda. Y eso porque el desgraciado ese no sabe ni que existimos porque si lo supiera seguro que ya ni se podría acercar a nosotras. —nunca tuve problemas en contarle nada de aquello a Alex. Los temas tabús estaban prohibidos en nuestra casa. Jeremiah consideraba que callarse las cosas, no solo no servía de nada, sino que lo único que provocaba era rencor. Saber y callar, es no aprender y no poder avanzar. Decía.

—Mamá, ahora no podré hablar. ¿Te llamo en cinco minutos?

—Claro cariño. Y sino, puedes hacerlo cuando ya hayas llegado.

—Vale. Bueno en breve te digo. —dijo apresurando las palabras. —Te quiero mamá. Y piénsalo, de verdad. —siempre me decía que lo pensara. Que me fuera con ella. Así no estaría sola. Pero la verdad era, que prefería estar sola. No por ella, claro está, mucho menos por mis nietos o mi yerno. Era solo que, en la más pura soledad, podía sentirle cerca. Soñarle. Recordarle a mi manera.

Y nada más colgar, como si me escucharan, las voces del gilipollas de arriba subieron de intensidad. Me cago en su... en su nada... me cago en él. Maldito cabrón.

Ruth

<<Me cago en...>> << ¡Ohhhj, que rabia!>>, pensó. Nada más dejar a Aiden, en la misma puerta de parvularios, pudo leer “Pastel para el día de la madre”. <<Otra vez con el puto pastel>>, <<pastel para el día de la madre, niños de piratas y niñas de princesas para carnaval, en las fiestas las niñas deberán ir con falda de tal color y vamos a celebrar de nuevo el santo de un hombre cuya tradición es la de regalar un libro al hombre y una estúpida rosa a la mujer. Pero qué les pasa>>. <<Soy mujer, odio las flores, me encanta leer, jamás llevaré faldas ni tacones, no sé nada de cocina ni me gusta.>> <<Aunque si digo lo que pienso y añado que soy lesbiana, ¡jala! Ya tendrían la puñetera excusa para intentar tapar su jodido machismo.>>

Pensó que tenía suerte de haber sido ella la que dejaba al pequeño en el colegio. Si hubiera sido Aria, estaba segura que se habría montado una buena. Aunque en realidad era lo que deseaba. Pero ella no tenía tiempo de liarla. Encima Ruth también trabajaba en el gremio. Por fortuna, no para parvularios. Para bachillerato. No sabía qué era mejor en aquel aspecto y en aquel tiempo, si escuchar las chorradas que los padres imponían a los más pequeños o escuchar la música con letras machistas en boca de adolescentes. Aquello la ponía enferma. Pero no todos eran así. Por fortuna los tiempos empezaban a cambiar. No llegaría a ver el cambio por completo, moriría antes de que llegase y ni tan siquiera lo verían sus hijos o nietos. <<Qué pena...>>, era la frase que se repetía una y otra vez en su mente. Cada vez que encendía la televisión y debía escoger, qué dibujos eran los menos machistas. Cada vez que en las noticias aparecía el rostro de otra mujer que se cansó de aguantar y lo pagaba con su vida. Cada vez que la miraba algún paleta cuando iba de la mano de Aria, con su pequeño al lado. <<Qué pena...>> Nunca vería el cambio. Llegó a pensar incluso, si haber dado el paso de ser madres era una

buena idea en la época en la que vivían. Y no estamos hablando del siglo XV, que va... hablamos del mismísimo 2019.

Se agachó para besar a su hijo y abrazarle, como hacía todos los días. El pequeño le sonrió y mamá Ruth le dio un empujoncito en el culo para que acabara de entrar en clase.

Se marchó desanimada. Entró en el coche que había dejado en doble fila, como tantos otros padres y madres. Cerró de un portazo y apretó los dientes. Seguro que si algún machista la viera ahora pensaría que es una histérica, una feminista lesbiana, por supuesto, amargada, con cara de palo y deseando sacarlo todo de contexto. Sin embargo aquella mujer que apretaba el volante, era todo lo contrario. No tenía nada que ver con las camisas a cuadros, ni con todos los tópicos que suelen decirse. Su estilo era el de la mujer joven que era. Estuvo casada con un hombre. Duró poco. Era un auténtico idiota. No pensaba que todos fueran así, ni mucho menos, Ruth tenía dos hermanos y ambos eran un cielo. Pero cuando apareció Aria en su vida, todo cambió. No se trataba de si era mujer o hombre, simplemente le atrajo la fuerza que trasladaba, la sonrisa, la paz mezclada con la potencia y la frialdad de cuando consideraba que la situación así lo requería.

Con la misma indignación de cada vez que ponían un nuevo cartelito en la puerta del colegio, giró la llave de contacto y se dirigió al instituto.

Una vez allí, lo mismo de siempre. Miró a sus alumnos indicándoles qué página debían abrir de su libro de historia. Mientras ellos obedecían, o casi todos ellos, la mirada continuó fija en Samantha. La única de toda su clase que le infundía ánimos incluso en los momentos más bajos. Y eso que aquella chica tan solo tenía diecisiete, pero madre mía... qué diecisiete más bien puestos. Le daba realmente mil vueltas a muchos otros, incluso a ella misma a su misma edad. Tenía, o parecía tener, las ideas muy claras, la cabeza en su sitio y bien amueblada. Ella era el futuro y ojalá todo futuro fuera como ella.

Tanto es así, que no dudó en ofrecerle clases particulares que acabaron convirtiéndose en quedadas para echar un café que se transformaron, con mucho gusto, en encuentros con sus otras dos compañeras, que tan parecidas eran. Al final aquello era todo menos clases. Parecían más bien una forma de desahogo de las cuatro. Todas tenían mucho que contar y parecían indignarse por las mismas razones y celebrar los pequeños logros que conseguían juntas. Era algo especial y estaba deseando acabar la jornada para poder quedar de nuevo y comentar lo sucedido durante el día.

A la hora del patio, se dirigió a una parte de las gradas del campo de baseball, donde sabía perfectamente que Samantha la estaría esperando. Al llegar se sentó a su lado sin apenas mirarla, sacó un par de cigarrillos y encendió el suyo.

—Mala cara. ¿Mal día? — preguntó la alumna.

—Nada fuera de lo común. —le contestó desganada.

—¿Has visto las noticias? — Sam se giró hacia ella echando su cabello hacia atrás, poniendo una mano en su rodilla e inclinándose para escuchar la respuesta.

—Sí. Por desgracia. Pobre niña. —le dijo devolviéndole la mirada.

—Creo que tiene la edad de mi hermana.

—Creo que sí. —Ruth suspiró dejando salir el humo del tabaco por nariz y boca. —Menuda mierda. —Su forma de hablar y actuar con Sam, no tenían nada que ver con cómo se comportaba con el resto de alumnos. Había asumido que aquella alumna era especial, era una amiga más, una igual.

—¿Vais a quedar hoy?

—Vais no, vamos. Si quieres claro. —le dijo Ruth mirándola y observando a su alrededor. No quería que la vieran fumando con una de sus alumnas.

—Sí. Me vendría cojonudo. Necesito despejarme. Mi casa es un caos con tanta caja y tanta chorrada va, chorrada viene.

Ruth rio. Podía imaginar a qué se refería. Sam hacía relativamente poco que había empezado en su instituto, pero la caló casi al instante. Solo tuvo que ver cómo le respondía a los que se suponía que eran los alumnos guais de su clase. En solo unas palabras los dejó sin habla. Se sintieron tan estúpidos que, por desgracia, se lo hicieron pagar. Cuando aquello ocurrió, Ruth tuvo la suerte de poder ayudarla y conocerla mejor.

—Si quieres te paso a buscar. He de llamar primero, para saber dónde, cuándo y quién vendrá. Imagino que será o en mi casa o en casa de Madi. Y al salir vigila con los de siempre. Si veo cualquier cosa extraña, yo misma les paro los pies.

—Tranquila —dijo Samantha agachando la cabeza. —No creo que me vuelvan a molestar. Pero gracias igualmente.

Al acabar las clases, se dirigió a su casa. Miró hacia el asiento del copiloto mientras conducía. El teléfono estaba sonando. Era Aria. Descolgó y puso el manos libres como pudo.

—Solo hay fideos chinos, espaguetis, tortilla o pizza. ¿Qué manjar prefieres?

—¡Mierda! — Ruth agachó la cabeza. Se le había vuelto a olvidar sacar la carne del congelador, y así llevaba ya tres días. Menos mal que Aiden se quedaba en el comedor del colegio. Por lo menos él, sí se alimentaría bien.

—No te preocupes —dijo entre risas, Aria. —ya verás, o nos ponemos fuertes o... o gordas, pero con tanta pasta algo saldrá, jajaja. Si quieres puedo ir a comprar algo distinto o pedimos algo para que lo traigan o...

—No, déjalo. Si no tengo tiempo. —le contestó. —Ahora, eso sí, el sábado nos vamos por ahí a comer a un restaurante. Y nada de comida basura, te hablo de uno de esos sitios donde la comida es apetecible y nutritiva. Nos irá bien salir un poco.

—Me parece bien. ¿Qué tal el peque? ¿ha entrado bien hoy?

—Sí. Él ha empezado el día mejor que su madre... —sonrió por no

llorar. Llegaba el punto en que todo le parecía una auténtica locura. La vida en sí le parecía algo extraño últimamente. ¿Se habría equivocado de siglo? Todo lo que veía le parecía del medievo.

—¿Quedáis hoy? —dijo Aria refiriéndose al grupo de amigas.

—Sí. ¿Te vienes?

—Uff, cariño... Si ya sabes cómo me pongo cuando estoy con otras personas. Y, a parte, ciertos temas me enervan. Ya lo sabes...

—Pero si nos conoces a todas. Además no siempre hablamos de temas que indignan.

—Parecéis un grupo de punk. ¿Os han llamado ya feminazis?

—Hahaha. —la frase la hizo sonreír. —No. Pero simplemente porque nadie sabe que quedamos. Mucho menos el gilipollas de Connor.

—Es que si ese se enterase... —las risas de ambas cesaron. —Vete a saber tú qué le haría a su mujer.

—Ya... bueno... Estamos en ello, cariño. Ya verás que un día de estos se harta y la convencemos para que se marche de allí.

—Pues más vale que lo haga pronto. Solo has de mirar las noticias para saber cómo está el panorama...

—Ya lo sé. Pero la que lo tiene que ver claro es ella. —estaba llegando al aparcamiento de su casa. Toco el botón del mando. Se elevó la puerta. —Creo que le va muy bien escuchar a otras mujeres con otros puntos de vista. Oye, ya estoy aquí. Te cuelgo y ahora nos vemos. Hasta “olo”. —le encantaba repetir aquella frase. Era la frase que había salido de su hijo Aiden, al no saber pronunciar bien la frase “hasta ahora”. Aria le contestó con las mismas palabras. El corazón de ambas empezaba a vibrar. Seguían sintiéndose como adolescentes que se acababan de conocer. Las chispas salían desde el interior y, aunque ambas odiaban las mariposas, sí era cierto que las sentían en sus estómagos al mirarse.

Karly

Sus ojos ni tan siquiera se cruzan con los míos.

Yo solo quería amor, abrazos, besos, pero para él todo aquello era mera excusa para el sexo. Hay un vacío. Lo noto. Nunca sabré si este vacío es a causa de eso que llaman falta de autoestima. Ese hueco que jamás podría ser llenado por alguien como él, frío, que solo concibe el amor como sexo. En su mundo la mujer tan sólo es un personaje secundario. Un complemento perfecto para su enorme ego.

Le amo. Pero el amor idílico del principio se ha ido transformando en un interrogante gigante a base de malas palabras, silencios, indiferencia y cuernos. Y por desgracia, mucho más. Demasiado...

Él antes no era así. Que va... al contrario. Jamás había conocido a un hombre tan atento, amable, buena persona, amoroso. Era perfecto. Parecía incluso que me hubiera tocado la lotería.

Desde que me conoció, se preocupaba por mí. Me llamaba casi cada día para saber cómo había pasado el día. Me pasaba a recoger son su coche, esperaba hasta que yo estuviera lista, me llevaba a la otra punta de la ciudad para que pudiéramos estar a solas. Le encantaba escucharme, o eso parecía. Se quedaba embobado mirándome. Resultaba gracioso y todo, la cara de concentración que llegaba a poner. Muchas veces se le escapaban los ojos hacia mis labios, miraba intensamente, se acercaba muy lentamente y me robaba un beso. Un beso delicado, con mucho cuidado, calentito y lleno de cariño. Era como un abrazo entre nuestras bocas.

Nos entendíamos a la perfección, aunque los dos teníamos bastante carácter. Con el tiempo, yo lo he ido perdiendo. Es como si los años me pesaran. En cambio él, ha ganado en genio, prácticamente como si esos mismos años le llenaran de amargura. Ahora ni tan siquiera le veo feliz.

Sé que todo es por culpa de su trabajo, o eso creo. También sé, que mis problemas le agobian. Antes no le agobiaban pero ahora sí. Antes le encantaba escucharme, ahora le aburre y muchas veces le enfurece.

Quiero ayudarle pero no sé cómo hacerlo. Parece como si todo le sacara de sus casillas.

Empezó con elevar la voz en alguna ocasión. Algún taco suelto, apretar los puños y los dientes... En fin... todo ese estrés del trabajo se lo llevaba a casa. Pero ahora... ahora es mucho peor. De tanto en cuanto suelta un puñetazo en la mesa, me dice alguna palabra más fuerte que otra y sí... me da vergüenza admitirlo pero alguna vez se le ha escapado la mano y me ha empujado. No es que quiera protegerlo ni mucho menos, sé que lo que hace no está bien, aunque sé también que es pasajero. Todo esto es pasajero. Tan solo está pasando por una mala racha. Dentro de mí, todavía tengo la esperanza de que todo cambie. Que volvamos a ser lo que un día fuimos.

Hay días que está cariñoso. Me coge de la cintura, me susurra en el oído, me dice que me quiere, que soy lo más importante de su vida. Pero como os digo, no sé si por casualidad o no, siempre va acompañado de sexo a posteriori. Quizás porque es su manera de amar... Ojalá lo supiera y pudiera explicarlo.

Esto que cuento lo saben bien pocas personas. Bueno... en realidad tan solo una... y creo que un par lo intuyen. Algo saben sí, pero no todo. La única persona que conoce más mi situación es, aunque suene algo extraño, mi vecina. Y, evidentemente, lo sabe no porque yo quiera, sino porque en alguna ocasión nos ha oído discutir. Incluso ha llegado a llamar a la policía. Debería enfadarme con ella, pero no puedo. Esa buena mujer se ha convertido en toda una amiga. Sé que les llama porque cree que estoy en peligro o algo así, pero no es cierto. Claro que cómo explicarlo y que te crean... es algo difícil. Desde fuera se ve algo que no es real. No es así como me siento yo en casa. Sí, a

veces es difícil, pero nada como para que me mate ni cosas de estas por el estilo. ¡No, por Dios! Él jamás haría algo así. Solo está desbordado, estresado. De seguro se le pasará.

Tener una amiga no está nada mal. Me escapo a su casa siempre que puedo. Sobre todo cuando mi marido está en el trabajo. Incluso he conocido a otras tres chicas. Son supergraciosas. Les encanta despotricar de los hombres y eso... lo del patriarcado y todos esos rollos feministas. La verdad es que yo no me considero feminista. Tampoco machista, por supuesto. Ni un extremo ni el otro...No considero que haya mejores ni peores. Todos venimos aquí a sobrevivir e intentar encontrar el amor y la felicidad.

Esta tarde hemos quedado. Connor está enfadado por haber llegado tarde esta mañana, del mercado. Solo espero que tengamos la fiesta en paz y no acabe peleando de nuevo. Odio tener que maquillarme para que no se note nada, incluso si he llorado o no, si tengo alguna herida o las ojeras anchas por no dormir. Me siento estúpida cuando lo hago, porque parece como si se notara más incluso, que sin maquillaje.

Sé que se le pasará. Él me quiere y lo sé porque él mismo me lo dice. Y cuando pierde el norte, se le nota que le sabe mal. Se le ve afectado. Intento hacer todo lo posible por no estresarle más, pero no es fácil, a veces.

Estoy nerviosa. Hace ya un rato que ha llegado a casa. Creo que no ha tenido un buen día. Suena extraño, puede sonar incluso peligroso, aunque no lo es, pero siento que el día de hoy va a ser otro día largo. A veces pienso en echarme a dormir por la noche y no despertar al día siguiente. De esa manera se solucionarían mis problemas y también los suyos. Ya no sería una piedra pesada para él. Podría caminar tranquilo y vivir feliz. Se lo merece. Incluso después de haber hecho ciertas cosas. Es un buen hombre. Me ha cuidado siempre. Siempre atento de cómo y dónde estoy, si necesito que me venga a buscar e incluso siente celos de hombres y mujeres por igual. Como si solo me

quisiera para él. Eso me hace sentir importante. Pero luego llega cansado y yo voy y la cago por algo y ya está... se enfada y deja de estar feliz.

Me gustaría ser la de antes. La chica que le enamoró. Pero ya tengo cierta edad como para ir vestida de según qué manera o llevar el pelo largo y suelto. Además estoy casada y no puedo ir así por la calle. Y no solo porque a él no le guste, es que a mí tampoco me gusta ir así. Cómo vas a ir a tomar un café sola por ahí, con minifalda y escote si está claro que te van a mirar. Y esa no es mi intención. Prefiero que no me miren por la calle y es lógico que si yo no quiero que me miren, él tampoco quiera. Cuando las chicas se acercan a él, soy yo la celosa, porque para eso somos igual, solo que yo no se lo digo para evitar males mayores. Aunque me duele. Quizás se fija en ellas porque van vestidas así o vete tú a saber, porque algunas van por ahí buscando los hombres casados. Qué le vamos a hacer... Yo no lo haría, de eso estoy segura. Con mi hombre estoy servida.

Ya mueve las sillas del comedor con nerviosismo. Madre mía, eso no es una buena señal. Será mejor que salga ya de la habitación o tendré otra discusión. Me va a costar abrir la puerta. Agarro la maneta, suspiro hondo y... ¡vamos chica qué tú puedes!

—Hola cariño. ¿Qué tal el día? — menuda pregunta... como si no supiera que está de los nervios. Y esos ojos... ¿si agacho la cabeza se dará cuenta? Pero si no la agacho igual piensa que le estoy provocando.

—Pues como una mierda. Como todos los putos días de mi jodida vida. —me dice mientras vuelve a arrastrar la silla, la levanta levemente y la suelta contra el suelo. — El gilipollas de Levi me ha dejado en la estacada. El muy imbécil me ha dejado en la puta gasolinera esperándole durante tres cuartos de hora. Aquí todo el mundo se piensa que soy imbécil. Me cago en la puta. — el primer golpe en la mesa, menos mal que no había puesto los vasos. —¿Y la comida qué?! ¿Está lista o también voy a tener que esperar en mi

propia casa? Bueno mira... da igual, para la mierda que voy a tener que comer. Joder que asco de vida.

—Tranquilo cariño, la tengo preparada.

—¡Joder! Pero si sabes a qué hora vengo, ¿por qué cojones no la dejas ya en la mesa? Que el que curra soy yo, hostia. Tú lo único que haces es estar en casa comiendo de la sopa boba, y lo único que te pido a cambio es que la comida esté lista y el piso limpio. Y míralo, parece una puta pocilga, joder.

Pasa por mi lado y me da el primer empujón del día. Solo en el hombro. Apenas me ha movido del sitio. Esta vez, mejor bajo la cabeza y me quedo callada, a ver si pasa todo el vendaval. Está claro que la casa no está perfecta, pero la limpio todos los días. Se ha pasado diciendo que es una pocilga. Espero que se le pase pronto. Me entran unas ganas de contestar... o salir y volver cuando esté calmado. Pero si lo hago luego se enfada más. Además ¿qué hago después? ¿Adónde iba a ir? Sin trabajo no puedo durar mucho yo sola, ahí fuera. Ya lo dice bien mi marido... menuda mierda de vida. Solo deseo que algún día todo vuelva a estar bien.

Samantha

Otro día más terminado, por lo menos la jornada del instituto. Aunque no dejaba de pensar en la chiquilla de las noticias. Su imagen se le había clavado en mitad de la frente, apareciendo y desapareciendo durante horas. ¿Qué haría ella si hubiera sido su hermana? No quería ni pensarlo, pues estaba claro que acabaría en la cárcel. Daría la vida por su hermana. Se volvería loca, estaba segura de ello. Aunque también estaba segura que era lo mismo que sentían ahora, los padres de aquella pequeña criatura, tan parecida a Judd. << ¿Por qué tenían que existir personas así?>> Pensaba. Ni tan siquiera podían llamarse personas a aquellos depravados, monstruos con apariencia de humanos, engendros con semblante de persona. La sangre de Samantha parecía calentarse por momentos.

Dejó la mochila sobre la cama, algo que su madre odiaba que hiciera. <<Como si eso fuera lo más importante del mundo>>, pensaba. Se sentó en la esquina de la misma y suspiró. Apoyó las manos en sus rodillas, apesadumbrada, sin ánimo ninguno por comer, pero sí por quedar aquella tarde con las chicas. Las únicas más parecidas a amigas de lo que podía llegar a contar. Por lo menos las tenía a ellas. Las conocía poco, pero algo es algo. Cambiaban la soledad que pasaba durante la mañana, por apoyo, comprensión y lucha feminista. Aquello sí le encantaba. Por fin podía hablar de ciertas cosas con alguien.

—Sam, baja a ayudar a mamá. — le decía su madre desde el inicio de las escaleras que daban al primer piso.

Samantha no contestó, se limitó a levantarse de la cama y acercarse a paso lento hacia la puerta. Cuando ya estaba lista para encontrarse con las caras de sus familiares, justo antes de cruzar el umbral de su habitación, escuchó un leve sonido de vibración. En menos de treinta segundos, otro zumbido. Era su

móvil. Se giró y fue directa a su mochila. Sacó el smartphone y desbloqueó la pantalla. <<Un mensaje>>. Apretó el dedo en mitad de la pantalla, mirando hacia la puerta. Volvió a mirar a la pantalla. Un video enviado desde un teléfono que no reconoció. Nada más darle al Play ya supo de qué se trataba. Escuchó sus propios jadeos seguidos de leves gemidos, aunque en la imagen apareciera de espaldas, empujada por un hombre sin rostro. Pese a que no se veía al artífice de la grabación, el mismo que empujaba, Samantha sabía perfectamente quién era.

Giró la cabeza, haciendo que el cabello cayera hacia delante, tapándole media cara y también la pantalla del teléfono. Cerró los ojos con fuerza, apretó la pantalla y paró el video. Le costaba respirar, aun así volvió a mirar el móvil. Mas abajo del enlace del video había un mensaje. Lo leyó:

“Tengo ganas de ver las caras de tus nuevos compañeros de clase, cuando vean quién eres en realidad. Me encantaba tu parte más salvaje. Seguro que le gustará a más de uno. Que disfrutes de tu nueva vida, zorra.”

—Sam, cariño, ¿quieres hacer el favor de bajar? — repitió su madre.

—Sí. — gritó desde su habitación, aguantando las lágrimas todo lo que pudo. Igualmente estas se empezaron a escapar lentamente de sus ojos.

<<Joder, y ahora qué. Mierda>>. Se quedó bloqueada, inmóvil, agarrada al teléfono con fuerza. Sabía que aquel momento podía llegar, aunque durante meses pensó que podía confiar en él. De nuevo la realidad le demostró que no era así. Pero ya era tarde y sabía que Timmy no dudaría en hacer rodar el video hasta que acabara en manos de sus nuevos compañeros. Como si no tuviera ya suficiente con ser la nueva, con ser la rara y lidiar con toda la nueva vida que sus padres querían construir.

La mano le temblaba. Dejó, con cierta dificultad, el teléfono sobre la mesilla de noche. Escuchó a su madre subir las escaleras. Se levantó de golpe, secó sus lágrimas y abrió la puerta a tiempo. Su madre estaba ahora a mitad de

camino de su habitación.

—¿Se puede saber qué...— su expresión cambió de inmediato. — ¿Estás bien, cariño?

<<Mierda, mierda y mierda y mil veces mierda>>

—Sí, mamá —mintió. —Solo estoy algo cansada.

Charlotte decidió no insistir. Levantó su mano, la colocó sobre el brazo de Samantha durante un breve instante, la miró, apretó la mano y giró sobre sus pies despacio. Las dos bajaron lentamente las escaleras. Charlotte creía poder oír caer las lágrimas de su hija, empujadas junto con pequeños suspiros. Mientras tanto Sam volvió a limpiar las gotas que asomaban, con la manga de su camiseta.

Sentados alrededor de la mesa de madera del salón, con unas sillas de plástico y un cojín por silla, madre e hija se quedaron calladas. Samantha rozaba con el tenedor la piel del pescado sin decidirse a dar bocado. Agachaba la cabeza, consciente de las miradas de su madre.

—¿Qué tal el cole Judd? — preguntó Mason. — ¿Has hecho muchos amigos? O quizás algún noviete, ¿eh?

La pequeña enrojeció. Samanta no pudo criticar aquella frase de su padre, estaba demasiado metida en sus propios pensamientos. << ¿Cómo voy a salir de esto? Un puto video porno, ¡joder a quién se le ocurre! Encima al hijo de puta no se le ve la cara, pero a mí sí. >>. Las imágenes del video casero le pasaban fugaces por la cabeza.

—¡Papá!, pero qué dices. Aj, a mí eso no me gusta, hombre.

—Pero amiguitos sí, ¿no cariño? — continuó su padre.

—Bueno... sí... —dijo la pequeña inclinando la cabeza de un lado a otro. — He conocido a un par de chicas que me caen bien.

—Eso está muy bien. Poco a poco conocerás mucha gente nueva con la que

estarás bien, ya verás.

<<Ojalá jamás le hubiera conocido. Maldito desgraciado>>. Las lágrimas de Sam, amenazaban con salir, sin su consentimiento. <<Luchas cada puto día por encontrar la luz, por no hundirte, por estar mejor y luego esto...>>

—¿Y tú, Sam?

<<Dios mío, hoy ha sido horrible. Tengo ganas de llorar todo el rato. Quiero morirme>>

—Sam.

<<Ojalá estuviera muerta yo, y no la pobre niña de las noticias. Seguro que así dejaría de sufrir y de dar problemas a todo el mundo. Y seguro que así ese cabrón dejaría de buscarme para hacerme daño.>>

—Samantha, cariño, contesta a tu padre. — dijo Charlotte, evitando levantar la voz y dándole un golpecito con el pie, bajo la mesa.

—¡Cómo si eso importara! — dijo al fin. Los ojos se enrojecieron, igual que su cara. —¡Todos son unos putos niñatos que tengo que aguantar porque mis padres han decidido cambiar de vida y olvidar que mi madre es una cornuda y mi padre un cabrón que se acuesta con crías! — se levantó de golpe tirando su plato contra la mesa.

Todos quedaron en silencio. Silencio que se rompió con la sonora bofetada de su madre.

Samantha subió rápidamente las escaleras, abrió la puerta de su habitación hasta que esta dio un sonoro golpe contra la pared, agarró su mochila, bajó de nuevo las escaleras y, sin mirar a ninguno de sus familiares, cruzó la puerta de entrada cerrándola de un portazo.

Madeline

Una docena de croissants dulces y otra de los pequeñitos que son salados. Seguro que les parecerá demasiado, pensaba mientras caminaba con las dos bandejas en la mano.

Por fin había llegado la tarde de chicas. Solo tenía que subir a casa, dejar un par de cosas listas y subir a casa de Karly a la hora exacta, para evitar tener que ver al capullo de Connor y, sobre todo, que él me viera a mí. Lo último que quería era que la pobre muchacha tuviera más problemas. ¡Ay, si me viera mi pobre Jeremiah con la cabeza gacha por culpa de un hombre!

Llegué al portal, amontoné las bandejas sobre mi brazo, mientras rebuscaba en el bolso abierto, las malditas y diminutas llaves que se escabullen entre los bolsillos interiores del fantástico, deslizante y pesado bolso, regalo de mis hijos el día de la madre. Parecía que se escondieran, las jodidas. Aunque si intentaba sacar las gafas o el monedero también me ocurría. Algo que no pasaba con la botella de agua de medio litro.

Mientras buscaba las escurridizas llaves, que ya rozaba con la yema de los dedos, la puerta del portal se abrió. Chirrió como de costumbre. Los pisos eran del año en el que nació Jesucristo. Tan solo cambiaba la pintura de tanto en tanto y se reponían los cristales rotos. Eso ocurría más veces que la pintura, por desgracia.

Levanté la vista, moviendo, sin querer, las dos bandejas que servirían de merienda para mis niñas, como las llamaba yo. Mis niñas revolucionarias. Y ahí estaba. Pasó a toda prisa por mi lado. Casi me hace perder el equilibrio. Me apoyé en el marco de la puerta que se cerró también rápidamente y casi me pilla la mano.

El imbécil de Connor. No parecía ni haberse dado cuenta de que estaba ahí. Recuerdo que me pareció extraño verle salir así de rápido y, además, a

aquellas horas. Todavía no era la hora en la que el cabrón dejaba tranquila a su mujer.

Se me erizó la piel. Un frío me subió por la espalda. Intranquila, me agarré a las bandejas y subí rápido por las escaleras. A veces cogía el ascensor, otras hacía caso a mi médico y a la televisión e intentaba hacer todo lo que podía, tanto con la dieta como con lo de subir andando siempre que puedas. Pero aquel día ni tan siquiera tuve tiempo de pensar. Subí a toda prisa directa a la casa de Karly. Me quedé ahí, tras la puerta, con la mano sobre el timbre, sin llegar a darle.

La respiración se me aceleró, no sé si por subir así de deprisa o por lo preocupada que estaba. Sin embargo al acercarme escuché el sonido de un armario al cerrar su puerta. Pegué la cara a la puerta de entrada, esperando oír algo más y deseando que lo que acababa de oír fuera real. Escuché un estornudo. Menos mal, era ella. Suspiré, me pasé la mano por la cara, que recuerdo que tenía algo sudada, y volví a bajar a mi piso.

Mientras bajaba me temblaban las piernas. Abrí la puerta y me di cuenta que no recordaba cómo o en qué momento había conseguido agarrar las llaves. Pero ya estaba dentro. Cerré con mucho cuidado y me apoyé con la espalda en la puerta. Dejé las bandejas en el mueble del recibidor, junto con las llaves, las que olvidé meter en el bolso de inmediato. Suspiré de nuevo y fui flechada al sofá. Al sentarme, nada más posar la cabeza sobre el reposacabezas y estirar las piernas, la escuché llorar. No era la primera vez que la oía llorar. Sabía que lo había pasado realmente mal. Sin embargo, cuando ocurría, no sabía qué hacer. Sabía cuándo llamar a la policía, por supuesto, sabía que al escuchar las bofetadas o golpes no debía dudar, y no lo hacía, pero cuando la oía llorar a solas, nunca sabía cómo actuar. Una parte de mí, me decía que subiera a darle un abrazo, otra que esperara a que soltara su dolor en la intimidad, otra que agarrara el teléfono sin pensarlo.

En aquel momento, mientras la oía, yo misma me puse a llorar. Las dos llorábamos por lo mismo, una en un piso y la otra en el otro, pero la razón era la misma. Me hundí. Tanto mi corazón se hundía como mi cuerpo se hundía en el sofá.

—Jeremiah, amor mío —dije entre susurros y llanto — no puedo con esto. ¿Qué debo hacer? ¿qué debo hacer, vida mía? ¿Qué harías tú? — me tapé la cara con ambas manos mientras me dejaba llevar por mi propio dolor. — ¿Por qué te tuviste que marchar? ¿Por qué no puedes estar aquí, conmigo? Te necesito muchísimo. Esto sigue doliendo igual que el primer día. Esta niña tiene la edad de nuestra hija, Jeremy, y no sé qué debo hacer. Siento que le estoy fallando y que te estoy fallando a ti también. — el dolor crecía y crecía, parecía que fuera a acabar conmigo en aquel mismo instante. No fue así y lamenté que mi corazón no se parara en aquel momento. Lamenté no poderme marchar con el amor de mi vida. — No voy a poder aguantar más tiempo sin tenerte aquí, sin abrazarte. Me muero de pena cada día y sin embargo sigo aquí, sin ti y me siento una estúpida por no saber qué hacer con Karly. Ella no quiere venir conmigo. A vivir, me refiero. — empecé a mover las manos como si le tuviera ahí, ahí mismo sentado frente a mí. — No quiere apartarse de ese energúmeno que tiene por marido. Está condenada y todavía no se da cuenta. Un día de estos la va a matar y para entonces será tarde. No podré hacer nada. Ella se marchará, tan joven y yo aquí sin ti, tendré que quedarme cumpliendo mi propia condena. Dios mío.

El teléfono sonó. Parecía oírlo como en un sueño. No recuerdo cuánto tiempo tardé en reaccionar y descolgarlo, pero sé que sonó varias veces antes de que lo hiciera.

—Hola. —me alegré tanto de escuchar su voz. Sin poderlo evitar reí con nerviosismo mientras las últimas lágrimas se desplazaban con rapidez, desde los ojos hasta la barbilla.

—Hola pequeña. —sé que no era pequeña, pero así la llamaba en alguna ocasión. —¿Estás bien? — menuda pregunta tan estúpida.

—No ando muy fina. —Karly intentaba quitarle hierro al asunto, pero yo sabía la verdad, o casi toda la verdad. —¿Puedes subir a mi casa? Por favor.

—Claro que sí. Ahora mismo subo. —por supuesto no le dije que la había oído llorar.

—Gracias Madi.

—No tienes por qué dármelas. —solo esperaba que no se hubiera dado cuenta de que estaba llorando. Menuda tontería, ¿verdad?

Al llegar al recibidor me miré al espejo, suspiré, recogí las dos bandejas y como acto reflejo, deslicé las llaves hasta el bolsillo de mi chaqueta. Al cerrar la puerta me quedé mirando las escaleras. Tan rápido que había subido antes y ahora, todos aquellos escalones, me parecían un mundo. Miré las bandejas de croissants y subí.

La puerta estaba entreabierta. No había luz en el interior de su piso. Vi su silueta más allá del recibidor. Entré y cerré tras de mí. Karly se giró y la seguí hasta el salón. Allí sí había luz. La luz del sol se colaba por las dos grandes ventanas.

—Siéntate donde quieras. Y gracias por venir. —se inclinó para hacer lo mismo. Vi que le costaba sentarse.

—Ya te dije que no tenías por qué darm... — entonces le vi la cara.

Tenía un ojo amoratado y medio cerrado. Ambos estaban rojos. En la comisura del labio, que ahora estaba hinchado y azulado, tenía un corte bastante grande.

— Dios mío. Mi niña. ¿Qué te ha hecho? — me tapé la boca. Ella agachó la cabeza, escondiéndose bajo mechones húmedos de su cabello.

No sabía qué decir. Me quedé helada. Tocaba suavemente su rodilla para calmarla.

Calores repentinos empezaron a emerger desde el interior de mi

estómago. Quería matarle, quería abrazar a Karly, quería llevármela lejos, pero no podía apenas moverme. No sé qué era lo que me ocurría. Los músculos se me engarrotaron. Incluso Karly lo debió notar en su pierna. Finalmente, y todavía no sé cómo, arranqué por fin.

—Tienes que marcharte. Tienes que dejarle. — lo dije con un susurro y apretando los dientes e intentando que no se notara lo enfadada que estaba. No con ella, por supuesto. — Ven a mi casa. Quédate conmigo. Estaremos las dos solas y te protegeré. No dejaré que este...— callé aquel insulto que quería salir a voz en grito y empujaba en mi garganta. — no dejaré que nadie te haga daño. Y si no quieres venir a mi casa porque está cerca de él, pues llamo a mi hija o a quien sea para que tengas un lugar a dónde ir. Pero no te quedes aquí más tiempo, muchacha. Te va a matar. — esperé su reacción. Ella agachó la cabeza. Parecía querer desaparecer.

—Lo sé. — rompió a llorar. Sus gemidos me desgarraban. Estuvo así varios minutos antes de poder continuar. Se encogía cada vez más, no sé si por el dolor físico o el que no es físico pero la mataba por igual. — Me marcharé, te lo prometo. Pero tendré que hacerlo muy lejos, donde no pueda encontrarme. Si me marcho y se entera... si me encuentra... — de nuevo las lágrimas salieron con fuerza por sus maltrechos ojos. Pobre mujer.

—Coge una maleta o mochila. Pon tu ropa y lo que necesites. Nos vamos. — me levanté esperando que hiciera lo mismo. No lo hizo. Me agarró de la manga y empujó casi sin fuerza, para que me volviera a sentar.

—Por favor Madi, escúchame. — la miré con impotencia. Ella me miró con tristeza, con los ojos esperando comprensión. — Lo haré, de verdad. He de hablar con mi hermano y...

—No esperes. Te va a matar. Sabes que estás en peligro, no lo dejes para otro día, Karly, no lo hagas. — volví a aflojar mi voz, como si el desgraciado pudiera oír lo que nos decíamos.

—Sí. Ya lo sé. Mira — aquello tenía pinta de que estaba buscando una forma de obtener más tiempo. Tiempo de reacción, tiempo para pensar, pero todo aquel tiempo podía acabar con su vida. — lo haré hoy. Me marcharé, esta misma tarde.

—Para no volver.

—Para no volver. —repitió. —Solo deja que me relaje un poco. Me duele todo. No tengo fuerzas para nada. — me miró de soslayo. Sabía lo que estaba a punto de decirle, así que continuó antes de que yo lo hiciera. — Tranquila. Cuando ocurre esto, él se va y tarda en volver. Quizás no vuelva en días. Lo hace mucho. Se va por ahí para olvidarse. Probablemente se vaya con sus amigos y lo más seguro que se quede en casa de uno esta noche o un par de noches. No sufras. —me dijo, esta vez era ella la que puso su mano en mi rodilla. Era muy extraño que fuera ella quien dijera esta frase, la que quería que yo me calmase. Lo sé, no tenía sentido, pero aquel día nada tenía sentido. No la culpé.

—Llamaré a las chicas. Dejaremos nuestro encuentro para otro momento y otro lugar, ¿vale? — rebusqué en el bolso el teléfono móvil. Puso sus manos sobre las mías, parándome de nuevo. ¡Qué impotencia sentía! Cerré los ojos con fuerza, suspiré y la miré, esperando su respuesta.

—Tranquila, Madi. No hace falta. Ya no importa. No me importa que me vean así. Quiero verlas, aunque sea por última vez. Quizás sea la última y quiero despedirme. Después cogeré mis cosas y me marcharé. Te lo prometo.

Estaba a punto de echarme a llorar, pero el momento había llegado y se marcharía igualmente, así que no quise negarme, no podía, se lo debía. Saqué las manos del bolso, lo cerré y lo dejé sobre la mesa de centro.

—Está bien. — le dije. Qué iba a decir...

Todo sonaba bien. Sonaba a final, sonaba a paz y futura alegría. Qué equivocadas estábamos.

Ruth

Se le cerraban los ojos. Estaba en el sofá. Entre lo poco que veía, estaba ella. Aria miraba la televisión, en cambio Ruth no aguantaba y acabó quedándose dormida.

Se despertó con el sonido de los mensajes en el teléfono. Era Samantha. Se le había olvidado por completo. Sin llegar a leer el mensaje entero, se levantó a toda prisa, tocó el bolsillo del pantalón para cerciorarse que llevaba las llaves, cogió la bandolera y salió disparada hacia el coche.

Fue más rápido de lo que debiera hacia la esquina de la casa de Samantha. Procuraba no acercarse demasiado para que no las vieran juntas. Cualquiera podría pensar cosas no reales e indecentes de una profesora lesbiana con su alumna en el coche. Nada más lejos de la realidad, por supuesto, pero los tiempos en los que vivían no eran seguros para ciertas cosas y las dos lo sabían.

Paró en doble fila, miró su teléfono y la puerta del copiloto se abrió. No la había visto antes de llegar y se asustó un poco. Samantha se sentó y cerró rápidamente y con fuerza la puerta del coche. Nada más mirarla ya sabía que Sam estaba regular. Miraba hacia el horizonte y aún no la había saludado. <<Algo va mal>>. Esperó a que dijera qué ocurría. No dijo nada, rompió a llorar.

—Sam, ¿qué ocurre? — con la mano en el hombro esperó su respuesta.

—Todo esto es una mierda. Estoy harta de todo. — se secó con rabia las lágrimas que caían. — El insti es una mierda y encima mi ex... es un hijo de puta. — volvió a arrancar a llorar. — No puedo con todo. En mi casa todos parecen extraños y fuera de mi casa todos parecen imbéciles. — miró a Ruth y rectificó con media sonrisa forzada. — Tú no, claro. Lo siento, me refería a...

—Tranquila, lo sé.

—Soy una estúpida. — se secó las lágrimas de nuevo. Agachó la cabeza rozando las yemas de los dedos entre sí, para hacer desaparecer aquellas gotas que quemaban.

—Sabes que no. Eres la chica más inteligente, simpática y empática de todo el instituto. Tú no tienes culpa de lo que te ocurre. — le dijo. Samantha no contestó. — Oye, ¿quieres que vayamos a tomar algo o dar una vuelta? Puedo avisar a Madi o Karly y hoy no ir, si así estás más tranquila.

—No. —fue tajante en su respuesta, la miró con algo parecido a la ira. Ruth no se sorprendió. La entendía más de lo que ella hubiera imaginado. — No voy a dejar que todo esto me pueda. No con vosotras. No voy a dejar lo único que me hace feliz en esta jodida vida. Estoy harta de los jodidos “momentos malos”, así que no voy a quitarme de los buenos por culpa de todos los atontados que me rodean.

Ruth sonrió. Ver aquella muchacha con tanta fuerza en su interior, dominar las situaciones más complejas como el río que se lleva toda rama y piedra que su fuerza puede llevarse, le recordaba a Aria y a ella misma. Si Samantha hubiera sido su hija, estaría más que orgullosa de tener una hija con aquel empuje, aquella vitalidad y aquella inteligencia. Sin duda la admiraba, aunque Samantha no lo supiera.

—Entonces vamos. —giró la llave del vehículo. — Eres una tía de puta madre y podrás con todo. Lo sé. — la miró. — Confía en mí, ya verás que todo empezará a cambiar y podrás estar mejor de lo que crees.

Sam la miró. No la creía, pero agradeció sus palabras.

Llamaron a la puerta y, esta vez, fue Madeleine quien abrió. Con la cara de preocupación y los ojos enrojecidos, estaba claro que algo pasaba. Miraron a Madi, se miraron entre ellas, Madi se apartó ligeramente y entraron las tres juntas hasta el comedor.

El pasillo estaba muy oscuro. La luz venía del comedor y se podía ver desde la mitad del largo pasillo. Nada más cruzar, las pupilas y los párpados de ambas se contrajeron con la luz del sol, en contraste con toda la oscuridad de la entrada. Karly estaba sentada en el sofá. Se levantó con dificultad. Al estar a contraluz no vieron, en un principio, sus heridas. Nada más acercarse unos pasos pudieron ver los golpes recibidos. Las dos pararon sus pasos. Se quedaron heladas y quietas. El miedo les recorrió el cuerpo antes que la rabia. —¿Ha sido él? — Ruth se sorprendió al ver a Samantha tomar la iniciativa. Ella ni tan siquiera sabía qué decir.

Karly asintió con la cabeza. Las manos le temblaban. Las tenía ambas juntas, ejerciendo una pequeña presión. En cuanto respondió, Sam apretó las suyas en forma de puño. Las mandíbulas también pues, de soslayo, Ruth pudo ver la contracción en sus mejillas.

—Karly, tienes que...

—Lo sé. — la interrumpió. — Lo haré hoy mismo.

—¿Ahora? — Sam miró en derredor para ver la maleta o maletas que suponía, estaban ya preparadas. No vio nada fuera de lo común. La miró a ella.

—Después de charlar un rato. Necesito reponerme. — al mirar las caras de sus compañeras, continuó. — No vendrá ahora. Lo más seguro es que ni tan siquiera venga en días. Quiero relajarme. Me acabo de tomar un par de ibuprofenos, necesito reponerme.

—Debes ir a urgencias y después denunciarle, Karly. — fue sorprendente, de nuevo, que fuera Sam, la más pequeña, la que indicara los pasos que debía seguir, siendo la primera en decirlo.

—Lo haré todo. No te preocupes pequeña. Solo quiero descansar un poco antes de todo el lío. — se acercó a Sam, acarició su brazo y miró también a Ruth, la que se había quedado sin habla.

Sam la abrazó con cuidado. No quería soltarla. Ruth todavía estaba

paralizada. Fue Karly, la que tomó la iniciativa, la agarró de la mano y la movió lentamente hacia el sofá.

Los croissants quedaron intactos, sobre la mesa. Ninguna de ellas tenía hambre. Las palabras salían con dificultad y obligadas. Hasta que empezaron a estar, algo más relajadas.

—¿Qué tal la escuela? — Karly preguntó a Sam, apoyando la mano sobre sus costillas.

—Pues es una mierda la verdad. — le soltó. —Un grupito me odia. Encima hoy he tenido noticias de mi ex. — agachó ligeramente la cabeza, volvió a apretar los puños. — el muy cabrón me está chantajeando con un vídeo. Ya sabes... un vídeo de esos... — movió la mano — Y mis padres están más preocupados por sus cosas que por sus hijas. — Miró a Madi, la única que estaba sentada en la butaca, pegada al sofá. — Mi padre, hace unos años, le hizo los cuernos a mi madre, con una cría. Bueno, era mayor de edad, por supuesto, pero debía tener veintiuno o veintidós. Él creía que yo no me enteraría, pero escuchaba a mi madre llorar todos los días. Un día la escuché hablar por teléfono. A nosotras nos dicen que nos hemos mudado por un trabajo nuevo, pero yo sé que no es así. Nos mudamos porque mi padre es un cabrón y mi madre pensó que si cambiábamos de ciudad, las cosas mejorarían. — se rio ligeramente, con sarcasmo. — Está claro que eso no va a cambiar. Me enteré que no era la primera vez que lo hacía. Y ahora nos tenemos que joder todos por su culpa.

—Ya. Lo siento. —le contestó Karly.

—Tranquila. Ruth me ayuda todo lo que puede. Sobre todo en la escuela. — miró a Ruth y los ojos se le iluminaron. — si no fuera por ella. Si no fuera por vosotras.

Ruth sonrió.

—A tu edad yo era una chica que no tenía ni la mitad de inteligencia que tú. No tenía muchos amigos, más bien pocos. Se enteraron de que me gustaban las chicas y durante año y medio me estuvieron haciendo la vida imposible. Solo una chica de mi instituto me ayudó. Su madre la trataba fatal, lo recuerdo porque me contaba las cosas que le hacía y yo flipaba.

Un día salió echando leches de su casa, con la moto. Se supone que venía hacia mi casa. Solíamos quedar todos los días a la misma hora, así que, como más o menos era esa hora, pues lo supuse, aunque no lo puedo saber a ciencia cierta. La estaba esperando, pero no llegó. — abrió las manos dando por sentado que se había entendido lo que decía. Igualmente tuvo la necesidad de terminar. — Se mató en la carretera.

—Joder. Pobre muchacha. — dijo Madi.

—Se me hizo muy difícil, la verdad. — miró a Sam. — Pero tiempo después, todo mejoró. Parecía que me cuidara desde alguna parte. Siempre que me ocurría algo bueno, miraba al cielo, y eso que sabéis que yo no creo en nada, pero igualmente, no sé por qué, miraba hacia arriba y decía “Gracias Hermana”. Sí, entre las dos nos llamábamos así, hermana, como si fuéramos hermanas de sangre. En el instituto todo mejoró y tiempo después conocí a Aria. Aún hoy en día, a veces, miro hacia arriba y sigo diciendo “Gracias Hermana”.

A Madi le asomaban las lágrimas.

—Perdonar. Es que estoy algo...

—No hay nada que perdonar, mujer. Aquí, ahora, somos libres de ser y hacer lo que queramos. Este es nuestro castillo. — la animó Karly. — Y el malvado ogro, hoy no vendrá, así que podemos decir y hacer sin problemas. Además, hablar ayuda mucho.

Karly

Me duele todo, aun así, tenerlas aquí conmigo, en este momento, me da vida. No solo vida, también tranquilidad. Es cierto que me cuesta olvidar los ojos que hace un momento me miraban con rabia, con odio.

Ya no sé qué es lo que ha ocurrido esta vez para que se ponga así. No lo recuerdo. Solo recuerdo la lluvia de golpes. Siempre empieza con un empujón, luego me agarra o de la ropa o del cuello, esta vez ha sido lo segundo; después cae la primera bofetada y, en cuanto ve que el cuerpo me falla o los ojos denotan miedo — algo normal — entonces da otra bofetada más fuerte seguida de un puñetazo en el estómago.

Me he caído al suelo con uno de sus golpes. He sentido una patada en las costillas, dolía muchísimo. Un golpe en la cabeza, supongo que otra patada y ya no recuerdo más. Escuché la puerta de la entrada y eso me despertó. Me ha costó muchísimo levantarme del suelo, pero más o menos he ido haciendo.

Estaba todo revuelto.

Ya está. No quiero pensar más. Es difícil. He de sacarlo de mi cabeza. Menos mal que las chicas están aquí conmigo. Supongo que tardará uno o dos días en volver. Siempre lo hace. Entonces me marcharé. Otra vez. Intentaré no volver. Sí, no volveré. No le contestaré a ningún mensaje. Esta vez sí. Tiene que ser la definitiva. Basta. No quiero pensar más.

—¿Y tú, Madi? ¿cómo estás y qué te cuentas? Ya que estamos con historias difíciles de explicar, ¿cuál es la tuya? — la miro con una sonrisa. Solo espero que no note lo que me duele el cuerpo. Qué barbaridad. Tendría que ir a urgencias, sí. Me da miedo salir de casa y me da miedo quedarme, me da miedo moverme, me da miedo todo, joder. — Recuerdo que me contabas historias que habías vivido con tu marido y por lo que sé era muy bueno. Supongo que le debes echar de menos. — avanzo el brazo para tocarla, pero el

dolor agudo en las costillas me impide llegar a su rodilla. Joder, ¿y si me ha roto alguna costilla? Espero que no.

—De él no tengo nada malo que decir. Era un cielo. La verdad es que no he conocido jamás a un hombre como él. Y sí, le echo de menos. Tengo a mis hijos, pero no es lo mismo, ya sabes... O sea, ellos son muy importantes, claro está. Es solo que el amor es distinto. ¿Sabéis?

Yo no quería tener hijos, no me arrepiento, pero de jovencita no quería. Fue Jeremiah el que me convenció. A él le encantaban los niños. Quería una familia con muchos hijos. Además siempre los trató como reyes. Se ocupaba tanto o más que yo. — los ojos se empezaban a humedecer. — A parte, era mi mejor amigo.

—¿Cómo os conocisteis? — le pregunta Sam. Esta chiquilla siempre tan atenta y con una mente curiosa. Es bárbaro lo lista que es. Además es muy independiente y fuerte. Tengo algo de envidia sana. Ojalá tuviera la mitad de fuerza que ella. Aunque ahora mismo, doy gracias de no caer desmayada del dolor.

—Nada mágico, pequeña. — le contesta. — Éramos del mismo barrio. Él era muy amigo de un hermano mío, que ya murió. Es extraño, pero murió de lo mismo que él, solo que muchos años antes.

La verdad es que no tengo nada emocionante que contar. Mi vida ha sido tranquila. A veces pienso que me ha faltado algo de aventura. Aunque he de decir que he sido muy feliz. La pena es que ahora no puedo compartir mi vida con mi Jeremy. Pero le hablo. Le hablo mucho. Como tú con tu amiga hermana. — se dirigía a Ruth. — Yo sí soy creyente y le hablo como si estuviera conmigo. Sé que puede sonar raro...

Madi pasa la mirada por todas nosotras y, prácticamente como si fuera una coreografía, negamos todas con la cabeza. Tras unos segundos de silencio, llega mi turno. No lo esperaba tan rápido.

—¿Y tú, Karly? — de nuevo es Sam la que pregunta. Nada más decir eso ya tengo miedo a lo que pueda preguntar después — ¿puedo preguntarte algo? — Uff, eso suena a algo difícil. Asiento intentado mantener la media sonrisa. Mi cara debe ser un poema ahora mismo. —¿Por qué él? ¿Por qué no le has dejado? — veo como Ruth se la queda mirando y le da un toque con la mano, disimuladamente.

—No importa. — digo mirando a Ruth, levantando poco a poco la mano. — Es normal que preguntes. Además no eres la primera. — rio un poco, toso después. Madi y Ruth me miran con preocupación, Sam con curiosidad. — Es difícil de explicar. Él... él antes no era así. Era un cielo. Le conocí en una discoteca. Bailemos toda la noche. Le di mi número de teléfono y hablemos durante días. — es extraño pero sonrío, esta vez de verdad, al recordar. — Era muy atento. Siempre me preguntaba cómo estaba y qué hacía y si quería que se pasase por mi casa, a recogerme. En aquel entonces vivía con mis padres. Era un encanto. Y muy guapo.

Perdonad, he de ir al baño. — las ganas de hacer pis me han venido de golpe, como si no fuera capaz de aguantarme.

—Espera, te acompaño. — Madi se levanta conmigo y me ayuda a salir del sofá. Dios mío, qué dolor.

Me acompaña hasta el lavabo, al lado de mi habitación. Ella se ha quedado fuera, esperando en la habitación de matrimonio. Escucho algún ruido que no distingo. Mientras tanto, el pis me arde. No se lo diré a nadie o me dirán que vaya a urgencias. Sí, lo haré, pero ahora solo quiero volver a sentarme en el sofá. Diría incluso de tumbarme en la cama, pero no quiero dejarlas ahí.

Tiro de la cadena y, al salir, Madi me espera. Para mi sorpresa ha sacado la maleta que tengo bajo la cama. Me mira. La miro y miro la maleta. La vuelvo a mirar.

—Cariño, no esperes. — se acerca a mí. — pon cuatro cosas y vente a mi

casa. Cuando estés preparada márchate a dónde tú quieras. Yo te ayudaré. Te acompañaré a donde sea. No tengas miedo, pero no esperes. — lo dice entre susurros, quizás para que no nos oigan las chicas.

—Está bien. — le digo al fin. Me agacho para recoger la maleta. Ella me para, la agarra y la sube a la cama. — Gracias. — le digo.

Abro la maleta, me giro y abro el armario. Pongo un par de chaquetillas, unas camisetas con la percha incluida, tres pantalones. Vacío el cajón de la ropa interior. Por último, escojo la fotografía enmarcada que tengo sobre la mesilla de noche. Todo listo, más o menos.

Estamos volviendo al comedor.

Escucho las llaves.

Mierda, las llaves. Mierda la puerta. Miro hacia la entrada. Mierda no puede ser. Miro a Madi con miedo. El cuerpo me tiembla de arriba abajo. Veo a las chicas desde donde estoy. Se han levantado del sofá. No puedo moverme. La puerta se abre. Madi me agarra el brazo con fuerza.

—Tranquila. — me dice.

Puedo notar el ambiente enrarecido. El miedo en las cuatro.

La puerta está completamente abierta. Se gira para cerrarla. Es él. Se vuelve a girar. Nos mira.

Quedamos los tres, Madi, Connor y yo, inmóviles durante unos segundos. Él agacha la cabeza, como hace siempre. Parece arrepentido. Eso es buena señal. No me hará nada si ellas están en casa. Jamás me ha tocado delante de nadie.

Se acerca. Camina lento con la cabeza gacha. Las dos nos quedamos heladas cuando pasa por nuestro lado. Puedo notar la ira de Madi. Me aprieta más el brazo, le aprieto con la mano. Intento que no se vuelva hacia él, que no le diga nada. Veo a las chicas, paradas ante el sofá. Las miro e intento hacer

señales con la mirada. Levanto la mano para que no hagan nada. No sé si me han entendido o no, pero se quedan paralizadas. Claro está que sus ojos podrían fulminar a cualquiera.

Nos acercamos a la entrada del comedor. Continúo con la mano alzada.

—Por favor. — el susurro casi ni se oye. Creo que si no lo han oído, por lo menos han visto mis labios.

Parece que nada sucede.

Escucho la puerta de su salita o despacho o habitación para él, llamémosle como sea. Al poco tiempo, aún no he llegado al sofá y la vuelvo a oír. Ahora le escucho caminar a la habitación de matrimonio. Estoy segura que se marchará pronto. Eso sí, yo también tendré que marcharme ya, porque delante de ellas no, pero cuando estemos a solas, voy a pagar muy caro haber traído a mis amigas a su casa.

Mierda. En mi cabeza aparece una imagen que me deja petrificada. La maleta. Mierda. Demasiado tarde.

—¡Hija de puta! — todas le escuchamos.

Samantha

Tras la parálisis inicial, por sorpresa, miedo y lo inesperado de todo aquello, se acercó a Madi y Karly, dejando atrás el sofá. Entonces le escuchó. Todas le escucharon. Un grandísimo y agresivo — hija de puta —. El miedo la invadió por completo. Ninguna de ellas sabía qué hacer. La protegerían, eso estaba claro, pero cómo. Mucho tiempo no tuvo para pensarlo. Cuando ya estaba muy cerca de sus dos compañeras, le vio en la puerta. Venía a toda prisa. Todas se movilizaron, se pusieron ante Karly, dejándola atrás, apartada por muchos brazos. << ¿Y ahora qué?>>

—¡Grandísima hija de puta! — gritaba mientras sus rápidas zancadas le llevaban justo donde todas estaban como una piña.

—¡No la toques! — vociferó Sam. Él la apartó con un empujón, cogiéndola de la mandíbula y empujándola hacia el lado izquierdo.

Ruth, con los puños en alto, los soltó sobre el brazo de Connor. No consiguió pararle. Madi se agarró a Karly, de espaldas a Connor. La agarró como una leona protegiendo a su cría. Forcejeó con ella, intentando sacar a Karly de sus brazos. Sam y Ruth se tiraron a por él. Connor agarró a Karly por el pelo y la tumbó de golpe. Madi le dio una patada con todas sus fuerzas, pero este le devolvió el golpe con el codo. Madi cayó desplomada.

Pegó con rabia a su pareja un par de veces, mientras Ruth y Sam intentaban sostenerle. Entonces agarró del cuello a Karly. Connor agachaba la cabeza y se puso sobre Karly para zafarse de los golpes de sus compañeras.

—¡Déjala! ¡Suéltala cabrón! — gritaba Sam.

Ruth no chilló, solo golpeaba lo más fuerte que podía. No conseguía sacarle de encima de su mujer, su amiga. Se giró para buscar algo con lo que golpearle en la cabeza. A su vez, alguien apartó a Sam, agarrándola por la cintura y tirando de ella hacia arriba. No entendía nada. Notaba a su alrededor,

apenas escuchaba, solo gritaba y no entendió qué sucedía hasta que lo vio con sus propios ojos.

Madi la había sacado del tumulto. Prácticamente se subió en la espalda de Connor. Este empezó a gritar y soltó a Karly.

Le había apuñalado. Madi llevaba en su mano un cuchillo de grandes dimensiones y lo clavó una y otra vez en la espalda de Connor.

Connor se giró. Agarró del brazo a Madi. Todas estaban paralizadas. Connor no dejaba de sangrar. Al forcejear Connor y Madi, las chicas sí se acercaron a ellos. Sujetaron a Connor como pudieron, pero este le quitó el cuchillo a Madi. Todo pasó muy rápido. Apenas se dieron cuenta de quién llevaba el cuchillo en aquel momento. Hasta que Connor se lo clavó en el estómago a Madi.

Madi se dobló hacia adelante.

Al sacar el cuchillo se desplomó de rodillas contra el suelo. Connor movió el brazo empuñando el cuchillo y cortó a Sam en la mano y parte del antebrazo. Esta se apartó por un momento. Se tapó como pudo la herida. Madi volvió a levantarse y esta vez Connor se lo clavó entre la clavícula y el pecho. Al sacar de nuevo el cuchillo, ninguna supo cómo, Madi logró arrebatarse el cuchillo.

Una detrás de otra, las puñaladas llovían sobre el cuerpo de Connor. Gimió y paralizado acabó cayendo al suelo, donde le asestó el último de los golpes. Fue en el cuello. Después de este, Connor ya no se movía.

La imagen era espeluznante. El suelo estaba impregnado en sangre. Connor estaba tumbado sobre todo aquel líquido rojo, que anteriormente, pertenecía a su cuerpo. Pero no era el único. Madi también estaba, en aquel momento, en el suelo.

—¡Madi! — gritó Ruth, abalanzándose sobre su amiga. —¡Madi, Madi,

Madeleine! — posó ambas manos en la herida del pecho. Parecía que respiraba, aunque ninguna de ellas lo sabía con exactitud. Ruth no era capaz de apretar el corte, pues le temblaban muchísimo las manos.

—¡Madi! — esta vez fue Sam la que se acercó. Apartó, con mimo, las manos de su amiga y profesora. Tapo con fuerza la herida. —Dios mío. ¡Llamad a alguien! ¡Llamad a urgencias! — la sangre del brazo y mano de Sam, se mezclaba con la de Madi. —Tranquila, tranquila, todo saldrá bien. — Madeleine abrió los ojos. — Madi. Madi mírame. Mírame, no cierres los ojos. ¡JODER! — gritó, mirando si alguna de ellas estaba con el teléfono en la mano.

Así era, Ruth ya estaba llamando. Karly estaba en pie, mirando el cuerpo inerte de su marido. Pasó la mirada hacia el cuerpo de su amiga. Se puso las manos en la cabeza. No podía ser. Aquello no podía estar pasando. Nada de lo que veía parecía real, más bien parecía una película de terror, siendo ella una actriz, dejando su cuerpo real a un lado.

—Madi. — susurró Karly. El cuerpo no le respondía. Ya no notaba el dolor, sin embargo el miedo se había comido lo poco que quedaba de comprensión para aquel día.

Las puntas del cabello de Sam se enrojecieron. Absorbían la sangre de ambas. Los ojos querían salir de sus órbitas, el pulso se le aceleró. Afortunadamente Madeleine todavía la miraba. Pero no por mucho tiempo. En cuestión de segundos, cerró de nuevo los ojos.

—¡Madi, Madi, AYUDA! — el grito podía oírse desde lejos.

—Están de camino. Aguanta Madi. — Ruth le dio pequeños golpecitos con la palma de la mano en la cara de Madeleine, intentando que despertara.

En alguna ocasión, Madi abría los ojos, pero estos parecía que le pesaran y volvía a cerrarlos. Karly salió de su letargo y se acercó a ellas. Se agachó y agarró con fuerza la mano de Madeleine.

—Por favor, Dios mío, no te vayas. — arrancó a llorar con fuerza. Madeleine pareció oírla, pues volvió a abrir los ojos.

—Amiga. Hermana. —aquellas dos palabras parecían dolerle, sin embargo forzó media sonrisa. Fue lo único que Madi consiguió decir. Mantuvo los ojos abiertos durante unos minutos. Miraba hacia arriba. Después las miró a ellas. Parecía no estar, parecía no ver, pero estaba viva y eso era lo único que importaba.

Aquel día, fue el día más extraño y doloroso de sus vidas. Después de todo, después de tener fijado en sus mentes la sangre, el dolor y la desesperación, tuvieron que testificar ante la policía.

Lo contaron todo, sin olvidar detalle alguno. Ya se veían todas en la cárcel pero, para su sorpresa, no fue así, pues lo único que habían hecho era protegerse entre ellas. La que asestó los golpes con el cuchillo en la mano fue Madi. Ahora Madi era la única que no podía testificar.

Volvieron a quedar. Caminaban lentamente. Los ojos empapados en lágrimas, pero las cabezas las llevaban altas. Estaban cogidas las unas a las otras por los brazos, en forma de jarras. Sonaban las botas de Sam, sin tacón, sobre el suelo húmedo. El negro cubría sus cuerpos, el blanco aparecía en sus manos. La caminata era larga, algo que agradecieron. Estuvieron calladas el resto del camino. Habían pasado cinco meses y medio, pero el recorrido lo hacían todas las semanas.

Al llegar los suspiros recorrieron sus cuerpos, de una a la otra, prácticamente como si estuviera ensayado, solo que no lo estaba. Karly fue la primera. Se agachó, besó la rosa blanca que tenía en su mano. La olió después. Se acercó más y la posó sobre la tapa del panteón. Ahí estaban sus nombres, Madeleine y

Jeremiah Brown. Al dejar la rosa, dijo susurrando:

—Gracias Hermana.

Ruth fue la siguiente. Se agarró a su rosa blanca. No quería soltarla. Le pasaba siempre. Soltarla suponía soltar, una semana más, a su amiga. Sabía que debía hacerlo, pero le costaba. Aun así, acabó besando la flor y posándola en la tapa, al lado de la de Karly, formando lo que parecía el principio de un abanico. Se levantó, miró sus nombres. Las lágrimas apenas la dejaban respirar.

—Gracias Hermana.

Sam las escuchó a ambas. Rompió a llorar en cuanto escuchó a Karly y no dejó de hacerlo en ningún momento. Abrazó su flor, rozó sus pétalos con mimo. Se agachó del todo, quedando de rodillas, manchándose el pantalón. Se encogió ligeramente por el dolor. Cuando estuvo lista, soltó la rosa, al lado de la de sus compañeras, cerrando el abanico hecho de flores.

—Gracias Hermana. — dijo entre pequeños gemidos.

Pasaron unos minutos ante la tumba, sin decir nada. Después, volvieron a cogerse, tal y como antes lo habían hecho y desanduvieron el camino. Poco a poco.

El cielo estaba nublado, con poca luz, parecía que las nubes también estuvieran tristes y amenazaran con cubrir sus cuerpos de lágrimas y pena.

Caminando entre todas aquellas tumbas, iban derechas a la salida del cementerio. No obstante, antes de llegar, pasaron al lado de la tumba, de aquel que le quitó la vida a su amiga. Ninguna miró, ninguna hizo mención, ni tan siquiera sus brazos se tensaron. Tan solo elevaron sus barbillas y continuaron hasta la gran puerta del cementerio.

Madeleine

Os vi. No sé ni cómo ni por qué, pero ahí estabais. Vi las rosas, os vi a vosotras y sobre todo os escuché. Me pareció hermoso.

Yo sí he sido creyente en vida. Quizás me encontraba de camino al cielo. Tranquilas, no sufráis, él está conmigo. También lo estuvo en aquel momento. Jeremiah también os vio.

Quizás sea el cielo desde donde os logré ver, quizás simplemente estaba en vuestros corazones y es por eso por lo que tuve voz. No lo supe y supongo que no lo sabré, pero en aquel momento, tanto yo como Jeremy, os respondimos. Os abracemos con sigilo. Prometí estar cerca de vosotras y sobre todo, daros las gracias, mis amigas, mis hermanas.

Perdida

Menuda mierda de día. ¿Podría ser peor? Despedida, avergonzada y, encima, perdida en mitad de vete tú a saber dónde. Y por si fuera poco un mensajito en el móvil...Adivino de quién... ¡Por Dios, más problemas no!

En cuanto llegue a casa, si es que encuentro el camino, me voy a meter en la cama y juro no salir en tres días. ¡Ni para comer! No me vendrá mal perder un par de kilos. Aunque de la depresión que me está cogiendo soy capaz de perder veinte de golpe.

Este camino me está matando. Tengo el sol en el cogote. Hace un calor de mil demonios. La carretera, vacía, el horizonte parece un desierto. Voy con la maldita botellita para la gasolina. ¡A quién se le ocurre no mirar cuánto quedaba! Pero bueno, no importa, hasta el coche me miente. Siempre pone la aguja en un lugar y luego, de golpe, ¡ala!, parada hasta que encuentre una gasolinera o algún camionero o viajante que no tenga pinta de psicópata, ni nada parecido. ¡Qué necia! ¿Puede haber en la Tierra alguien con tan poca suerte en un mismo día?

Sí, el teléfono. No lo he olvidado. Puedo usarlo cuando quiera. El único problema es que tengo el seguro caducado, por si fuera poco, así que nada de asistencia en carretera. Y ¿a quién llamo? ¿A mi ex? ¿A mis padres? Justo ayer estuve hablando con mi padre y me dejó claro que no me sacaría de más apuros. Tengo que conseguirlo yo solita.

Aun así, el teléfono vuelve a vibrar y le echo un vistazo al smartphone. Ahí está su WhatsApp a la espera de que lo lea. Lo tengo como Marcab. Sí, sí, de Marcos cabrón. Eso, en comparación con todo lo que he vivido con él, es poco, créeme. El peor ex de todos los ex que tengo. Bueno, solo tengo dos, pero él es el peor sin duda.

El teléfono apenas quiere responder a mis dedos regordetes, llenitos

de sudor. Tapo con la otra mano para ver mejor. ¡Madre mía qué calor! Tengo el pelo mojado por mi propio sudor. Miro al horizonte. ¡Dios, un putito desierto! Ante la desesperanza, vuelvo a mirar el teléfono.

“XQ no me respondes. Solo quiero eso, q me respondas. Necesito hablar contigo. Después te dejaré en paz para siempre.”

Quizá no sea una mala idea, por una vez, responder. Aunque sea para salir del desierto. Mientras lo pienso dejo caer la mano hasta que reposa el teléfono en mi pierna derecha. Con la otra intento hacer una visera en la frente para tapar el sol.

Me queman los brazos. Salgo de la carretera, hacia la tierra seca. Intento encontrar un árbol o lo que sea que me dé una tregua. Me duele la cabeza de tanto fruncir el ceño. Podría haber cogido el agua del coche...

Lo único que encuentro es un grupito de piedras con las que tropiezo. Caigo de bruces contra el suelo. Al levantarme miro mi brazo, lleno de rascadas por las que empieza a salir sangre. El teléfono está bien. ¡Malditas piedras, maldito desierto, maldito coche, maldito trabajo, maldito exnovio y maldita mi mala orientación!

Decido sentarme en una de las piedras traicioneras. La que creo más grande, aunque no estoy del todo segura. Ya no estoy segura de nada.

Estoy mareada. No sé si por el golpe o por el calor. Levanto el teléfono, lo desbloqueo, miro la pantalla y lo vuelvo a bloquear. Como tonta me quedo mirando la botella vacía. La agarro, me levanto y sigo caminando dejando atrás la carretera.

No conozco el lugar en exceso, pero seguro que tiene que haber alguna casa o gasolinera. El calor es insoportable. Miro al cielo. Algunas nubes y justo ahora, también algunas gotas. ¡Menos mal! Quizá eso me refresque un poco.

Debo estar más mareada de lo que creía. Noto la lluvia en mis brazos y parece como si tuviera color azulado y pica un poco. Será mi propio sudor o el

guarrazo que me acabo de dar.

Camina que caminarás. Llueve un poco más, pero el calor es intenso. Saco la lengua, a ver si se me refresca el gaznate. Lo único que consigo es agua salada. Maldito sudor que se cuele en la boca.

El cielo ahora está negro. Parece de noche. Creo que he visto algo o alguien a unos pasos. Me seco los ojos, que también empiezan a picar. Nada. Nada de nada. Todo desierto. En menudo lío me acabo de meter. Empieza a ser hora de llamar a alguien.

Vuelvo a desbloquear el teléfono. Voy directamente a contactos para llamar, no sé a quién, pero para llamar. El agua cae en la pantalla e intento taparla lo mejor que puedo. Hago un escudo con mi propio pelo y la mano izquierda, mientras que con la derecha deslizo el dedo. Mi cuello se queja al agacharme. Lo dejo estar y salgo de la libreta de direcciones y teléfonos. Voy a WhatsApp. El último mensaje es el de mi querido ex. Digo querido, se entiende el sarcasmo, ¿no? Leo de nuevo su mensaje. Tiro hacia atrás y leo las pocas palabras que escribió malhumorado, seguro que borracho, hará solo unas horas. ¿Le llamo? ¿Le pongo un mensaje? Toda idea me parece estúpida. Miro al horizonte. Lluvia como si callera el mar en mi cara y la nada ante mis ojos. Vale, sí, le escribo, a ver qué dice.

“Hola. No quería molestar y tampoco quiero problemas, ¿vale? Pero creo que necesito tu ayuda. Estoy perdida en... la carretera. —miro hacia atrás— bueno... no lo sé exactamente. Te envío la ubicación. Por favor, ven a buscarme.”

Esperaré a qué conteste. Depende de lo que lea, haré una cosa u otra. Ojalá hubiera un árbol o una cabaña o algo, joder.

Guardo el teléfono en el bolsillo de atrás de mis tejanos. Lo tengo en vibración, así que me enteraré si contesta. ¡Venga, a seguir caminando! ¡Pisando fuerte la tierra mojada! Si todo me ha salido mal, ya es hora de que

empiece a venir lo bueno.

Lo bueno no ha llegado. Llevo dos putas horas caminando. Ya no sé dónde está la carretera, ni mi coche. Sigue lloviendo, menos que antes. Los ojos me fallan. He visto algo parecido a figuras humanas. ¿Estaré enloqueciendo? A lo mejor me falta agua.

Saco el teléfono, me siento en el suelo. Qué raro, Marcab no me ha contestado. ¡Ostras! No le ha llegado el mensaje, todavía. ¡Mierda, mierda! Pues no me queda otra. Llamo a mi padre. Lo tengo en favoritos, en mitad de la pantalla del teléfono. Le doy a llamar. Esperando. Esperando. Em... Esperand... No da señal. ¡Joder! Miro la cobertura. Me pica la palma de la mano y me la rasco con el pantalón. Miro la batería. Todo OK. Pues nada... Llamo a mi madre. Esperando. Esperando. Joder tampoco. Mierda. Pues llamo a Marcos.

Nadie contesta. Me levanto y al hacerlo me mareo. Oh, oh, como me ocurra algo aquí, no me encuentran hasta... ¿hasta el juicio final?

Ep, ahora sí he visto a alguien. ¿Ha desaparecido ante mis ojos? ¡Joder qué miedo! Ya está, me estoy volviendo paranoica. Loca. Ya verás tú...

He notado algo a mi lado. Me giro, me vuelvo a girar. ¡Dios me pica todo! No me queda otra que seguir hacia delante. ¿Pero qué es hacia delante? ¿estaré dando vueltas en círculo? Un poco tarde, pero miro el teléfono de nuevo. Yo qué sé. ¿Google Maps? ¿Google Earth? No puedo entrar en la web. ¿Lo tengo todo y no tengo nada? ¿Pero qué mierda es esta?

Levanto la vista del teléfono. Me da la sensación que el agua hace formas extrañas. O... pero... No, no joder, he visto una persona. ¡Dios os juro que he visto a alguien! Parecía... parecía una persona vestida como... ¿un samurái? O algo parecido. Ya no está. ¿Qué me está pasando? El suelo se mueve. Me siento otra vez. ¿será la tensión o el azúcar? Me sujeto la cabeza con ambas

manos. Estoy completamente empapada. Abro la botella destinada a la gasolina. La dejo a mi lado. Cierro los ojos.

Me despierto. No sé en qué momento me he tumbado. Levantarme me está costando. Me duele muchísimo toda la espalda y las piernas. Los brazos los tengo medio dormidos. Los muevo un poco y me paso las manos por las piernas. Sin querer, tiro la botella para gasolina. La agarro a tiempo, antes de derramar el agua. La levanto para beber. ¡No! ¿Qué coño? Es de color azul verdoso. Nunca había visto algo así. El color es muy extraño. Casi fosforito.

Miro al cielo. Todo oscuro. Ya no llueve. ¿Y ahora qué?

Con mucha dificultad y dolor en todo el cuerpo, la botella casi llena de ese líquido que se suponía que debía ser agua de lluvia, camino poco a poco. Las fuerzas también me quieren abandonar. Menudo día.

La tierra bajo mis pies, sigue mojada. Me recuerda al mar, solo que sin mar, por supuesto. Parece arena mojada. Me agacho. Con el dedo índice dibujo un par de círculos, luego un corazón. Me rio sola. Si he de volverme loca, supongo que hoy es un buen día para empezar.

Me levanto y retiro la tierra mojada de mi dedo. Saco el teléfono. Nada. Nadie ha contestado. Hago el suspiro más largo de la historia. Me paso la mano por la frente. ¿Tendré fiebre? Sigo caminando. Caminando por caminar. Entonces miro hacia el suelo. Pone algo. Me acerco.

“No sigas. Vuelve. Peligro”

Está escrito en la tierra-arena mojada. Miro a mi alrededor. No hay nadie. Un escalofrío me sube desde los tobillos hasta la nuca. Toco el mensaje escrito en la tierra. Parece reciente, como si alguien lo hubiera puesto ahora mismo. ¿Me estará tomando el pelo alguna persona de por aquí? Si es así, eso significa que no estoy sola. Parece mentira pero el mensaje me anima. Debo estar cerca de alguna casa. Seguro que lo ha escrito un niño o un adulto con ganas de asustar

un poquito.

Corro hacia adelante. La botella la he dejado en el suelo, al lado del mensaje. No me he dado cuenta hasta ahora, que ya llevo unas cuantas zancadas. Supongo que no es importante. Allá donde tengan gasolina, también tendrán una puta botella. Sigo corriendo a todo lo que dan mis pies y mis fuerzas. Al final me paro en seco. Me apoyo en mis rodillas. Casi no me llega el aire. Huele a... ¿azufre? Me estoy mareando.

Acabo de ver algo. Esta vez me quedaré quieta, mirando fijamente. Entorno los ojos. El sudor recorre la frente, pasa al lado de mis ojos y se desliza por las mejillas hasta la barbilla. Ahí es donde se acumulan las gotas y las seco con la camiseta. A su vez me seco las manos en la misma camiseta. Sería capaz de quedarme en pelotas con el calor que hace. Pero si alguien ha escrito un mensaje en la tierra mientras descansaba, entonces hay alguien jugando al escondite y no me apetece quedarme en tetas, como comprenderás.

Mirando fijamente empiezo a ver como una especie de sombra o forma se está creando delante de mí. ¿Cuánto tiempo llevo ya en el desierto? ¿Tan fácil es crear un espejismo o empezar a delirar? Parece un holograma. Ya veo unos pies. Veo una armadura extraña. Pego un grito gigantesco y echo de nuevo a correr, esta vez muerta de miedo. Aunque sea mi imaginación, eso no quita que dé un miedo tremendo.

Corro mirando hacia atrás. Formas se levantan de la nada. No soy capaz de ver nada más que eso. Gracias al miedo y a los ojos que quieren quedarse atrás y no sé si les convenceré para que vuelvan a su sitio, me pego una hostia grande. Acabo de chocar. Ahora sí; miro hacia el frente. Es una vaya. ¿Cómo no la he visto?

Miro a ambos lados, ahora atrás, ahora a la valla. A unos pasos de mi espalda, se levanta una especie de soldado extraño. Se forma con una mezcla entre sólida y etérea. Sí, sin duda es un soldado, pero parece salido de otro tiempo

o de otro lugar. Ante mí, la santa valla. Empujo a mis pies para que caminen lo más rápido posible, sin dejar de mirar al ser que se crea ante mis estupefactos ojos salidos.

Recorro la valla, pegada a ella, tocándola en todo momento, buscando una puerta, un agujero o lo que sea que pueda encontrar para salir de ahí. La mano izquierda se engancha con algo que no logro ver, puesto que sigo a paso rápido. La piel se levanta de la palma, supongo que estoy sangrando. Ahora eso es lo que menos importa.

Otro soldado se alza de la nada. Este es oscuro. La armadura es negra y se asemeja más a un soldado típico de las películas. Sale como otro holograma. Llego, incluso, a mirar hacia el suelo, allá donde pisan estos soldados. No hay nada. Ningún aparato que pueda crear aquellas imágenes. Parecen tan reales. Entre hipidos, lágrimas con miedo a salir, las manos me tiemblan, continúo a paso rápido. Los soldados no se acercan a mí, afortunadamente.

Un nuevo soldado se crea, esta vez más cerca de la valla que recorro. Lleva unas botas que parecen de acero o metal negro. Rodilleras sobre un pantalón que no logro ver bien. Aparto la cara, me echo a correr. La valla no tiene ningún lugar por el que pueda colarme. Miro a la cima de esta. Parece no tener fin y si esta valla lo tuviera, no logro verlo.

El aparente holograma ya va por mitad del cuerpo del soldado, quizá un poco más de la mitad. En sus manos porta un arma que parece pesada. Yo no entiendo de armas, así que no sabría decir si es de este tiempo o de otro, futuro posiblemente. Parece...una... ¿una uzi se llama? Bueno no lo sé, pero lo sujetan dos manos demasiado estrechas para ser reales. Son largas, largas y estrechas. No me apunta con el arma. Los tres soldados están quietos como estatuas. Sin embargo mi cuerpo no deja de temblar. La mucosidad se acumula en la nariz. En la frente ya no cabe una sola gota más de sudor. Me pican los brazos. Me duelen las manos.

Estoy suficientemente lejos de los soldados. Hombre, si disparan no, claro. Pero desde esta distancia el miedo amaina. Pego la espalda a la imponente e irreal valla. Las rodillas se doblan después de los movimientos casi espasmódicos que me han acompañado durante, ¿segundos, minutos, días? Al final, mi cuerpo se rinde y caigo sobre mis talones. No puedo dejar de mirar a las tres figuras. Aunque están lejos, puedo verles todavía. Si me desmayo del miedo, dejaría de verles. Ojalá me desmayara.

Toco la tierra a mis pies, escondidos bajo el resto del cuerpo. Clavo las pocas uñas que tengo, buscando un estímulo suficientemente fuerte como para que me saque de ahí durante unos segundos. Jadeo falta de aire. Intento tragar saliva. No sé si lo consigo o no. Mis labios parecen agrietados, me duelen. Muevo la cabeza enérgicamente de izquierda a derecha. Quién sabe, quizá estoy soñando. Por si acaso, intento despertarme, incluso me abofeteo la cara. Total no creo que mi cara pueda ponerse más roja de lo que debe estar ahora.

El teléfono. Lo saco del bolsillo, resbala de mis manos y cae a la tierra arenosa. Lo recojo y desbloqueo lo más rápido que puedo. Tan rápido que sin querer he apretado dos veces seguidas y se ha vuelto a bloquear. Vuelvo a desbloquearlo. Llamo a mi padre. No hay señal. La batería está a tope y la cobertura, milagrosamente, también. Por mucho que lo intento, saliendo de un teléfono y apretando al siguiente contacto, ninguno de ellos da señal. Las manos tiemblan cada vez más y se me vuelve a caer el teléfono. Me tapo la cara. Ahora sí, empiezo a llorar, como un niño perdido en mitad de sus propias pesadillas.

Las lágrimas caen en la tierra-arena. Destapo mis ojos llorosos. Me pican. Joder, todo me pica. Dios mío, solo quiero salir de aquí. Volver a mi casa. Volver a quejarme de mi ex y sus mensajes. Llorar por haber perdido el trabajo. Llorar por un bajón repentino. Llorar por una película. Pero salir de esta puta pesadilla. Y yo que pensaba que no podía ocurrirme nada más...

No sé dónde está mi coche. Todo lo que veo me parece igual, exceptuando los hologramas armados y la valla sin fin.

Miro al suelo. Otro mensaje.

“¡Vete ya! Corre.”

Me levanto lentamente sin dejar de mirar a los soldados. Se acercan. A paso lento, pero ahora sí se acercan. Joder, y tanto que voy a correr.

Recojo el teléfono, lo raro es que recuerde hacerlo. Echo a correr hacia donde creo que estará la carretera. Pensaba que mi cuerpo no podría ponerse de nuevo en pie y sin embargo parece que me haya tomado treinta cafés y una docena de bebidas energéticas. Las piernas van a toda pastilla, más rápidas que mi mente. No miro hacia atrás en ningún momento. No hace falta. No quiero ver a los soldados y sin embargo estos empiezan a materializarse delante de mí. ¿Son los mismos? ¿Son otros? ¡Qué más da! ¡Corre!

Desvío el camino hacia mi derecha. Sigo corriendo sin mirarles. Hacia donde me dirijo, veo algo. ¿Será otro soldado o soldados? Veo una forma extraña. Dos formas extrañas. Paro en seco. Miro hacia derecha e izquierda, atrás y adelante, escruto lo más rápido que puedo, el camino que puedo seguir. Me da tiempo de un último vistazo a las dos figuras nuevas. Son... son perros, o parecen perros. No me quedo a comprobarlo.

Corro, alejándome de todo lo que se aparece ante mí y la valla que dejo atrás. Escucho el primer sonido que llega desde hace... desde hace mucho, no sé cuánto, pero mucho. Reconozco una voz. No habla ni inglés ni castellano. Es otro idioma. No distingo cuál. La voz es intensa. Se escucha cada vez más y más fuerte. De repente noto una punzada en el tobillo. Un dolor agudo atraviesa el pie entero y, sin poderlo evitar, caigo desplomada.

Todo lo que he visto es extraño y aun así, no he visto lo más extraño de todo.

Una mujer, mujer soldado, si es que aquello puedo llamarlo mujer o humano,

recoge mi cuerpo del suelo. Estoy fuera de él. Sí, sí, fuera de mi cuerpo. Puedo verme a mí misma desmayada o muerta y ver a aquella mujer. Tiene el pelo azul y muy muy largo, recogido en una coleta que le llega hasta casi los tobillos. Su armadura es de un marrón muy oscuro. Lleva un cuchillo colgado al cuello y un arma de fuego pegada a su cintura.

La mujer de pelo azul, camina con mi cuerpo. Miro en derredor y veo al resto de soldados. Deben ser unos ocho o nueve, sin contar dos perros y lo que parece un caballo extraño y enfadado. Todos estos se quedan quietos. Estáticos. Maniqués extraños. Nosotras continuamos andando. ¿Hacia dónde me lleva? En realidad lleva mi cuerpo y el yo, que ha quedado fuera, le sigue.

Ya veo la carretera. La mujer de pelo azul deja mi cuerpo, no demasiado cerca del coche, que puedo reconocer más allá de donde ahora estamos. Miro mi cuerpo, la miro a ella. En todo el camino no hemos cruzado una sola palabra. Sigo sin comprender nada, pero ya es hora de intentar hablar con ella. Me pregunto si hablará mi idioma o me entenderá.

—¿Estoy muerta? — por fin sale algo de la boca. Desde luego, si estoy muerta, esto es de todo menos el paraíso.

Me está mirando. ¡Joder, qué ojos! Son de un color amarillento, extraño y con unas pupilas semejantes a las de un gato. No me contesta, solo me mira. Ya me imaginaba que no hablaría mi idioma.

—No. —me acaba de contestar.

Es lo único que dice. Gira su cabeza, se queda quieta mirando a la carretera.

¿Cómo no voy a estar muerta? Si ves tu cuerpo solo puede ser porque estés muerto, ¿no? También puede ser un sueño, claro. Pues será eso, entonces.

Las dos nos quedamos mirando a la carretera vacía. Me agacho para mirar mi cuerpo. Cuando lo hago escucho el sonido inconfundible de un vehículo en el asfalto. Me levanto. Escucho sirenas y mucho ruido de fondo. Entorno los

ojos. El primer coche que veo es el de mi ex. Por fin.

Dos enormes ambulancias, uno de bomberos y la policía, acompañan a mi ex. Todos salen del coche. Están viendo mi cuerpo. Marcos se echa las manos a la cabeza y se aparta sollozando. Los tengo delante. ¿Es qué no me ven?

—¿No me ven? — le pregunto a la mujer de pelo azul.

—No.

¡Joder cuánto habla la chavala!

De una de las dos ambulancias, sacan una camilla. Un sanitario toca mi cuello. Se gira hacia mi ex. No le dice nada, pero solo con aquella mirada, Marcos se tira al suelo y llora a todo pulmón.

Tras unas maniobras, inútiles, de reanimación, meten mi cuerpo en una bolsa y se acabó.

—¿Esto es un sueño?

—No. — me contesta.

—¿Por qué no me ven?

—Todavía no estás preparada.

—¿Entonces estoy muerta y mi espíritu vagará eternamente por aquí?

La mujer de pelo azul me mira y se ríe. ¿De qué coño se ríe? ¿qué cojones está pasando?

—Sígueme. — me dice. Y cualquiera no la sigue...— Te informé. Te dije que debías marcharte.

—¿Tú escribías en la arena? Y... ¿cómo puedo no estar muerta si me acaban de meter en una bolsa para cadáveres?

—Te enterrarán, incinerarán o lo que sea que hagan con el cuerpo. Pero no estás muerta.

—Eso... eso es imposible. — no tengo valor a levantarle la voz a esta tiarrona.

—No deberías haber llegado hasta aquí. No deberías haber tocado la valla, ni haber visto a mis compañeros. — su espalda está completamente recta. Mirada hacia el frente. Es muy alta. No tengo idea de qué cojones decirle. — ahora formas parte del proyecto.

—¿Proyecto?

—Ya me has oído. Podrás salir cuando quieras, pero jamás fuera de los límites que te enseñaré. Todo llegará. También te enseñaré a salir del edificio sin cruzar ninguna puerta. Deberás ser paciente. Ahora no puedes hacer nada más que esperar y quedarte con nosotros. Serás una soldado más. Como tú, ya tenemos muchos.

—Pero... ¿qué edificio? ¿qué proyecto? ¿qué es todo esto? — ahora sí me salen las palabras con rabia.

La mujer se gira, se me queda mirando y, te aseguro, que me vuelvo pequeña y toda palabra elevada se convierte en un susurro que tiene prohibido salir de la boca. Se vuelve a girar. Levanta la mano y dice unas palabras que no entiendo. No parece ningún idioma de la Tierra. O quizá sí, no tengo ni idea, tampoco es que los conozca todos, aunque ahora todo esto ya no importa.

Ante nosotras, después de sus palabras, se empieza a levantar un enorme edificio. Está tras la valla de antes. Es gigante. No veo ni su principio ni su fin. Cuando me quiero dar cuenta, y no sé cómo, estoy ante una puerta. No demasiado grande, en comparación con el resto del edificio.

—Bienvenida a Lurtochk. Bienvenida también al proyecto Z1669H.

—¿Qué...? Es un proyecto... militar o del gobierno?

—Veo que empiezas a entender. Más o menos. Tú solo sígueme.

La puerta se abre sola. De repente estoy sentada en mitad de aquel lugar extraño. En mitad de un edificio que antes no veía, tras una valla que no podía ser real.

Alrededor tengo a una multitud de soldados extraños.

El tesoro de Cloe

Andrew

La cabaña desprendía olor a humedad. Era increíble que los muebles todavía estuvieran en pie, aunque por poco tiempo ya que a Jan se le había ocurrido llenar la casa de muebles de diseño.

Era antigua pero preciosa a su vez. Solitaria como ninguna otra de las casas de alrededor, tenía sin duda un toque místico. Zoe estuvo mirando otras antes que aquella, pero ninguna tan alejada de todo y mucho menos por un precio tan ínfimo.

Lo que le interesaba era pasar un tiempo alejada de todo, intentando retomar su vida. Estaba segura que esta vez lo conseguiría. Aquel lugar era perfecto para intentarlo.

A Andrew le encantó nada más entrar. Como hijo único tenía el privilegio de escoger la habitación que más le convenciera. Apostaba a que sus padres le dejarían incluso la de matrimonio. Pero al subir hasta la tercera planta encontró su lugar.

¡La buhardilla era perfecta! Desde ahí podía ver parte del acantilado.

Cloe

Cloe no dejaba de llorar. Con sus brazos en alto le pedía a su madre que la alzase para sentirse protegida. Su cabello rubio parecía el de las espigas del trigo que, a su vez, contrastaba con el azul de sus ojos, de película de ficción. Beth decidió sin embargo apartarla, meterla en su habitación y cerrar la puerta. Ya se veían las luces del 4x4 de .

Beth se dirigió a la puerta de la entrada.

Nada más salir del coche, Luke se acercó a paso rápido a la puerta y empujó a Beth hacia dentro de la casa, haciéndola tropezar con la mesa de la entrada.

Se sentó en el sofá y su expresión cambió al oír a Cloe.

—Haz que se calle.

—Solo es una niña. Luke, no podemos seguir así.

—¡Tendrías que haber cerrado las piernas puta! Cuido de ti y de tu hija cuando no tendría por qué hacerlo. Lo único que quiero es llegar a casa y que me deje todo el mundo en paz. Así que haz que se calle de una puta vez o lo haré yo.

—Sí. —agachó la cabeza.

Beth sacó a Cloe de la habitación y la llevó fuera de casa.

Andrew

La primera noche llovía y Andrew tenía un poco de miedo, aunque sabía que sus padres estaban justo debajo de su habitación y que, solo con dar un golpecito, uno de los dos vendría. Esa era la promesa cuanto menos.

Sin poder dormir decidió encender la lamparita que había en el escritorio. Tenía ganas de cambiar todos esos muebles y sobre todo, dejar de dormir en un colchón en el suelo.

Miró a su alrededor y le pareció una gran idea haberse quedado con aquel rincón como habitación. Aunque los muebles eran un poco anticuados aquel lugar parecía un refugio, solo para él. Rozó con la yema de sus dedos el escritorio, se sentó y se puso a dibujar.

Tras un tiempo sentado, con el culo algo dolorido de la rígida silla de madera y sin saber cómo continuar su dibujo empezó a jugar con el lápiz, hasta que este se le cayó al suelo.

Por un momento se preocupó muchísimo por si hubiera despertado a sus padres. Se quedó en silencio, sin moverse. No se oían pasos, ni el interruptor de la habitación de sus padres. Nada.

Levantó la silla, la dejó a un lado. Se agachó a recoger el lápiz, metió medio cuerpo bajo el escritorio. Ahí estaba. Estiró el brazo para agarrarlo. Y entonces vio enganchado al escritorio un trozo de papel. Estiró de él, pero se dio cuenta de que no estaba exactamente enganchado al escritorio, sino más bien a la pared. Estaba metido en un pequeño hueco que había entre la pared y el escritorio. Se puso de pie y movió cuidadosamente la mesa.

En la pared encontró un trozo del papel que cubría la habitación, que estaba levantado y la hoja sobresalía de ahí. Arrancó lo que pudo del papel, muy lentamente para no hacer ruido. Levantó un listón suelto y encontró un libro, una libreta y algunas hojas.

Cloe

—Cloe escúchame pequeña. ¿Recuerdas que al principio de esos árboles había una mesa y unas sillas de madera cerca de la cabaña de trabajo de papá? — le dijo su madre señalando al bosque cercano a la casa —Ve a por la bici y quédate allí un rato cariño.

—Sí.

Nada más subir a la bicicleta, oyó a elevar el tono de su voz, cada vez más rápido y cada vez más alto hasta convertirse en gritos. Cloe empezó a pedalear con fuerza.

Una vez sentada en la mesa de madera escribió en una libreta que usaba de diario.

Papá ha vuelto a casa enfadado. El otro día me tiró la sopa que le hizo mamá en el vestido rojo que me había comprado. Quemaba mucho, papá tenía razón, por eso la tiró. Me gustaría que no fuera tan malo con nosotras, aunque él dice que lo hace para ayudarnos a que seamos fuertes y mejores personas.

Mamá dice que cuando yo era pequeña, él nos estuvo cuidando. Yo sé que no es mi papá, pero mamá dice que le hemos de querer como si lo fuera y llamarle papá aunque no lo sea.

Se hacía de noche y Cloe emprendió su viaje de vuelta. Cuando llegó, todo estaba en silencio. Luke se había marchado y su madre estaba tumbada en el sofá.

Cloe se dirigió a la cocina y sacó de la nevera un Brik de leche. Sin saber por qué exactamente, comenzó a llorar.

Andrew

Andrew llevaba dos noches leyendo la libreta que encontró. Para él era como si viviera una historia secreta. No sabía quién era Cloe y por qué escribía con tanto dolor. Probablemente era un diario o bien en su colegio le habían indicado que tenía que escribir un relato.

Desde las escaleras podía oler el desayuno. Sus tripas rugieron y aceleró el paso. Bajó las dos últimas de un solo salto.

—¿Quieres ir con papá a buscar los muebles? ¿O prefieres ayudarme a limpiar? — dijo su madre, poniendo la bandeja de galletas y la leche sobre la mesa.

—Quiero quedarme. ¿Podemos ir luego a jugar?

—Claro.

Después de haber paseado por toda la casa sin hacer amago de ayudar con la limpieza, por fin llegó el momento de salir a jugar. Agarró el manillar de su bicicleta con una mano y con la otra su mochila y se dirigió feliz a la puerta principal donde le esperaba su madre.

Ya en zona boscosa, cerca del merendero, se dedicó a dar vueltas con su bicicleta. Zoe miraba curiosa a su hijo y decidió relajarse y sacar un libro del bolso.

Se sentó en la mesa del merendero. Andrew empezaba a sentir sueño y aburrimiento a partes iguales. Miró con desánimo la gran mesa. Descubrió diferentes palabras escritas con algún utensilio similar a la navaja, en las patas y la tabla principal de la mesa. En una de ellas estaba escrito el nombre de Cloe en letras mayúsculas junto con el dibujo de una estrella.

Saltó con brío del banco para subir de nuevo su bicicleta. Una sonrisa

pícara se dibujó en su cara cuando descubrió otra estrella en el árbol donde tenía apoyada su bici.

Intentó mirar hacia el cielo cubierto por las ramas de los vastos árboles. Desvió sus ojos hacia su madre que se hallaba sentada en el banco que quedaba al otro lado de la mesa del merendero. Estaba sin duda distraída y Andrew supuso que no ocurriría nada si paseaba en la cercanía de donde se encontraban.

Pedaleó tan solo unos minutos hasta llegar a un montoncito de piedras. Alrededor de estas había tablas esparcidas por el suelo. Se agachó y recogió una de ellas y para su sorpresa volvió a encontrar otra estrella dibujada.

Cloe

Mamá me ha pedido que me quede cerca de la cabaña de papá. Me da miedo estar allí yo sola, pero lo haré por mamá. La última vez que me dijo que fuera, acabamos en el hospital. Había discutido con papá y cuando me marché se resbaló en la cocina y acabó con un brazo roto.

Mamá me quiere mucho y sufre por mí. Quiere que me haga mayor para poder ir al instituto de Iowa, pero yo no quiero ir porque está lejos y necesito cuidar de mami.

Ella no me lo dice, pero sé que está decepcionada, porque a veces hago enfadar a papá. Ayer la oía llorar por la noche. Debería haber ido a su habitación, pero no me dejan entrar a partir de las 9:00.

Dejó su diario detrás del escritorio, puso la tabla delante y movió el escritorio hasta que quedó tapado el agujero. Apagó la luz e intentó dormir.

Desde los huecos de su persiana se empezaba a reflejar las luces del vehículo de su padre. Era todavía de noche y se abrazó a su osito de peluche. Cerró fuertemente los ojos.

Se escuchó el portazo desde la tercera planta. Cloe se levantó, tocó de puntitas al suelo. Fue descalza poco a poco, abrió su puerta con sumo cuidado para no ser escuchada y bajó lentamente los escalones. Al llegar a la entrada del salón observó desde la oscuridad sin poder emitir ningún sonido, ni moverse ni un solo milímetro.

Andrew

Siguió cada piedra y tablón como si de una aventura se tratase. Quizás Cloe estaba enviándole algún mensaje. Quizás había en aquel pequeño bosque un tesoro por descubrir.

Entre los listones y diferentes desechos encontró un dibujo. Andrew reconoció enseguida quién era el autor. En la hoja de papel estaban dibujados una niña junto a una puerta dibujada en el suelo, o eso parecía; cuatro árboles y un sol un tanto desproporcionado. En el margen izquierdo estaba garabateado su nombre y una pequeña flecha que indicaba que el dibujo continuaba al otro lado de la hoja.

Al girarla por fin vio el mapa del tesoro que tanto buscaba.

Estaba señalado un camino, bordeado por varios árboles, una pequeña caseta en mitad de la hoja, dibujadas varias huellas y, detrás de la caseta, la misma puerta que había visto situada en el suelo del dibujo del otro lado de la hoja. Ahí era donde estaba marcada la X que lo conduciría hasta el tesoro que Cloe había guardado para que otro niño como él pudiera encontrarlo.

Sin embargo, delante de sus ojos solo veía árboles, pero ninguna cabaña. Muchos de ellos estaban grabados con una estrella. Quizás tan solo fuese la imaginación de una niña. Aun así, se montó en su bicicleta y pedaleó lentamente por los alrededores.

Cerca de él, solo distinguía piedras, tablones de madera y alguna que otra herramienta.

Andrew miraba de tanto en tanto hacia atrás para saber si su madre había dejado de leer. Aún distraída en su lectura Andrew sabía que disponía de algunos minutos. Volvió a mirar el dibujo que tenía arrugado en la mano. Suspiró fuertemente, no sería tarea fácil encontrar algo allí.

Sorteando todo lo que se encontraba en el suelo, por fin vio una anilla

de hierro tapada por las hojas de los árboles y bolsas de basura.

Retiró poco a poco lo que había encontrado, con cierto nerviosismo puesto que sabía que se encontraba cerca del tesoro. Retirados los desperdicios, vio una gran puerta doble. ¡Ahí estaba! Solo tenía que abrirla.

Cogió la anilla con sus dos manos y tiró hacia su propio cuerpo con todas sus fuerzas. No conseguía moverla. Tiró una segunda vez y podía oír como crujía la madera, pero por mucha fuerza que ejerciera esta no se abría. Se sentó entre la puerta y su bicicleta intentando averiguar la manera de abrirla y volvió a mirar el dibujo de Cloe.

Andrew se sobresaltó al oír pasos que se dirigían hasta él, al levantar la vista pudo comprobar que el sonido no provenía de su imaginación, sino que era su madre la que se acercaba.

—Cariño no te alejes tanto, todavía no nos conocemos mucho la zona y podrías perderte.

—Vale, mamá.

—¿Qué es esto? — preguntó su madre señalando la puerta.

—Es un tesoro. El tesoro de Cloe.

—¿Cómo?

—Mamá aquí dentro hay un tesoro, mira — Andrew levantó su brazo para enseñarle la hoja de papel que tenía en la mano.

Zoe se miró el dibujo que le había dado su hijo, sonrió y volvió a mirar a Andrew.

—Ya veo. —dijo con dulzura. —Si quieres podemos hacer una cosa. Mañana cuando vuelva Papá de trabajar le diremos que se acerque y le eche un vistazo y si viera el tesoro le diremos que te lo guarde solo para ti. Pero ahora empieza a oscurecer y será mejor que volvamos a casa antes de que no veamos ni nuestros propios pies, ¿te parece bien?

—Vale mamá.

Cloe

Mamá se ha quedado dormida en el sofá y papá la ha agarrado con los dos brazos para llevarla a descansar. Pero no se la ha llevado a la cama de arriba, sino que ha salido por la puerta y se la ha llevado hasta el cobertizo donde está la puerta en el suelo. A mamá no le gusta ese sitio porque dice que hay arañas y le dan miedo, pero no se ha quejado así que seguro que aún duerme. Cuando despierte se enfadará, pero no creo que le diga nada a papá.

Después de su último escrito y teniendo en cuenta la hora que era, decidió dejar su libreta y descansar.

Poco antes de que los primeros rayos del sol rozaran su ventana, Cloe ya estaba despierta.

La casa estaba vacía y, puesto que disponía de todo el tiempo del mundo al estar de vacaciones, se dirigió sin mucha prisa a la planta principal. Cogió algunas galletas de la cocina antes de salir y esta vez anduvo hasta el bosque.

Llegó exhausta y sin aliento y pensó que no había sido buena idea dirigirse hasta allí andando.

Rodeó la cabaña de trabajo de su padre y fue directa a la puerta que se encontraba en el suelo. Estaba entornada y pudo abrirla sin demasiada dificultad. Una vez abierta Cloe comprobó que no había luz, tan solo los primeros escalones se veían por la luz del día, que ya había salido.

Bajó poco a poco y sus piernas empezaron a temblar. Asomó un poco más su cabeza y llamó a su madre en vano. Nadie le contestó. El miedo empezaba a apoderarse de ella, pero aun así continuó descendiendo. Había llegado ya a los escalones más oscuros cuando decidió darse la vuelta y

volver a casa. Aquel lugar le daba demasiado miedo.

Subió más rápido de lo que había bajado, quería salir de allí cuanto antes y ya en los últimos peldaños antes de llegar a las dos puertas abiertas, vio la figura de lo que creía que era su padre, a contraluz.

Se podía distinguir su silueta. Cloe alzó los brazos y empezó a gimotear, pero Luke estaba más enfadado que nunca. La hizo detenerse y pasó una mano por su cabeza antes de decidir cerrar la puerta.

Cloe quedó a oscuras. Paralizada por el miedo, primeramente, no pudo articular ningún sonido. Después comenzó a emitir gritos desconsolados mientras lloraba y empezó a aporrear la puerta sin descanso. Los minutos pasaban, pero nadie la oía. ¿Por qué su padre la había dejado allí? Sabía que no podía entrar sin permiso en la cabaña de Luke, pero no quería quedarse allí encerrada.

Muerta de miedo no tuvo otra salida que bajar las escaleras e intentar encontrar a su madre, si es que continuaba allí.

Al llegar abajo sus pies se tropezaron con algo. Se agachó y buscó con sus manos aquello que la había hecho tropezar. Por fin había encontrado a Beth, podía distinguir el tacto de su pantalón. Cloe pensó que su madre todavía dormía y decidió acurrucarse junto a ella, mientras lloraba.

Las horas pasaban y el frío congelaba su cuerpo y suponía que también el de su madre puesto que los brazos estaban sumamente fríos. Pero no le importó, solo quería abrazarla. Solo había pasado un día y ya la echaba de menos.

Andrew

Zoe estaba en la cocina cuando llamaron al timbre. Al abrir la puerta vio a una mujer con el pelo rubio como los rayos del sol y unos ojos azules que desprendían vida. Todavía no conocían a muchas personas de aquella zona así que supuso que sería alguna mujer del pueblo.

—Buenos días — dijo Zoe.

—Buenos días.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Me llamo Amanda, pasaba por el pueblo y me dijeron que había alguien viviendo en casa de los Thomson.

—Sí. ¿La conozco de algo?

—No, no. Hace unos años vivía en el pueblo y tenía una amiga que venía a veranear aquí. Hace mucho que no se de ella y solo me pasaba para ver cómo había cambiado todo esto y poder despedirme de la casa que tantos buenos recuerdos me ha dado. Lo pasemos muy bien juntas. En unos días he de marcharme a Europa por trabajo y, si la cosa sale bien, ya no volveré. — se pausó un momento. Le cambió el semblante. —Quizás no tendría que haber venido, esto puede resultar un poco extraño para vosotros, lo siento no era mi intención.

—No tranquila, algunos hombres y mujeres del pueblo han venido a darnos la bienvenida. ¿Quiere pasar y le preparo un café?

—Está bien, muchas gracias.

Zoe avanzó hasta la cocina mientras su visita se acomodaba en el sofá del comedor.

Andrew bajó las escaleras y la vio sentada.

—Hola pequeño

No contestó, pero se acercó a la mujer. En su mano llevaba la libreta de la

que no había podido desprenderse desde que llegó.

—¿Cómo te llamas?

—Andrew.

—Qué nombre tan bonito Andrew. ¿Qué llevas en las manos? ¿Te gusta dibujar o escribir? A mí de pequeña me encantaba escribir. Hace tiempo que no lo hago, pero nunca es mal momento para volver a hacerlo, ¿verdad? Yo me llamo....

—Cloe. —Andrew extendió la libreta mostrándole el nombre en la tapa. — puedes llevártela es tuya, ya he encontrado el tesoro, aunque aún no he visto qué es, pero mi papá me ayudará.

—Muchas gracias Andrew. — Las lágrimas brotaron de sus ojos ahora enrojecidos. Las apartó, secándolas con la manga de su camiseta. Encorvó su espalda para más tarde levantarse y caminar hasta la puerta.

Zoe llegó con los cafés y miró a su hijo con cara de interrogación.

—¿Cariño has visto a la mujer que estaba aquí?

—Se ha marchado.

Cloe

Intentó despertar a su madre, pero nada de lo que hiciera funcionaba. El frío le entumecía las manos y la hacía temblar más incluso que el miedo. Pasó mucho tiempo, aunque no podía saber exactamente cuánto. Sabía que su padre tenía herramientas allí, con lo que tuvo la esperanza de poder encontrar una linterna.

Pasó la palma de su mano por cada una de las mesas, sorteando diferentes objetos que nada tenían que ver con una linterna. Rozando la pared encontró una especie de pulsador y, teniendo en cuenta su situación, no dudó ni por un momento en pulsarlo. Se activó una pequeña luz parecida a las luces de emergencia, pero emitía una luz tenue de color verde.

Con la poca luz que había conseguido, logró ver los distintos instrumentos que la rodeaban. Su madre continuaba tumbada, parecía no tener muy buena cara, pero la luz mitigó sus facciones y el color ya oscurecido de su piel. El olor era intenso, pero Cloe no supo descifrar de dónde provenía exactamente. En su mente todo aquel lugar era siniestro, maloliente y frío.

Tocó de nuevo el brazo de su madre, pero algo le decía que esta vez tampoco despertaría. Comenzó a llorar. Cada vez le costaba más respirar. Tenía que lograr salir de allí.

Buscó entre todos los objetos algo que la ayudara a salir. Escogió un destornillador para intentar forzar la puerta. Cada escalón que subía le retornaba un poco el aliento. Al llegar al último comenzó a introducir el destornillador por el hueco entre ambas partes de la puerta. Nada. Topaba con el pestillo, pero no conseguía romperlo.

Desde las grietas y el borde de la puerta distinguió la luz de un coche, probablemente el de su padre. Sacó rápidamente el destornillador y se apresuró a bajar las escaleras antes de que su padre abriera la puerta.

Por un momento pensó que la sacaría junto con su madre o bien les

traería algo para comer.

Oía el crujir de los peldaños en contacto con las botas de su padre.

Sin decir nada, se acercó a Cloe, levantó su mano y la golpeó. En ese momento todo sucedió muy rápido.

Luke levantó del suelo a su hijastra sujetándola por el cuello. Ella pegó patadas y arañó los brazos de su padrastro. Levantó la mano con el destornillador y empezó a intentar clavarlo en los brazos de Luke. En ese momento Luke la tumbó bruscamente en el suelo.

Cuando Cloe ya no podía aguantar más, en su mente pasó la idea de dejarse llevar por fin y comprendió que de aquel sueño no despertaría, igual que su madre. Las lágrimas caían y sus piernas dejaron de patalear. Pero algo dentro de ella la hizo actuar una última vez.

Sus ojos se llenaron de rabia, levantó su mano con el brazo muy rígido y clavó el destornillador, con todas sus fuerzas, en uno de los ojos de Luke. Este no se quejó, pero si la soltó. Cloe corrió hacia el portón y con las últimas fuerzas que le quedaban, consiguió abrirlo.

Al salir llenó por un momento sus pulmones de todo el aire que pudo abarcar.

Cerró la puerta y abandonó aquel lugar.

Andrew

Andrew podía ver desde la lejanía de su casa, tres vehículos policiales. El tesoro que había encontrado su padre debía ser suficientemente grande como para que el mismo gobierno quisiera poseerlo, pensó.

Solo pudo distinguir dos bultos en unas camas con ruedas. Sonrió orgulloso de su descubrimiento pensando por un instante en Cloe, cuando Zoe le hizo apartarse de la ventana.

Se dirigió a su habitación, aunque sabía que desde la ventana de su habitación daba a la parte del acantilado y desde ahí no podría saber cómo era el tesoro.

Se sentó frustrado en su cama y al mirar a su escritorio vio un sobre de color verde.

Al abrirlo sacó el dibujo de una estrella y una nota:

Gracias por haber encontrado el tesoro que hace tiempo escondí.

Algún día volveré a buscarte para esconder otro tesoro juntos.

Cloe.

Agradecimientos

Siempre a ti, mi querido lector. Gracias eternas por tener mi trabajo en tus manos, por el tiempo invertido para la lectura en general y Seas Bienvenido, en particular. El lector, para un escritor, es el mágico componente que te hace soñar cada vez que escribes, que te hace vibrar en cada escena que construyes, que te llena de una ilusión y felicidad plena. Así que, de nuevo y mil veces, gracias.

A Manoli Castro y Juan Francisco Sánchez, que han sido, para mí, un pilar fundamental. Sin ellos, nada de esto sería posible. Han sido los mejores padres, sé que es algo que se suele decir, pero realmente han estado ahí en los mejores y peores momentos, sin fallar un solo día. Que han creído en mi trabajo. Amigos a los que acudir, a los que escuchar y de los que aprender. Ambos distintos entre sí, me han enseñado que la vida es lo que tú quieras que sea; enseñado a luchar, a seguir, a no rendirme. Gracias, pues os debo más de una vida. Agradezco el aprendizaje y, sobre todo, tener el derecho a soñar sin rendirme por el camino que, a veces, puede ser oscuro, pues la luz también crea sombras, de la misma manera que te deja ver y te calienta en los momentos que menos esperas.

A Judit Sánchez y Marc Vila, lectores familiares, asiduos y cercanos. Dos personas con fuerza y carácter, que convirtieron sus pensamientos y deseos en realidad, sus sueños materializados, con ganas de seguir hacia adelante, sin muros ni fronteras, son todo un ejemplo a seguir.

A Xavier Álvarez, marido y a su vez mejor amigo. Me diste la fuerza, la confianza y el cariño que cualquiera desearía en su vida. Has sido un gran maestro. Sé que solo mirarnos, nos comunicamos, pues tus ojos me dan las palabras que no decimos, la vida, y me transportan a universos por descubrir y también por escribir. Me das las alas cuando quiero volar, me das la tierra cuando necesito sentirla bajo mis pies, me das el calor cuando tengo frío, el amor en mis momentos de soledad, una amistad que jamás olvidaré, de la

misma forma que no olvidaré tus enseñanzas, que son más de las que jamás creerías, de las que jamás podré mostrarte. Me has instruido en el camino del saber y enseñado que una persona no es lo que otros creen, no es lo que tiene en el banco o bolsillo y tampoco es lo que ha estudiado en la vida. Somos mucho más. Por ello y mucho más, te doy las gracias.

A Iker Álvarez. Mi pequeño, que cada día crece, enseñándonos a todos el largo camino que queda por conocer.

Algún día, mi niño, tendrás el legado de letras y sueños, de construcciones y deseos, de la escritura de la vida, de todo aquello que tenga en mis manos, en mi cabeza, en los libros que guardo para cuando seas mayor y ya no pueda llamarte mi pequeño. Aunque de pequeño tan solo tienes la edad, pues eres y serás un titán, siempre. Aprendemos a tu lado, con amor y pasos fuertes, que harán de nuestro camino, un camino lleno de huellas que jamás se borrarán. Gracias, mi vida, mi pequeño, mi titán. Sin tu presencia, a todos nos faltaría una gran luz, la luz que me ayuda a escribir, a seguir, a no parar por nada del mundo, de la misma forma que lo haces tú, mi niño.

A Mar, Mari, Xavi, Anabel, Silvia, Eva, Enric y Sergi. Agradezco el esfuerzo que hacéis cada día, mejor dicho cada noche. Aunque creáis que vuestro esfuerzo pueda ser invisible en alguna ocasión, recordad que no lo es. Nosotros, los que convivimos a vuestro lado, vemos la fuerza que poneis, sabemos que no os rendís, aprendemos y admiramos vuestro vigor. Seamos sinceros, sin el trabajo que cada noche hacéis, no se levantaría la empresa en la que trabajáis. No solo es un trabajo válido, sino imprescindible.

Agradezco que tengáis mi primer libro en vuestras manos y ahora también el segundo. Agradezco vuestras palabras, en concreto una llamada que recibí, que me llenó el pecho de orgullo y alegría. Sí, es tu llamada, Mar Canales. Eres una gran mujer.

Gracias por vuestra fortaleza, gracias por vuestras palabras, vuestra confianza. ¡Gracias, turno de noche!

A Joan Manel Bueno, maestro que se convirtió en amigo sin dejar de enseñarme en ningún momento.

Jamás olvidaré la confianza que pusiste en mí. Tampoco todas las enseñanzas dentro y fuera del aula. Tus palabras me llegan al corazón, a la mente y no olvido aprender de ellas en cada paso que doy. No pensé que un profesor pudiera enseñarte más allá de las clases. Cuánto me equivocaba. He utilizado cada frase, cada palabra, para centrarme en lo que quiero, enfocar para concentrarme en lo que hago, escribir y esforzarme, no desfallecer, no rendirme y continuar con este gran sueño, que poco a poco hago realidad. Gracias, Joan Manel, muchas gracias.

A Antonio J. Rodríguez. Por apoyar los pasos que voy dando en un camino que se crea ante mis ojos.

En ocasiones, la vida puede cambiarte en cuestión de segundos. Separarte de los tuyos o, por el contrario, acercarte más si cabe. Las decisiones que tomamos nos ayudan a aprender, también, aunque estas sean equivocadas. Dar un paso atrás, para poder avanzar tres pasos hacia delante, nunca será un error, más bien, un aprendizaje. Esto es algo que también me has enseñado tú. Te doy las gracias por continuar aquí, con nosotros, mientras caminamos juntos creando camino hacia atrás y viendo el que queda por caminar.

A Sara Cuadrat. Una supermujer de la que aprender. Su fortaleza, su empatía y sus, siempre bienvenidos, agradecimientos por las historias que escribo. Esta vez soy yo la que te agradezco la fuerza que envías a todos los que te rodean. Eres increíble. Como te dije una vez, es imposible conocerte y no quererte con el máximo de fuerzas. Tus hijas deben estar muy orgullosas de la madre que tienen. Eres increíble. Gracias heroína.

A todos los que me han apoyado. A todos los que me han enseñado. A los que me han escrito dándome la enhorabuena por el primer libro que escribí. A todos los que pasaron por mi vida, pues de todos aprendí. A la vida por enseñarme tanto, incluso en sus arduos momentos, que abracé para ejercitarme y continuar.

Finalmente agradecer a los responsables de que pueda publicar, lo que para mí, es mi segunda joya. A Amazon Kindle direct publishing, gracias por esta

oportunidad, para mí y para otros escritores novel.

Aunque puedas sentirte un pez en el gran mar, sabes que puedes nadar libre siempre que quieras.

Toda crítica es buena, si se hace con respeto, toda es constructiva, por ello vuelvo a dejar mi correo electrónico para todos vuestros aportes, preguntas y comentarios: sarahscs.ss@outlook.es . Gracias por todo, lectores.

Otros libros de la autora

- [EN LA OSCURIDAD DE SU MENTE](#)